

San Felipe
Cuna de la Nacionalidad



Revista
Lotería

Nº 38 - 39

Enero, Febrero, 1981



Un Recuerdo para la Ciudad de San Felipe

En este mes de Enero en el que conmemoramos un nuevo aniversario del traslado de la destruida ciudad de Pedrarias, a la villa amurallada de San Felipe, el Organó Ejecutivo lleva a cabo la parte final de reconstrucción de la urbe colonial, como para mostrarla en todo su esplendor.

La Revista Lotería con el propósito de participar en este ambicioso proyecto, ha querido en ese mismo instante dedicar este número especial para exaltar en igual forma a San Felipe, a través del testimonio que nos han dejado algunas monografías que evocan tradiciones, personajes, sitios, instituciones y acontecimientos del lugar. Con ellas presentamos un conjunto de fotografías que pertenecen a los primeros días de fundación de la república.

... Este es nuestro San Felipe. Puerta de entrada del Mar del Sur, que desde el siglo XVII, emergió de las cenizas, como Segor la ciudad bíblica de la que nos habla el Génesis, y que fue llamada la ciudad de la esperanza.

San Felipe la de las glorias y efemerides coloniales, con sus antiguos templos de San Felipe Neri y Santo Domingo y su Arco Chato; el San José y su altar dorado y el de la catedral, con sus imponentes torres brillando al sol como pulidas perlas.

San Felipe Azul, San Felipe Plata y San Felipe Verde: Cielo, Mar y exuberante vegetación, son las características que han individualizado nuestra ciudad de muchas otras del continente, y que al admirarla, hicieran exclamar a Vicente Blasco Ibáñez:

“En Panamá todo es verde, pero el solo verde resulta
inexpresivo.

Hay que repetir sin cansarse: Verde, Verde, Verde. . . .”

2 ” Oh, Panamá la verde. . . .”

Hacer un recorrido por San Felipe es reconocer porque fue calificada por nuestra generación como cuna de la nacionalidad, y es que cada calle, cada casa, cada rincón de ese sitio sagrado, es un altar sobre el que se ha venido edificando la nacionalidad.

*Como testigos del período castellano, ahí conservamos el antiguo fuerte de las Bóvedas con sus miradores y el Palacio de Gobierno, que construyera el Oidor de la Real Audiencia de Panamá, Luis Lozada de Quiñones, rediseñado y embellecido por Belisario Porras en el año de 1923, para transformarlo en **Palacio de las Garzas**.*

Como instituciones de la cultura, ahí tenemos el Teatro Nacional, fundado casi a raíz de la fundación de la República, y el Convento de los Jesuitas, que Francisco Javier de Luna Victoria y Castro, convirtiese en nuestro primer centro de estudios superiores.

*En ese San Felipe tuvo su asiento el Congreso Anfictiónico Bolivariano de 1826, ahí se convocó el **Cabildo Abierto** que decretó nuestra independencia de España en 1821 y el Cabildo que el 3 de Noviembre de 1903, declaró la fundación de la república.*

Por San Felipe desfilaron los estandartes victoriosos de José Domingo Espinar, de Juan Eligio Alzuru y de Tomás Herrera, en su afán de hacer del Istmo de Panamá, algo más que un departamento sometido a la autocrática voluntad de Bogotá.

Desfilar por San Felipe es evocar nuestra infancia o la de nuestros antepasados, y ahí, en el país de nuestras evocaciones, continúan palpitando con sus sueños y fantasías.

San Felipe, siempre nos traerá a la memoria los buhoneros con sus pregones musicales, los coches y tranvías, las campanas de sus iglesias repicando, así como multitud de personajes de ayer que identificaron la ciudad con sus anécdotas casi pueblerinas, y sus tertulias en la plaza.

*San Felipe es el asiento bautismal de la ciudad de Panamá, y a ese San Felipe, la **Revista Lotería** ofrece estas remembranzas de cariño por la patria de los panameños.*

El Antiguo Callejero de San Felipe

Acuerdo No. 38 de 1906

[de 1o. de Septiembre]

Sobre nomenclatura de las calles y vías públicas de esta ciudad

El Concejo Municipal de Panamá

En uso de sus facultades legales.

ACUERDA:

Art. 1o. Desde la sanción de este Acuerdo las vías públicas de esta ciudad se designarán con los nombres numeraciones y letras que aparecen a la izquierda de la lista que se lee a continuación, y que derogar para lo futuro, las antiguas denominaciones urbanas que aparecen a la derecha de la misma lista.

Nuevas denominaciones.

Antiguas denominaciones

A V E N I D A S

Avenida Central. Es la arteria urbana principal de esta ciudad, y comprende las antiguas Carreras de Ricaurte, de Bolívar, de la Constitución, del Istmo, la Calzada hasta el Puente de Calidonia.

- Avenida A Comprende la antigua Carrera de Caldas, desde la subida al paseo de "Las Bóvedas" hasta su encuentro con la antigua Carrera de Bocas del Toro hoy calle 12^a Oeste.
- Avenida B Comprende las antiguas Carreras de Paz y de Balboa, hasta su encuentro con la antigua calle del Paraíso, hoy 15^a Oeste
- Avenida Norte Comprende las antiguas Carreras de Córdoba, del Mercado y de Las Tablas, hasta la Estación vieja del Ferrocarril.
- Avenida Sur Comprende las antiguas calles de Padilla y de Manuel de Arce y toda la recta prolongación que el desarrollo de la ciudad permita hasta las zonas denominadas "El Granillo" y "Cocoa-Grove".

PLAZAS Y PARQUES

- Plaza Nacional Plaza de Armas.
- Plaza de Bolívar Plaza de Bolívar
- Plaza de la Independencia Plaza de la Catedral
- Plaza de Herrera Plaza de Herrera
- Plaza de Arango Plaza de Arango
- Plaza de Santa Ana Plaza de Santa Ana
- Plazuela de Amador Plazuela de Allaro
- Parque de Lesseps Parque Albán.

CALLES

BARRIO DE SAN FELIPE

- Calle 1.^a Carrera Nacional
- " 2.^a Calle de Mariano Aroscmena y de López
- " 3.^a Carrera de Vallarino
- " 4.^a Carrera de Acevedo Gómez
- " 5.^a Carrera de Nariño.
- " 6.^a Carreras de Santander y de Sucre
- " 7.^a Calle de Caicedo
- " 8.^a Carrera de Girardot

Calle 9. ^a	Carrera de Camilo Torres
" 10. ^a	Carrera de Padilla y de Rivas
" de Sosa.....	Calle de Miranda
" de Fábrega.....	Calle de Murgucitio
" de José Obaldía.....	Calle de Mosquera

BARRIO DE SANTA ANA

Calle 11. ^a Oeste.....	Carrera de Dolega
" 12. ^a "	" de Bocas del Toro
" 13. ^a "	" de Los Santos
" 14. ^a "	" de Veragnas
" 15. ^a "	" del Darién
" 16. ^a "	" de Malambo.
" 17. ^a "	Camino del Ganado (Granillo)
" 18. ^a "	Calle de la Victoria
" 19. ^a "	Calle de Garibaldi
" 20. ^a "	" de la Paz.
" 21. ^a "	Camino de la Patria
" 11. ^a Este	Calle de Soná
" 12. ^a "	" de la Chorrera
" 13. ^a "	Carrera de Chiriquí
" 14. ^a "	Calle 13 de Junio
" 15. ^a "	Calles de Manuel J. Hurtado y del Paraíso
" 16. ^a "	Calle de Las Carretas
" de Colón.....	Carrera de Colón
" de Balboa.....	Calle de la Ciénaga
" A.....	Calle de Alanje y de Pesé
" B.....	Carrera de Coclé y Calle de José de Alba, hasta el Cementerio Hebreo
" C.....	Calle de Aguadulce y su prolongación futura, hasta el "Boulevard Ancón"
Calle 17. ^a Este.....	} Callejuela existente y futuras de la comprensión de la Calzada, banda Este, entre la Avenida Central y predios de la Compañía del Ferrocarril de Panamá.
" 18. ^a "	
" 19. ^a "	
" 20. ^a "	
" 21. ^a "	
" 22. ^a "	
" 23. ^a "	

Calle de Hurtado Calle nueva que conduce al edificio de la Escuela de Varones de Calidonia.

" 4 de Julio Calle de Antonio Escobar.
" de José Higinio " de José Higinio.

Calidonia Calidonia.

Vía a la Sabana Vía a la Sabana.

Pueblo Nuevo Pueblo Nuevo

San Miguel San Miguel

Santa Cruz Santa Cruz

Guahapalí Guachapalí

Marañón Marañón.

Calle Trujillo Calle Trujillo

Boulevard Ancón Antiguo Camino del Ganado, desde el Parque Lesseps hasta encontrar la Calle B.

Boulevard 3 de Noviembre. La vía nueva que ponga en comunicación directa la Avenida Central con el Boulevard Ancón, en la Zona del Canal.

Boulevard de la Boca Antiguo Camino del Chorrillo, desde el Cementerio de los Hebreos hasta la línea demarcante de la Zona del Canal.

Art. 2.º El Concejo determinará oportunamente respecto de los nombres ó denominaciones que correspondan a las callejuelas que van a la rampa de Boyaín y al embarcadero de Playa Prieta, la que cruza por delante del Matadero y la Zahurda de esta ciudad y las que corren de Este a Oeste, en el barrio de Cocoa-Grove.

Art. 3.º Queda facultado el Alcalde del Distrito para que, una vez conectada la Avenida Sur con la Calle 12.^a Oeste, proceda a clausurar la vía conocida con el nombre de Calle de Salvador Durán, en el barrio de Santa Ana.

Art. 4.º El presente Acuerdo será publicado en hoja volante, para conocimiento de las autoridades y del público en general.

Dado en Panamá, a 31 de Agosto de 1906.

El Presidente,

Próspero Pineda

El Secretario,

Juan B. Sosa

Alcaldía Municipal del Distrito Capital - Panamá, 10. de Septiembre de 1906.

*La Nueva Panamá y la Construcción de su Nueva Catedral**

Tras el desastre pirata, muchos panameños dejan la ciudad; buscan nuevos horizontes. Otros, no repuestos aún de la feroz embestida, piensan trasladarla.

Es necesario un lugar más seguro. El prestigio de sus ferias y riquezas continúa y pueden volver los piratas. Cuanto antes hay que abandonar la ciudad(1).

Con criterio estratégico se piensa en el nuevo sitio. Impera el propósito de defenderla y defenderse.

Cerca, bastante cerca, sobre la misma costa y a poca distancia, una pequeña península se brinda. En ella, abrupta y peñascosa, el mar rompe sus olas.

Cerca también está el cerro Ancón. Sirve de resguardo.

Todo proporciona garantías.

Don Antonio Fernández de Córdoba y Mendoza, que se encontraba en Panamá desde 1671, inspecciona el lugar y queda satisfecho. Se trasladan al nuevo sitio municiones e infantería; por tanto, cuando de España llega la Real Cédula ordenando la mudanza ya muchas cosas se encontraban ubicadas en él.

* La Catedral de Panamá, (Folleto) de Mercedes Luisa Vidal.

1 Por Real Cédula de 4 de abril de 1534 y expedida en Toledo, se recomendaba al Ayuntamiento de la ciudad de Panamá, cambiar la ciudad a otro sitio. Por carta fechada el 10 de febrero de 1591 desde La Habana, el maestro de campo Juan de Texada y el ingeniero Bautista Antonelli, que había estado en el Istmo, decían de la "necesidad imperiosa" de trasladar la ciudad del Pacífico a otro paraje.

Y en un claro día del mes de enero de 1673, para ser concretos el 21, fecha también de Santa Inés, encontrándose presentes el gobernador y capitán general del Reino de Tierra Firme y presidente de la Real Audiencia, don Antonio Fernández de Córdoba y Mendoza, caballero de la orden militar de Santiago; el señor Licenciado don Sebastián Alfonso de Velasco, el más antiguo abogado de su Majestad en la Audiencia fiscal; el Ilustrísimo señor doctor Antonio León, del Concejo de su Majestad y Obispo de la nueva ciudad; el predicador fray Martín de Prado, de la orden de San Francisco; el doctor don Alfonso de los Ríos, caballero de la orden militar de Calatrava; el capitán Nicolás Navarro; el Alférez Juan de Isassé y otras personas, se efectúa "en el sitio de Ancón", la ceremonia de la delineación de la Nueva Ciudad de Panamá. Certifica y da fe de ello, el Escribano del Rey y Notario Público de las Indias, señor Juan de Aranda Grimaldo.

En la misma acta o testimonio se dice que luego de delineadas y repartidas las calles, se ubica la plaza principal señalándose además el lugar que debía ocupar la iglesia catedral. El mitrado revestido según el ritual romano, bendijo el sitio y también el cementerio ante la presencia de los señores don Luis Delgado Osorio, don Manuel de Quñones Osorio, chantre de la dicha catedral y Vicario General del Obispado y Comisario Apostólico general subdelegado de la Santa Cruzada.

Las calles de la recién fundada ciudad —siguiendo el imperativo tan español— fueron estrechas y trazadas en damero. Las casas, por lo general, de madera. Al igual que la vieja ciudad, sufrió varios incendios que se hacían más trágicos por la gran carencia de agua potable.

Siendo puerto de tránsito, lógicamente se temían visitas piratas. Ello motivó que el gobernador mandara a construir una muralla que envolviendo a la ciudad sirviera para su completa defensa(2). Varias puertas facilitaban el acceso a ella. Una serie de garitas y artillería de bronce, formaban parte de la defensa.

Y fué la catedral uno de los primeros edificios construídos; por no disponer de grandes fondos, su obispo León y Becerra lo hizo de madera. Comienza a prestar servicios en 1674. Sin embargo, anhelando el mismo mitrado fabricarla de materia no perecedero, en cuanto pudo dió principio a las excavaciones para una nueva obra.

2 Esta muralla fue demolida en casi su totalidad en el año 1883. Sin embargo parte de ella puede hoy contemplarse en lo que se denomina Paseo de las Bóvedas y Plaza de Francia. Su construcción y dirección estuvo a cargo del ingeniero militar Alonso Mercado de Villacorta.

Al tenerse en España conocimiento de estas providencias, por Real Orden de 7 de setiembre de 1675, se piden los planos del edificio, León y Becerra con la certificación del Notario Eclesiástico, los envió unto con todas las cuentas presentadas por Diego Pesquera, mayordomo de las obras (cubriendo desde el 10 de febrero de 1672 hasta fines de 1675). Dicho informe se hizo teniendo en cuenta no sólo los gastos, sino todo el dinero recibido. Según la tasación efectuada por varios peritos oficiales de obra, se calcularon los gastos en \$200,000. Señalaba además el obispo, que no alcanzaban "los arbitrios que le habían concedido" para la feliz realización de la fábrica de la Catedral y que de no conseguir medios, no se podría hacer de material que "dure para siempre, porque la presente, ni su materia es para mucho tiempo, ni la necesidad de ella, y cortos medios dieron para más ni la de los Vecinos para su miseria y necesidad" (3).

Lo cierto fué que al tenerse en Madrid la respuesta del obispo, se tomaron las providencias del caso, expidiéndose la Real Cédula de 28 de setiembre de 1678 por la que se adjudicaba para las dichas obras de la catedral, un subsidio de \$2,000 anuales sobre las Cajas Reales de Lima, por el término de veinticinco años.

No obstante el interés y desvelo desplegados, no tuvo el obispo el placer de dar comienzo a la catedral de mampostería, ya que fué trasladado en 1676 al Obispado de Trujillo en el Perú. Su sucesor, el bogotano doctor Lucas Fernández de Piedrahita, —que tanto hizo por la evangelización y reducción de los indios del Darién— pone la piedra fundamental. Continúa la construcción de mampostería del futuro templo y las paredes de la Capilla Mayor hasta un metro de altura, cuando le sorprende la muerte en 1688.

Se hace entonces cargo de la diócesis el dinámico obispo doctor Diego Ladrón de Guevara. Retoma la tarea de concluir la obra de la Capilla Mayor, y comienza la erección de las paredes de la iglesia. Lentamente se encauza la fábrica que al igual que en Panamá Viejo, se repite el proceso de demora por los muchos inconvenientes habidos. Corren los años y no se da término a la obra.

En 1706 es una verdadera ruina aquel primer templo de madera que levantara el obispo De León. En manos de fray Juan de Argüelles se encuentra ahora el obispado. Se impone la tarea de construir otro edificio de madera para poder cumplir con los oficios divinos.

Más adelante, al ocupar la silla Episcopal el carmelita fray Bernardo Serrada envía a Felipe V un esmerado informe sobre el estado en

3 Cita hecha por el Profesor José Torre Revello en *Estudios y Documentos para la Historia del Arte Colonial*, Vol. 1, p. 119, Buenos Aires, 1934.

que se encontraban las obras de la iglesia en la fecha en que escribía, o sea el 30 de julio de 1722. A lo largo del comunicado dice haber encontrado a la iglesia "de tablas mal arquitectadas y nada limpias" no siendo en verdad lo que se debe al culto sagrado y menos aún a la casa de Dios que merece algo más duradero y decente. Señala también, que el viejo interés por construir la Catedral de "cantería labrada de mampostería y de ladrillo" se mantiene desde el momento en que se trasladó al nuevo sitio de la ciudad y que en verdad la fábrica se encuentra adelantada. Recuérdele al Monarca la Real Cédula de 28 de setiembre de 1678; el Decreto por el cual concedía el Rey los derechos que correspondían a la Real Hacienda por 50 negros y 30 negras, que nunca se cobraron; la Real Cédula de setiembre de 1688 por la que el Rey cedía por un tiempo de 25 años para la dicha fábrica, los novenos de Diezmos del Obispado que le correspondían(4). Señálase que ellos se cobraron sólo por el término de 10 años, causa por la cual se interrumpieron las obras ya que no alcanzó lo percibido para la continuación de ellas, y como lo demuestran los Alarifes, al término de lo ejecutado se recibieron donaciones de los feligreses.

Luego de otras consideraciones comunica que redoblará todo su interés para exhortar a los vecinos para que contribuyan con todos los medios disponibles para continuar la obra en cuestión ya que es casi obligatorio promover el culto sagrado, cuidar la hermosura y decoro de la casa de Dios, aunque él conoce la pobreza y quebrantos de los habitantes de la diócesis "originados de la falta de curso regular de los galeones y comercio".

Suplica a continuación la ayuda del monarca en el sentido de que renueve la anticuada real cédula que concedía los diezmos que tocaban al rey, o revoque el real decreto de las concesiones de las Cajas Reales. Antes de dar término al informe agrega: "Las utilidades que trae consigo el proseguir y perfeccionar la fábrica referida de esta Yglesia Cathedral sobre asegurarse la mayor decencia debida a Dios en el culto de sus templos, y condecoración de una ciudad de tanta recomendación, como ser la más antigua de este Reyno, y Puerta de los dos Mares, que Vuestra Majestad domina, son tan manifiestas y prácticas, que desde el año de 1672 que se empezó a mudar la Panamá antigua a el sitio en que hoy se halla, se han fabricado dos Yglesias Cathedrales de tablas: la una que empezó a servir el año de 1674, siendo Obispo Don Antonio de León: y la otra que hay al presente que empezó a servir el año de 1706 siendo Obispo Don Fray Juan de

4 Hace referencia a uno de los beneficios dentro del Regio Patronato (una de las regalias de la Corona) que se ejercía sobre todas las iglesias de las Indias. Las Bulas de los pontífices Alejandro VI y Julio II crearon el Regio Patronato entre los siglos XV y XVI.

Arguelles, fabricadas de grandeza competente a las muchas que pueblan esta ciudad, y que a costa de tanta suma de pesos, cual se debe inferir de que esta ciudad una casa mediana estola cuesta en su fábrica de madera de cuarenta a cincuenta mil pesos, a que se debe agregar los gastos crecidos continuos en los aderezos y reparos indispensables que necesitan cada día para su corta duración y permanencia, como consta practicamente pues la Yglesia Cathedral, que acabada empezó a servir el año de 1674 solo duró 32 años hasta el año de 1706 y la nueva, que sirve desde este año dentro de dos o tres neccsitará sobre los reparos cotidianos y comunes, de que se enmaderen de nuevo todas sus cubiertas y tejados, y con todos estos gastos, lo más, que podrá durar sobre lo que lleva servido, será de doce a diez y seis años por la facilidad conque en un tempore cálido y húmedo, como éste, se empedrecen las maderas; término, en que sobra tiempo para concluir y perfeccionar la Yglesia Cathedral de fábrica, que se halla en el estado referido, como desde luego se ponga por obra" (5).

Muchos planos y proyectos se levantan. Uno de ellos fué presentado por el ingeniero militar Nicolás Rodríguez en 1722, y enviando por el obispo Serrada acompañando el informe mencionado.

Y corre el tiempo, y la catedral no se termina.

Al ocupar la silla episcopal el II.^{mo} Dr. Pedro Morcillo Rubio y Auñón, prosíguense los trabajos de mampostería. Este obispo escribe también al rey con fecha 24 de agosto de 1735 notificando el adelanto de las obras. Como aún falta la techumbre y parte de lo que concierne a albañilería, para sustentar mejor su comunicación remite un plano y solicita a la vez encargadamente tome "las providencias que fueran más de su Real agrado para concluir las. . ." (6)

El rey ante lo demandado decreta, 8 de marzo de 1736, que sobre las Reales Cajas de Lima se dieran \$10.000 sobre el Ramo de vacantes; pero sucede que el virrey, Marqués de Villa García, al año siguiente contesta a la corte notificando que no se podrá dar cumplimiento a la dicha orden por faltar "numerarios en las mismas".

El 3 de febrero de 1737 la ciudad de Panamá nuevamente fué presa de las llamas. Casi ninguna casa queda en pie. La Catedral de madera reducida a cenizas obliga a efectuar los oficios divinos en la iglesia de Santa Ana, sita en los extramuros de la ciudad.

Nos permitimos reproducir párrafos de la carta que con fecha 12 de marzo del dicho año 1737, el obispo Morcillo daba cuenta al rey de los terribles desastres causados por el "fuego grande" en lo concer-

5 Documento publicado en la Revista "La Lotería"; No. 29, pp. 9-11, Panamá, 1943

6 José Torre Revello, *op. cit.*, p. 120.

niente a la iglesia: —“Asimismo se quemó la Yglesia Cathedral de madera, y fue tanto el fuego q. de ella y su torre de la misma materia se originó, que las Campanas se derritieron, unas la mitad y otras el todo; y lo que mas devo sentir en esta ocas.^{on} es, que hallándose ya todas las maderas de cedros hermosísimas labradas, y haziendose los andamios pa subirlas, y techar la obra de cal, y cantto que está concluyda en la parte de Capilla mayor, Cruzero, Capillas Colaterales, sacristías de Prevendados y Clerigos, como estaba tan contigua redujo a zenisas todas las referidas maderas, y tablasen el Incendio; Imposibilitandome por aora el Proseguir con la obra hasta sacar nuevas maderas, que costaran mucha dificultad, como costaron las consumidas, para Conseguirlas”(7).

Tiempo después se trasladan los oficios de la catedral desde la iglesia de Santa Ana hasta la de San Felipe ya dentro del perímetro de la ciudad.

Entre los años 1743 y 1749, un nuevo obispo de Panamá, el doctor Juan de Castañeda Velásquez y Salazar se interesa muchísimo por dar término a la fábrica. Tiene un gran colaborador en el Mayordomo de la Catedral y Colector General del Obispado, o sea el doctor Francisco Javier de Luna y Victoria, panameño, que en agosto de 1751 tomaría la dirección de la diócesis. En todo momento demostró el prebijo Luna y Victoria enorme preocupación por la obra de cal y canto, dejándola casi concluída al ser luego trasladado a Trujillo (Perú). De su fortuna personal hizo muchas donaciones a la iglesia: ornamentos, alhajas y también trabajos relacionados con la construcción.

Siendo aún Mayordomo de la fábrica, presenta un informe en 1749 al Dr. Velásquez y Salazar en el que indica el estado de cuentas desde 1741 —fecha en que se encarga del puesto, que le fué asignado por el obispo doctor Pedro Morcillo—; señala además que la construcción pudo continuarse gracias a los medios dejados por el doctor Morcillo y algo más que él —Luna— pudo conseguir, y no obstante la lentitud de los trabajos la obra se encuentra casi terminada desde sus profundos cimientos, contando también pilares de cal y ladrillo, cimientos de las torres, ventanas, 36 arcos, sacristía, etc., etc.

Sumaban en total los gastos \$29.298. Demuestra a la vez que sólo han entrado \$16.566; sea: una parte dejada por el doctor Morcillo; otra, de lo ordenado por S.M.; algo otorgado por Reales Cajas; una donación por testamento desde Lima del Sr. Simón Ruizdiaz y una sola dádiva recibida en la ciudad de parte de Don Martín Adurra.

Como bien puede apreciarse, en el informe hay un excedente de gastos: \$12.732. Pide entonces el Mayordomo que le acepte la cuenta,

7 José Torre Revello, *op. cit.*, p. 120.

así como también le sean admitidos como donación personal, para adornos interiores de la Catedral, la cantidad que aparece por jornales de trabajo, sean: 9:095 pesos con 4 reales.

En ese mismo abril el obispo Velásquez y Salazar se da por notificado de la cuenta antedicha. Da las gracias a Luna por la donación y por el interés prestado.

También el director de los trabajos de la iglesia, ingeniero militar Nicolás Rodríguez, haciendo referencia al real despacho de marzo de 1741 —en el que se pedía notificación del estado en que se encontraba la fábrica y se regulase todo cuanto faltare para su término— presenta en 1749 un informe, proyecto y cálculo a los señores de la Real Hacienda.

Creemos oportuno transcribir algunas partes del documento ya que los términos empleados por el mismo ingeniero amplían su apreciación. Después de señalar que la obra fué comenzada por el obispo Don Diego Ladrón de Guevara, y de hacer otras consideraciones, dice: “Esta obra tiene de longitud desde la pared testero que mira a la plaza principal de la ciudad hasta el fondo de su capilla mayor y presbiterio incluso los gruegos de paredes, setenta y cinco varas castellanas, y de longitud quarenta, está compuesta de cinco naves, haciéndolas estrechas treinta y dos pilastras, cada vna con quatro movimientos para los arcos que forman frentes, y estados y doze sento pilastras arrimadas a las paredes de la capilla mayor, costados, y testeros, las que haran algo obscura assi por el mucho terreno que estas ocupan; como porque según la construcción que han llevado no tienen mas luzes en el cuerpo interior de la iglesia que las de las puertas y vnas ventanas en las paredes de los costados. . .”(8).

Al criticar Rodríguez la disposición de los ventanales y la poquísima luz que entra en el templo, lo atribuye a la “. . . multiplicidad de pilastrones que queda expresado, cuya deformidad (según la inteligencia del ingeniero) ha venido del proyecto que tubo esta obra en su primitiva fundación, aviendo sido ciccutado por vn sugeto de los que en las Indias se les da el nombre de curiosos. No porque el discurso de la obra sea despreciable enteramente según la disposición de sus movimientos, que a averselos dado mas capacidad, y extension en sus naves y huecos, hubiera quedado mas regular y hermosa en las partes que la componen. . .”(9).

8 Diego Angulo Iníquez. *Planos de Monumentos Arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo de Indias, Estudio de los Planos y su Documentación*. Informe de Nicolás Rodríguez sobre la Central de Panamá, 1749, T. II, pp. 726-727, Laboratorio de Arte, III.

9 Diego Angulo Iníquez, *op. cit.*, T. II, p. 727.

Indica más adelante Rodríguez, que en el tiempo que estuvieron paralizados los trabajos hubo oportunidad de corregir y hacer algunos cambios para la mejor disposición del edificio. Prosigue el informe describiendo todo lo que al hacerse cargo del trabajo encontró terminado o adelantado. Enumera lo que en realidad necesita la iglesia para su completa terminación, a saber:

“2 pilastras del centro; otras que van arrimadas a las esquinas interiores de las torres; 9 arcos, mesas de altares; quisios de las puertas, techumbre y tejas para el cuerpo inferior del edificio; altosano que circunda la iglesia y sus gradas; 6 puertas, etc., etc.”

En lista aparte detalla el costo según el material a emplearse: ladrillo, cantería labrada, terraplén, mampostería o albañilería. . . Todo suma 63.720 pesos y 1 real. No se incluye lo relacionado con carpintería “por no ser de la profesión del ingeniero”.

Al terminar dice Rodríguez: “Todo este cálculo esta hecho bajo el proyecto que tiene formado el ingeniero para la finalización, y mas regular perfeccion de la obra de la santa iglesia cathedral; si bien no ejecutandose a su direccion por no ser de la incumbencia de dicho ingeniero, y corre la obra por otras disposiciones, practicaran los constructores de ella lo que pueda alcanzar su inteligencia segun el discurso que hubieren hecho de ella, quedandose sin ejecución todo este laborioso, y dilatado proyecto, informe y calculo que tan regularmente ha trabajado el ingeniero en virtud del nombramiento que para este efecto se le hizo por los señores oficiales de la real hazienda de este Reyno, y aviendo cumplido con la mayor exaccion segun su acostumbrado zelo y real servicio, inteligencia y practica de su empleo lo firma en Panamá en 2 de Abril de 1749”.

Rodríguez sustenta el informe con un plano (10).

En 1756 otro incendio arrasa la ciudad de Panamá. La iglesia de San Felipe, en donde se habían trasladado los “oficios” de la Catedral después del “fuego grande”, sufrió enormes daños por lo que se llevan al Convento-Hospital de San Juan de Dios. De allí, nuevamente, a la iglesia de los Padres Agustinos de donde ya pasarán al nuevo y estable edificio de la Catedral. En efecto, el 10 de diciembre de 1762, luego de haberse cumplido el “octavario” a la Purísima Concepción de Nuestra Señora, en medio de grandes festividades, puede el obispo don Manuel Jerónimo de Romani y Carrillo efectuar la bendición del templo. El 21 del mismo mes se consagra la fuente del baptisterio, administrando las aguas bautismales a la hija de don Andrés Pardo, al-

10. Diego Angulo Iniguez, *op. cit.*, T. II, p. 738 (el documento suscrito se encuentra en el Archivo de Indias. Audiencia de Panamá. Legajo 299).

calde y "Veinticuatro" de la "Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Panamá"(11).

Se ha podido efectuar la bendición del templo luego de los innumerables contratiempos y años corridos desde la colocación de la primera piedra. La consagración se llevará a cabo treinta y cuatro años más adelante; y es el Il.^{mo} Remigio de la Santa y Ortega quien tiene el honor de presidir la festividad, con toda la magnificencia que requería, el 4 de abril de 1796.(12).

Estos actos están bien reseñados en las palabras siguientes: "Los alegres repiques de las campanas anunciaban la gran solemnidad que iba a tener lugar al día siguiente en el grandioso Templo. Farolitos, unos de cristal, otros de papel, improvisados para el caso, velas de sebo usadas en esa época y los memorables candiles, iluminaron durante algunas horas de la noche las puertas, ventanas y corredores que daban a las calles. En el atrio de la Catedral, y alrededor de la plaza, a distancia a cuatro varas unas de otras se habían colocado trípodes de ramas de árboles fuertemente amarradas con bejucos, sobre las cuales se había puesto tejas, y encima de éstas gruesas astillas de cocote (árbol resinoso) que ardían formando una gran iluminaria en todo aquel recinto. Unos cuantos músicos situados frente a la puerta mayor del Templo, ejecutaban piezas alegres ante la multitud bulliciosa que se agitaba alrededor y dentro de la plaza, mientras llegaba la hora de rezar el rosario y cantar las avemarías. Los cohetes, las bombas y los cachiflines (los buscapiés o buscaniguanas de nuestros días) con sus estruendos completaban la algazara de la fiesta. Aquí y allá, por algunas calles y barrios, se veían mesas de ventas de tamales, empanadas, biscochos, roscas, agua de canela. ."(13). Hubo solemne Te Deum y en la noche fuegos pirotécnicos.

Al fin prestaba sus servicios la Catedral en su sólido edificio de mampostería.

Como vimos, algunas de sus campanas fueron traídas de Panamá Viejo, las otras venidas de Trujillo, ciudad peruana, donadas por otro purpurado panameño, el doctor Manuel Joaquín González de Acuña Sanz Merino, quien también obsequió el altar mayor y gran cantidad de útiles que faltaban al templo.

- 11 La constancia de la dedicación de la iglesia Catedral de Panamá en 1762, lleva la firma del Cura interino de la Iglesia, Matheo Astancourt. *La Revista "La Lotería"* le dió publicación en el No. 29, a 22, Panamá, 1943.
12. La iglesia estaba completamente terminada en su parte interior. El piso de grandes y cuadrados ladrillos, perfectamente concluído. Faltaba el altar mayor, construído más adelante. En sus arosas torres se habían colocado tres de las campanas traídas de la Catedral de Panamá Viejo.
- 13 Guillermo Rojas y Arrieta, "Reseña Histórica de los Obispos que han ocupado la Silla de Panamá", *Revista "La Lotería"*, No. 29, 23-24, Panamá, 1943.

Las Tejas de la Catedral de Panamá

Al fundarse la ciudad de Panamá el 21 de enero de 1673, el Obispo de León escogió el sitio de la Catedral. Su construcción fue iniciada por el Obispo Fernández de Piedrahita en 1688 y adelantados los trabajos por los prelados Ladrón de Guevara, Argüelles y Morcilo. En 1737 la destruyó un incendio. Un Obispo, hijo de Panamá, Ilmo. Dr. Francisco Javier de Luna, la reconstruyó hasta dejarla como hoy se conoce, pagando de su peculio el costo de toda la obra. Quedó terminada en 1796, cuando fue solemnemente inaugurada.

Ahora que se están efectuando reparaciones fundamentales en el techo de la Catedral de Panamá con objeto de sustituir el zinc que hace muchos años le fue puesto en reemplazo de las viejas tejas españolas, y se le colocan tejas modernas más o menos semejantes a las antiguas, queremos recordar un episodio histórico que nos ha dejado relatado la distinguida dama de nuestra sociedad, Lady Matilde de Obarrío de Mallet, en interesante carta escrita desde Inglaterra, donde reside, a don Juan Antonio Susto, Director del Archivo Nacional, documento que aparece publicado en el No. 6 del BOLETIN DE LA ACADEMIA DE HISTORIA.

“Pasaba yo una mañana —dice Lady Mallet— por la Catedral, rumbo a la Cruz Roja, cuando veo que desentechan el templo y las antiguas tejas españolas las tiraban bucnamente al altozano; vi romper varias así y, sin poderme contener, le grité a esos bárbaros que no fuesen brutos. Uno de ellos me contestó: “Dígame, blanca, y acaso son

éstas, cuentas de su rosario?” - “Pues que sí lo son, le dije, y ahora verá que me voy a decírselo a Su Señoría”, y allí mismo me fui donde Monseñor, y le dió orden que no se rompieran más.

“En mi casa, la Legación Inglesa, recibía yo todas las tardes de 4 a 5; se servía té, y las amistades que tenían noticias que dar o algo que averiguar, allí venían y todo se discutía en confianza - de cuatro a cuarenta personas, el número variaba según los acontecimientos- y la entrada era libre para los autorizados a visitarme. Mi puerta no se abría así no más. Allí se hablaba a un tiempo seis o más idiomas.

“Conté mi historia de las tejas, y el Secretario de la Legación Americana me llamó aparte y me dijo que justamente él tenía encargo de un su amigo, millonario de San Francisco, de comprarle tejas antiguas españolas legítimas. Yo envié este emisario a Su Señoría, y entiendo que ambos hicieron negocio, siendo el del Secretario tan halagüeño, q' del tiro abandonó la carrera diplomática y se dedicó a destejar casas, dando tejas nuevas por tejas viejas, como Aladino con su lámpara maravillosa; y el radio de sus operaciones se extendió por las costas del Caribe, las Antillas y hasta a España fue a dar.

“No paro allí mi aventura, pues siguiendo las reparaciones de la Catedral, le llegó su turno a las torres, y en mi diario viaje matutino a mi Cruz Roja, noto que un albañil se esmeraba en cubrir con cemento las conchas de perlas que adornaban las torres; excusé hablarle porque a la altura en que estaba no me hubiera oído, pero sin pérdida de tiempo me fui donde Su Señoría. Le dije lo que me parecía, y él con su modo aquel que tenía de bondad y cariño, me dijo: -“Mire, Matilde, esto no tiene remedio. ¿Dónde quiere usted que yo consiga fondos para conchas de nácar, cuando por escasez de ellos se ha techado la iglesia con hojas de zinc?” -“Dé orden en seguida, le dije de que no sigan destruyendo las que existen, que las que faltan yo veré cómo se las consigo”.

“Esa noche había banquete en mi casa - asistían Goethals, Gorgas, don Ricardo Arias y otras personas más -; les lloré mi desgracia de las conchas de perlas, y Cata Arias, la hija de don Ricardo, se ofreció para acompañarme y juntas fuimos donde Piza, Arosemena y todos los demás señores que tenían bucerías. Sin excepción, con entusiasmo, todos ofrecieron regalar conchas, y mandaron tantas a la iglesia, que hubieron para elegir las mejores y más grandes, y cubrir por completo las dos torres. Y aquí termina mi conexión con la Santa Iglesia Catedral; en adelante, cuando usted admire el reflejo de esas conchas de las torres, se acordará de mí y algún día que visite la Sacristía, allí debe existir un retrato al óleo del primer Obispo de Panamá sentado en la silla que yo tengo”.

PANAMA: SUS ANTIGUAS CASAS; SUS BARRIOS Y SUS GUERRAS CIVILES; SUS MONUMENTOS, SUS RECREOS Y DISTRACCIONES.

Hace un siglo, Panamá era una de las ciudades más rica y bellas que existían en el mundo. Los galeones que arribaban a ella cargados con los riquísimos tesoros que venían del Perú, el incesante paso de aventureros y emigrantes que se dirigían al Pacífico, daban lugar a que fuera el lugar de embarque y desembarque más frecuentado de toda la América occidental. Así hubiera seguido sin duda por sus buenas condiciones y por las comodidades que en ella se encontraban, a no ser por una porción de causas que iniciaron su decadencia, que con inusitada rapidez se acentuó luego. Entre ellas, las más de tener en cuenta fueron la guerra que Inglaterra sostuvo contra España, el decaimiento de la Metrópoli, y más que nada la política tan poco a propósito que empleara; que por todos conceptos parecía proponerse la pérdida absoluta de las colonias; todo lo cual dio lugar a una ruina que se acentuó más con el considerable número de incendios que ocurrieron. Cuando la grande emigración a California de que dejamos hablado, y cuando se hallaban en el período de su mayor actividad las obras del ferro-carril ístmico, pudo creerse que la ciudad volvía a su antiguo período de opulencias; se veía frecuentada por muchísimos viajeros, y los buques visitaban su puerto por millares; pero la apertura de la línea férrea entre San Francisco y los Estados del Este han agotado casi por completo aquellas nuevas fuentes de riqueza, gracias a las que parecía iba a reponerse. De cualquier manera, hoy por hoy, la situación de Panamá no es del todo mala, y los habitantes, que forman ahora un número tres veces mayor que hace treinta años, ven abrirse ante ellos, colmándoles de alegría, un porvenir de riqueza, porque habrá de llegar un día en que su ciudad sea la desembocadura del gran canal que se estudia y tanto se desea.

En tanto que con ansia se hallan esperando la vuelta de la de que un día se mostraran tan orgullos, el último incendio acaecido en 1878 realizó casi totalmente la obra de destrucción que hace años se iniciara. Apenas se abandona la estación del *Transcontinental*, no puede darse un paso sin tropezar con ruinas; por todas partes se ven casas derruidas, lienzos de pared que amenazan desplomarse a cada momento, grietas enormes, despojos, en una palabra, de todo lo que fue presa de las llamas.

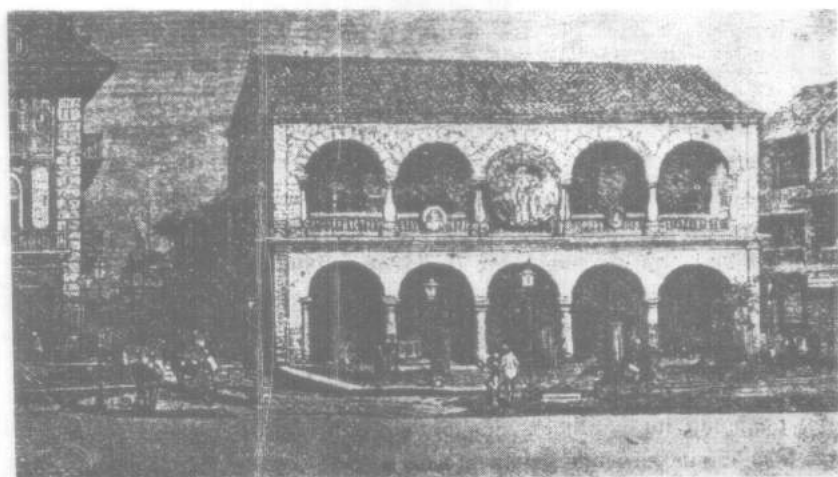
Es muy poco lo que aun queda de aquellas casas antiguas que los españoles construyeran, copiándolas de los moros, cuyos anchos muros eran un eficaz preservativo del calor y en las que las acequias, de corrientes aguas, que sin cesar se renovaban, eran causa de que siempre en los espaciosos patios se experimentara agradable fresco. Algu-

no que otro emprendedor extranjero, único arquitecto que en el día de hoy, construye, sirviéndole de modelo nuestras casernas de las barracas, y en las que procura hacer habitar el mayor número de personas posible.

Se encuentran aun bastante casas a la usanza del siglo pasado, con los bajos construídos de ladrillos, y los dos pisos restantes con madera, avanzando por todos lados unos de dos metros, sin perjuicio de un ancho balcón, que tiene la ventaja de proteger al que transita por la calle de la lluvia en una estación, y de los fuertes ardores del sol en otra. Estas altas casas dan a la ciudad un carácter particular y propio, bien distinto del de los demás poblaciones de la América del Centro; cosa que fácilmente se comprende teniendo presente que en Panamá no ocurren temblores de tierra, como con tanta frecuencia se dan en ciertas partes del istmo, sobre todo en Nicaragua y San Salvador, que se hallan enclavados en un terreno donde tanto abundan los volcanes.

Los cuartos bajos sirven únicamente para almacenar las provisiones, los combustible, los desechos y para todo desahogo, en fin, pues únicamente se habitan las estancias de los cuartos superiores. Poco nos puede sorprender la frecuencia y consideración de los incendios que allí se lamentan, cuando se considere **que bajo aquel sol abrasador** es tanto lo que la madera se reseca en el estío, que una sola ceri-lla bastaría para prender fuego a una viga. Con suma facilidad podría evitarse tal peligro, renunciando a las construcciones de madera, que no reportan ventaja ninguna, ni aun **la del más barato inquilinato**, porque, gracias a las relaciones con los Estados Unidos, podrían procurarse hierro a muy poco precio; pero los panameños parecen tener horror a la reglamentación, y por nada la emplearían, ansiosos de conservar siempre sus antiguas costumbres. Al menos parece que en una ciudad de madera debía tenerse todo preparado para que en cualquier evento las pérdidas fueran menores, y ni aún esto sucede, pues no poseen ni una sola bomba de incendios, y de este modo, sin precaución ninguna, los tenderos amontonan en sus almacenes alcohol, aceite, petróleo y toda clase de combustibles.

No obstante lo que dejamos apuntado, Panamá tiene aún magnífico aspecto, con sus ocho o diez iglesias y conventos en ruina, sus palacios, sus prisiones, sus arsenales de otra época y sus gigantes fortificaciones. Los muros y los fosos que la defendían por la parte de tierra, separándola de los sitios en que **hoy existen algunas barriadas**, como Pueblo Nuevo, Arrabal, Santa Ana, han sido cegados y destruídos a fin de atender a mejorar las condiciones de salubridad de la población y facilitarles comunicación con los lugares indicados; pero esto, que de tantas ventajas es causa, no puede menos de ser un gran peli-



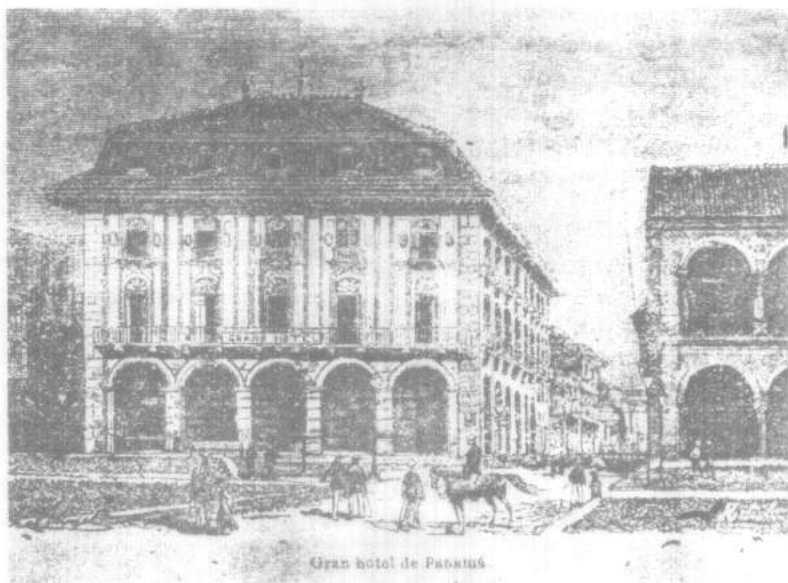
gro para los jefes políticos, mucho más cuando ordinariamente estos arrabales son los albergues de la gente de color.

Esta población, resultado de un cruzamiento llevado hasta lo infinito entre blancos, negros, indios y chinos, aunque en menor proporción, y de culíes asiáticos, es en su fondo dulce, servicial y buena, pero perezosa y fácil para promover disturbios y revoluciones a que se la incite o aconseje basta sólo con algunos intrigantes para ello, y aquí son numerosos en los partidos más o menos liberales, más o menos retrógrados.

Poco más o menos, como sucede en el resto de la América Latina, el color de la piel determina el de las opiniones. Luego que uno de los agitadores logra reunir el número de descontentos que cree bastan a la realización de sus fines, queda acordado un pronunciamiento; los sublevados se ponen sobre las armas y van a ocupar la plaza de Santa Ana, su iglesia y todas las casas que dominan la ciudad, desde un corto tiro de bala. Los jefes que ocupan el poder ensayan resistir, se organizan como pueden y toman posiciones en una altura casi igual a aquélla, que domina la playa y la avenida del peligroso barrio. Por desgracia, cuentan de ordinario con muy poca gente para el sostenimiento de este punto; el fuego de los adversarios los dispersa en breves instantes, y la ciudad es tomada.

Las alturas de Santa Ana son consideradas de tal importancia, que en tiempo de los españoles estaba totalmente prohibido construir en ellas ni una simple casa. Un marqués de Santana, de quien aquellos terrenos eran propiedad, quiso, valiéndose de lo que podemos llamar un subterfugio, esquivar la dificultad. Contando con el apoyo de las

Ordenes religiosas, que en aquel tiempo contrabalanceaban la autoridad del virrey, si es que no llegaban a sobrepujarla, hizo construir primero una iglesia con convento, en el centro mismo de la llanura, y el Gobierno teocrático que regía, temiendo los conflictos que podían sobrevenir, no se atrevió a reclamar. Valiéndose como argumento en pro de lo que se proponía de que los edificios aquellos derogaban virtualmente el edicto en cuestión, el marqués comenzó a construir una gran casa señorial; pero, a despecho de su hábil intriga y de las grandes influencias del clero, no llegó a terminarla, pues el Gobierno de España dio orden formal y terminante de que se suspendieran los trabajos. La iglesia, el monasterio y la casa, que permanece por terminar sirven hoy de fortaleza al pueblo y aseguran su victoria, sobre todo desde que fueron derribados las fuertes murallas con bastiones y cegado el foso que, lleno de agua, protegían a la ciudad contra los ataques de la parte de tierra. Las ruinas de la iglesia son imponentes por su masa, su vista sombría y su severo aspecto. Como todos los edificios de Panamá, Santa Ana está construido con rocas ígneas, pórfiro, traquito, dolerita, basalto rojo, pardo o verdoso. Lo que más interés le da son los restos de atrincheramiento levantados a toda prisa para sostener un sitio, las aspilleras y las mil huellas y desconches hechos por la metralla y las balas de fusil. Aquel monumento, elevado bajo la invocación de un Dios de amor y de paz, es el lugar del país donde se libran los más encarnizados combates entre ciudadanos; entre hermanos.



Sangre preciosa, derramada para empobrecer al país y hacer más miserables a los partidos, resultando ventajas únicamente para un puñado de ambiciosos. Por ventura aquellas convulsiones duran poco: una o dos batallas en las calles, y el drama queda terminado. Inmediatamente la acción victoriosa se apodera de los empleos públicos, sin que extienda a más la acción de su venganza; nada de proscripciones, ni de sangrientos procesos, ni bajas venganzas, forman, como en Europa suele suceder, el vergonzoso epílogo de las luchas civiles.

Los barrios de que venimos hablando tienen única y exclusivamente esta iglesia, que en momentos dados les sirve de fortaleza. La ciudad, o sea el espacio que circunscribían las antiguas murallas, las cuenta por docenas. Estos edificios, y los extensos conventos que forman sus anejos, dan patente y clara idea de la riqueza de Panamá en el siglo pasado. Siete monasterios ocupan casi toda la superficie; el único que se encuentra en buen estado de conservación es el de la Concepción, y en él ha podido ser instalado el hospital; algunos otros tienen salas disponibles; que con frecuencia emplean para almacenes, cantinas o depósitos militares. El más grande es el de San Francisco, que cubre la mayor parte del bastión N.E., sin que tenga de interesante más que su misma extensión; la iglesia, aunque en muy mal estado, sirve aún para el culto. Extremadamente extensa y de una arquitectura muy sencilla, tiene por todo adorno una elevada torre, destinada a campanario, pero a la que apenas si se ha hecho subir de la nave; ésta se encuentra agrietada por todas partes; los muros han perdido la vertical, las columnas están inclinadas de un modo amenazador. Antes de mucho tiempo las hormigas acabarán de arruinarla, pues en numerosas legiones lo ocupan todo, desde los cimientos hasta la techumbre; el suelo, minado también, se desmorona; han intentado cegar sus trabajos, envenenar sus ejércitos con petróleo, pero trabajo perdido, pues no se ha conseguido más que diferir sus trabajos, y bien pronto habrá de quedar prohibida la entrada en el santuario. Este convento poseía grandes propiedades en la provincia de Veraguas, concedidas a los misioneros que desde su llegada al istmo habían predicado el cristianismo, convirtiendo a él a los naturales (1521). De los demás monasterios apenas si quedan más que las capillas; poco a poco, después de las sucesivas reformas políticas y económicas que por los gobiernos se han venido llevando a cabo, que ha sido causa de que sobre ellos impere la destructora acción del tiempo. Entre las iglesias que aun sirven al culto pueden citarse San Juan de Dios, San Felipe, y la del convento de Santo Domingo, cuyos muros se conservan en buen estado, pero de la que un incendio, de los que son allí tan frecuentes, ha destrozado el techo; el municipio alega, para dejar de componerla, que carece de fondos para más urgentes atenciones, y

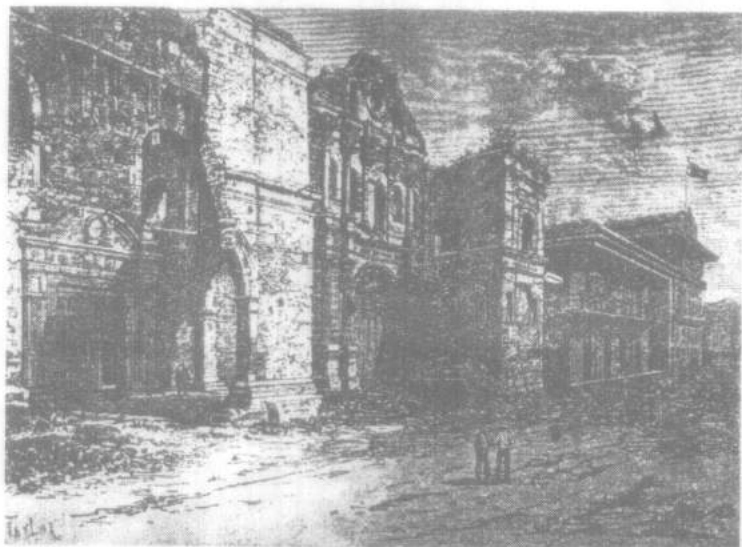
los fieles oponen para su abandono la misma razón. Aun pueden verse un arco de más de veinte metros, y cuya curva es de una forma muy perfecta, lo que concluyentemente prueba la absoluta inmovilidad del suelo. Esta iglesia, que a poca costa hubiera podido conservarse poco después del siniestro que la dejara descubierta, y que durante mucho tiempo estuvo abandonada, sin que nadie se acordara de ella, ha llegado al fin a convertirse en una panadería al vapor.

Las ruinas más imponentes de la ciudad, y que más llaman la atención, son las del Colegio de los Jesuitas. Este convento, casi igual en extensión al de San Francisco, pero más pobre de arquitectura, no llegó a terminarse nunca, y su capilla, descubierta también a causa de un incendio, sirve con harta frecuencia para los espectáculos que pueden celebrarse al aire libre.

En cuanto a las iglesias que no pertenecen a comunidades, como son San Miguel, Malambo, San Juan de Dios, San José y La Merced, su ornamentación es aún mucho más recargada que en las basílicas de España. Se ven en ellas **inmensos altares de madera dorada y tallada**, sostenidos por gruesas columnas labradas en anchas espirales, llenas de nichos en los que hay Santos vestidos con diversos trajes, con el rostro iluminado por medio de colores chillones, abrumados por una peluca de verdaderos cabellos. Los pedestales están adornados con lambrequines de madera, pintados y festoneados con oro, cercados alrededor con macizas balaustradas. En muchas capillas se ostenta buen número de reliquias locales, a las que los naturales profesan gran veneración.

Los artistas que han tallado aquellas imágenes, los pintores que han embadurnado aquellos cuadros, las señoras que visten a Jesús, a la Virgen María y a otros santos de seda color de rosa o morado, tachonado con lentejuelas, y velos de muselina o de encajes, han logrado aunque otro fuera su designio, formar una tan chocante y ridícula galería, que todos los extranjeros, y hasta las personas de la ciudad que se toman el trabajo de pensar en ello, se irritan contra aquellas exhibiciones escandalosas, que constituyen verdaderas profanaciones. Desde hace mucho tiempo y en distintas ocasiones, el Obispo de Panamá ha tratado de hacer quitar de los santuarios aquellos indignos maniqués, que no sólo apartan de la devoción, sino que excitan la risa; pero no ha podido conseguirlo más que en su propia catedral, donde, á pesar de las murmuraciones de los sacerdotes y el descontento de la gente del pueblo bajo, ha quitado toda la muñequería religiosa, relegándola al polvo de los desvanes, comprendiendo entre ello un grandísimo altar plateado, más profusamente adornado con estatuas, cuadros y milagros de todas clases, que los demás santuarios de la religión. Tal era la afición de la gente del pueblo a dichos recar-

gos y extravagancias, tal era la fé que prestaban a tanta ridiculez, que son muy pocos los que han hecho justicia a las rectas determinaciones del Obispo, que aun no ha conseguido se le perdone tan gran golpe de Estado.



Ruinas del Colegio Jesuíta en Panamá

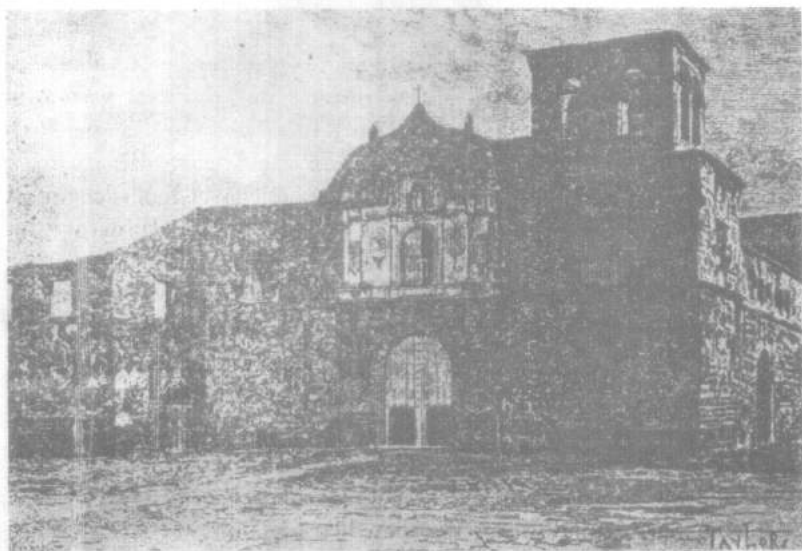
De todos los momentos que podrian servir para atestiguar la grandeza de que Panamá disfrutara un día, la catedral es el único que ha escapado a la decrepitud. Sus torres, que sirven de faros para indicar la entrada de la rada y del puerto, son las más altas que existen en toda la América Meridional. Gracias a la extinción completa de las fuerzas volcánicas en el Istmo, sus torres no se han movido ni una línea siquiera en los dos siglos que cuentan de existencia. La arquitectura de la iglesia, fea y de mal gusto, pertenece a lo que por convención ha dado en llamarse estilo jesuítico, y tiene un grandísimo parecido con la catedral de Méjico. Sus torrecillas, como todas las de las amacotadas iglesias del Istmo, estaban recubiertas con láminas de brillante madreperla; habiéndose caído estas escamas poco a poco y siendo costoso reponerlas de la materia de que primero eran, se las ha sustituido económicamente por pedazos de cualquier otra sustancia, pintados de blanco.

Excepción hecha de las iglesias, conventos y fortificaciones de que acabamos de hacer mención, Panamá no posee otros monumentos que puedan hacer recordar su pasado. Los antiguos edificios presentan muy poco de interesante, pero son dignos de ser visitados el viejo palacio en que se reúne el Cuerpo Legislativo del Estado Libre e

independiente de Panamá, y el cabildo o consejo municipal, situado en la plaza misma de la catedral. Un inmenso balcón, en el que se apoya la techumbre, y que avanza más de tres metros de la vertical del edificio, es lo único que puede llamar la atención, pues por lo demás no tiene nada que ver.

En comparación de Colón, Panamá es un verdadero paraíso. Aquí encontramos una distinguida sociedad francesa y un hotel monumental, dirigido por un compatriota nuestro, que nos ofrece confortables y cómodas habitaciones, así como también todo lo necesario que puede desearse; es, sin disputa, el mejor de los establecimientos de su clase que a orillas del grande océano puede encontrarse en toda la América, excepción hecha de la California. No quiero detenerme en hablar de su ancho y cómodo salón, ni de sus espaciosas habitaciones abiertas a extensos corredores, en los que el fresco es tan delicioso, que los viajeros no curiosos (y es ésta una especie muy abundante) pasan en ellos todo el tiempo de su permanencia en Panamá. Puede decirse que no se ha descuidado nada para aumentar el bienestar del cliente. Una gran máquina de vapor tiene en acción constantemente aparatos para obtener hielo, un lavadero y una panadería mecánica. Todas las personas distinguidas de la ciudad, todos los extranjeros que se hallan de paso, parece se dan cita en el café, situado en cuarto bajo; y si el mostrador de dicho café (o como aquí se dice, el bar-room) no es de zinc, pues se ha temido su excesivo costo, es a lo menos la verdadera bolsa de Panamá, el lugar donde se tratan todos los más importantes asuntos de la población. A la derecha y a la izquierda, puertas distintas dan paso al comedor, a la casa de M. Brooks, el tirador de la ruleta, a la casa de un peluquero que es al mismo tiempo librero y vendedor de periódicos, y, por último, a la casa del más rico banquero de aquellos contornos, M. Ehrmann, hombre rico que cuenta su capital por millones, pero que entre operaciones importantes sobre los soles del Perú, los dollars de América y los soberanos de Inglaterra, no se desdén de vender cigarros y tabaco. No tiene más que un solo punto en el que se desordena, pero propiamente hablando, no lo compran, sino que lo juegan: banquero y cliente cogen los dados; si este último pierde, paga dos cigarros, de los que sólo se lleva uno; si gana su contrario, le ofrece un excelente habano, sintomar el precio. La pasión dominante en Panamá es el juego, pero no puede decirse, por fortuna, que cause grandes estragos. Los alicionados a rarezas no dejan nunca de visitar a M. Ehrmann, pues él es quien recibe todas las curiosidades chinas y las antigüedades indias. Estas últimas, por regla general, consisten en grandes objetos especiales o en pequeñas estatuas de oro, representando divinidades en figuras de hombres o de animales, halladas en los sepulcros de sus primeros poseedores. Desde hace muchos años, el precio de estos objetos ha subido considerable-

mente, gracias a las aficiones arqueológicas que se han despertado; por regla general, se venden en dos o tres veces el valor del metal, y gracias a esto, había un número considerable de personas que se ganaban la vida registrando las tumbas en que tenían seguridad de hallarlos. Esta era en aquellos tiempos una de las ocupaciones favoritas de los grandes conquistadores; pero poco a poco lo malo de los tiempos, lo mucho que se ha agotado, ha sido causa de que hoy sea casi exclusivamente ocupación de los indios más pobres. Casi todos los hallazgos importantes provienen ahora de Chiriquí, lugar donde más abundan los sepulcros, y en el que se habían practicado menos excavaciones, pues en los demás sitios todas las necrópolis habían sido rebuscadas una y muchas veces.



Iglesia de San Francisco en Panamá

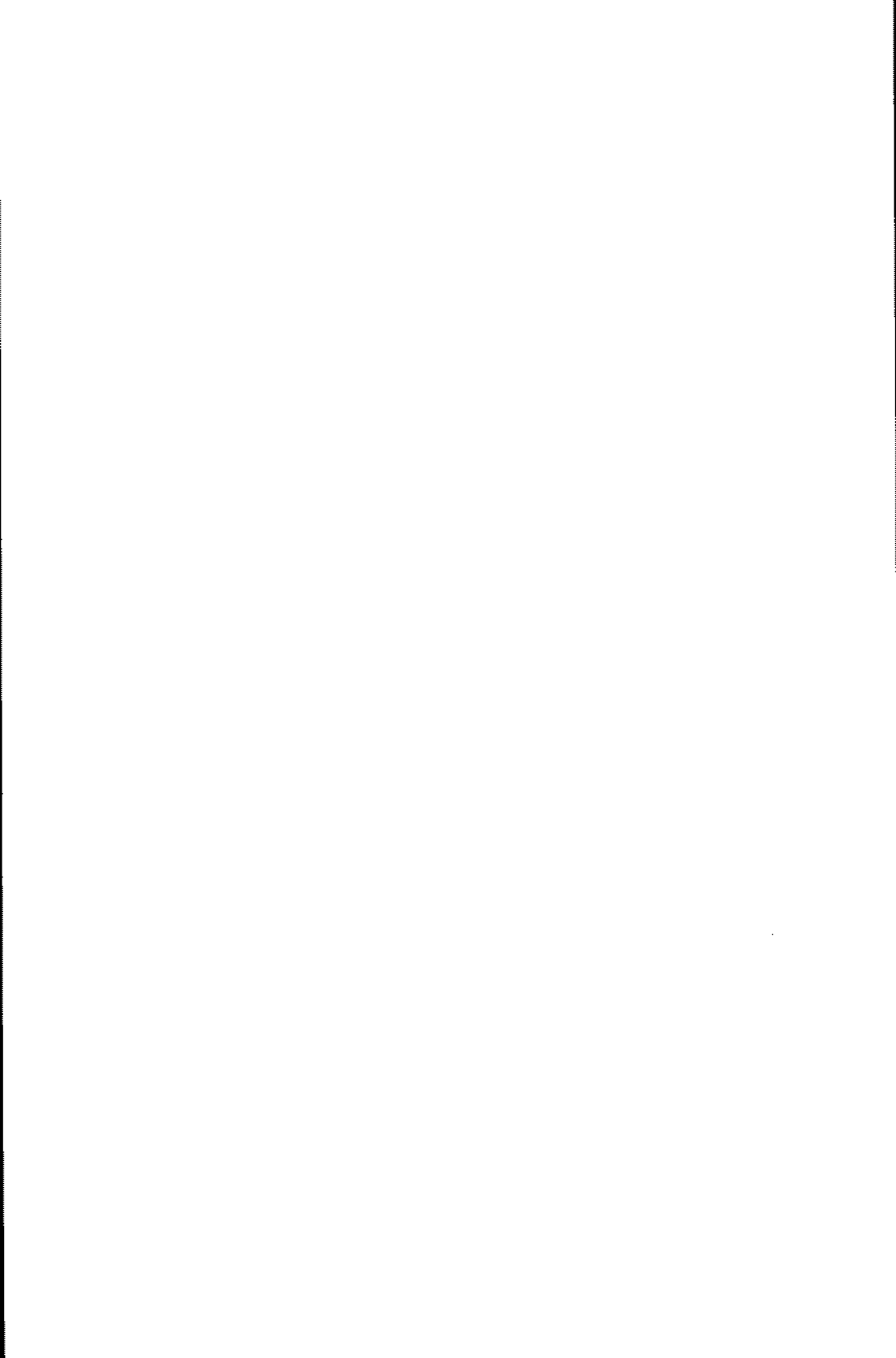
Cuando a tal ocupación llevaban sólo la avaricia y gran deseo de riquezas que durante largo tiempo fuera el móvil principal que impulsara a muchos a cruzar los mares para trasladarse a aquellas remotas regiones, los ídolos y objetos de metales preciosos que se hallaban en las tumbas eran fundidos inmediatamente, pues no se les reconocía otro valor que el que representaban por el metal de que estaban hechos: de aquí que relativamente sea muy corto el número de los que existen, pues sólo se les ha dejado su antigua forma, cuando los adelantados conseguidos en la ciencia y en las artes ha hecho conocer las especiales condiciones que presentaban semejantes necrópolis para el conocimiento de aquella civilización.

VII

Los alrededores de Panamá: el antiguo Panamá: la ascensión al cerro Ancón: El Chorrillo: los cementerios: los peligros de la hamaca.

Todos los alrededores de Panamá se hallan ocupados por extensas y hermosas haciendas, en las que sus propietarios y colonos pasan los fuertes calores de la estación estival, por lo que todo el país se ve surcado de senderos y buenos caminos, por algunos de los cuales pueden pasar carruajes cómodamente.

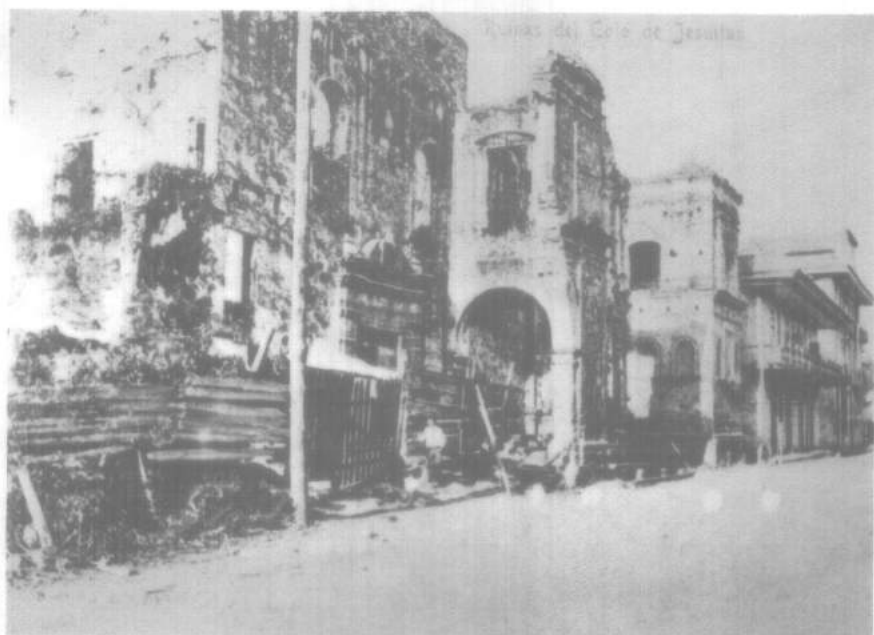
Para llegar al antiguo Panamá se sigue el camino de la sabana hasta llegar a una senda que penetra en las forestas de la ribera, e inmediatamente se encuentran los pantanos del río Algarrobo, por los que los restos de un antiguo camino permiten pasar sin encharcarse demasiado, cosa que de otro modo no podría evitarse, por ser mucha la humedad que producen los frecuentes derrames del cauce, y hallarse a cada paso extensos charcos, disimulados por el verde que en ellos crece. El río se atraviesa por encima de un curioso puente de un solo arco, bastante elevado sobre el terreno en que se apoya, y enteramente tapizado y cubierto de epifitos sarmentosos de diversas especies, pero en tal abundancia, que apenas si por algunos claros llegan a descubrirse las musgosas piedras del antiguo monumento. Dos grandes higueros se levantan sobre aquella masa de cuerdas vegetales, algunos raíces brotan de sus troncos buscando el suelo y savia que los alimente; por no hallar más que el vacío, y estos árboles se sustentan por algunas fibras que han logrado ingerirse entre las lianas, parásitos que viven a expensas de otros parásitos.



*Panamá sus Antiguas Casas
y sus Barrios* •



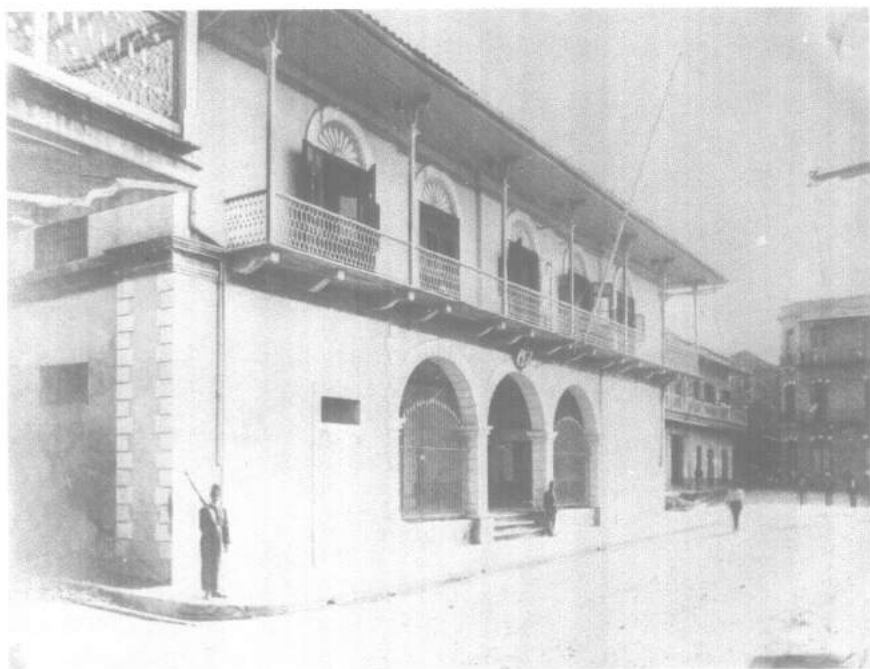
Mirador del Castillo de Las Bóvedas



Convento de los Jesuitas en donde se instalaron las salas de clase de la Universidad de San Javier en el siglo XVIII (Ave. A)



Viejo Hospital instalado por los norteamericanos a las orillas del Cerro Ancón (hoy Hospital Gorgas)

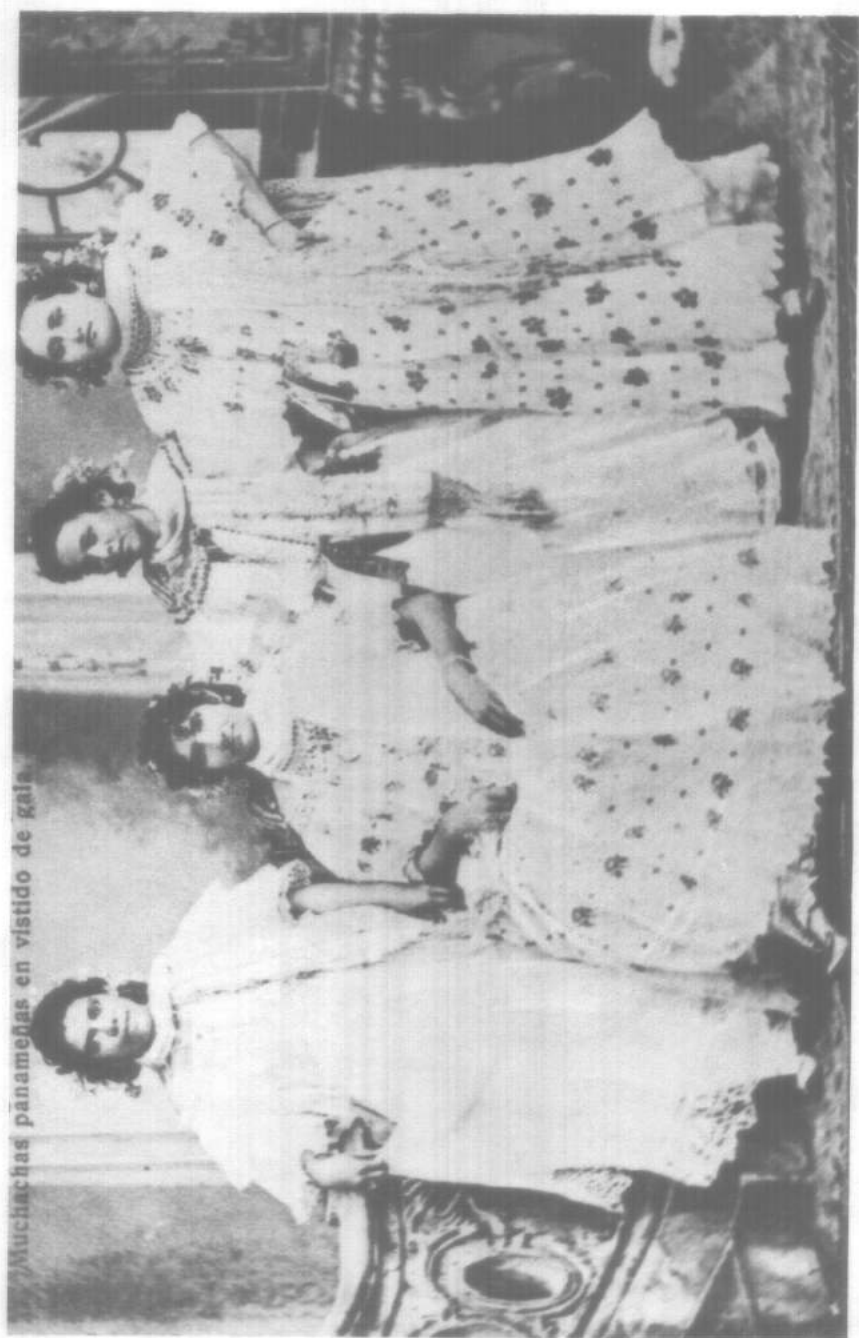


Antigo Palacio Presidencial en los primeros años de la República, antes de su total reconstrucción por el Presidente Belisario Porras.



Antigo sector de la Avenida Central a finales del siglo XIX.

Muchachas panameñas en vistido de gala.



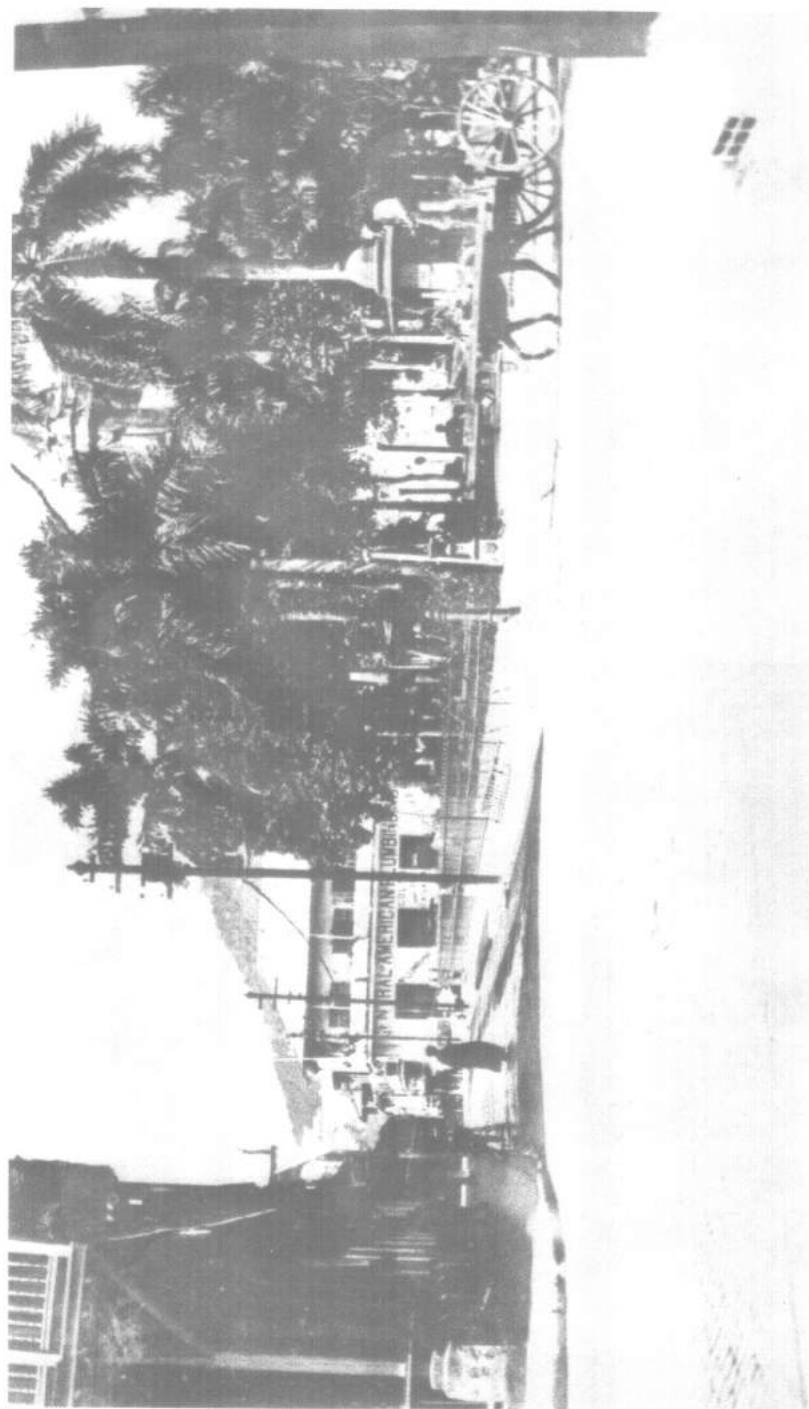
Típicas Polleras Panameñas a principios del presente siglo.



Costado de la Plaza de la Catedral, y la hoy Calle Sosa



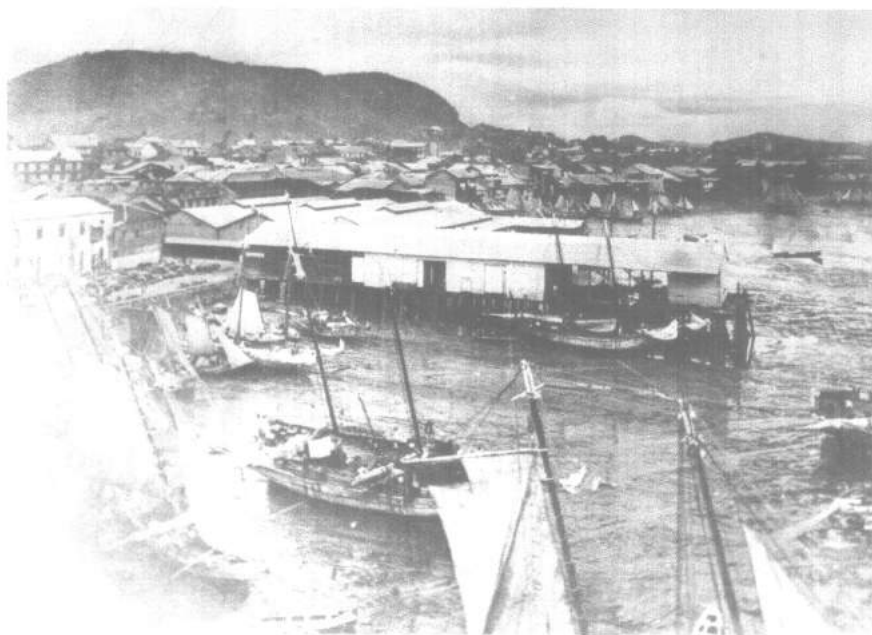
Iglesia de la Catedral, frente al cabildo (hoy Museo de la Nacionalidad)



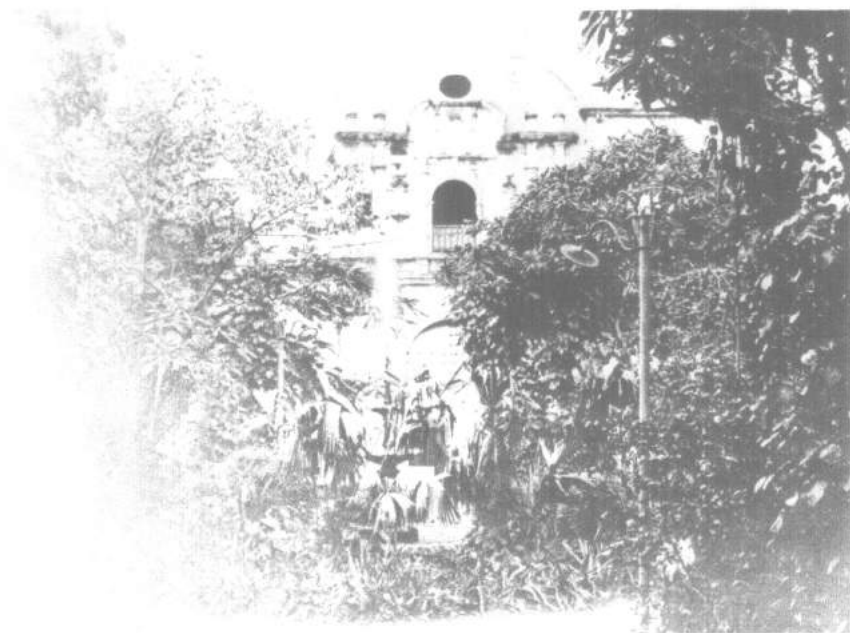
Plaza de Santa Ana a principios del siglo (a un costado La Cantina La Plaza, centro de reunión de los viejos cavildos liberales, correoso, Porras y Mendoza)



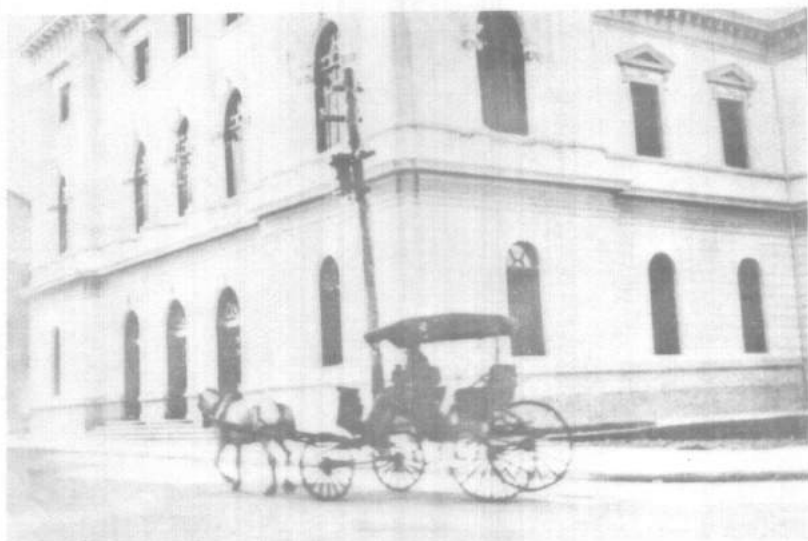
Calle 3a. y Avenida A., frente al Mar.



Antiguo Muelle del Mercado Público, tras su total reconstrucción en la primera Administración del Presidente Porras (1912 - 1916)



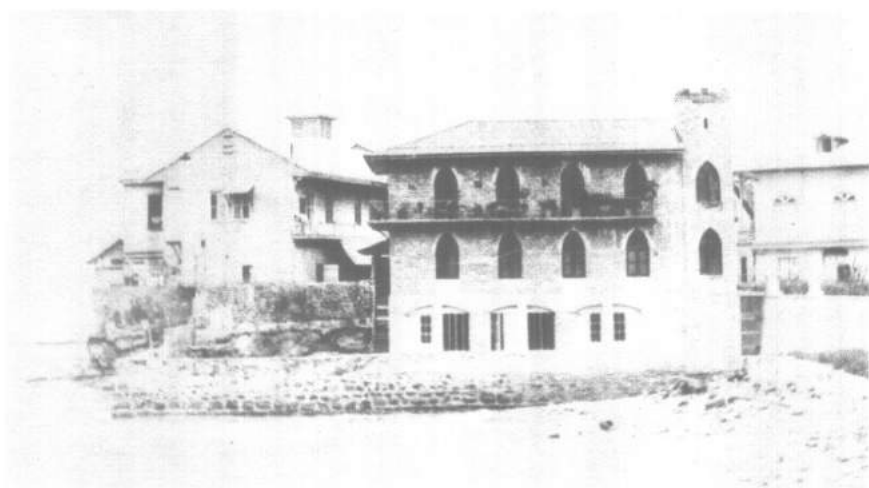
Parque de San Francisco (hoy Plaza de Bolívar)



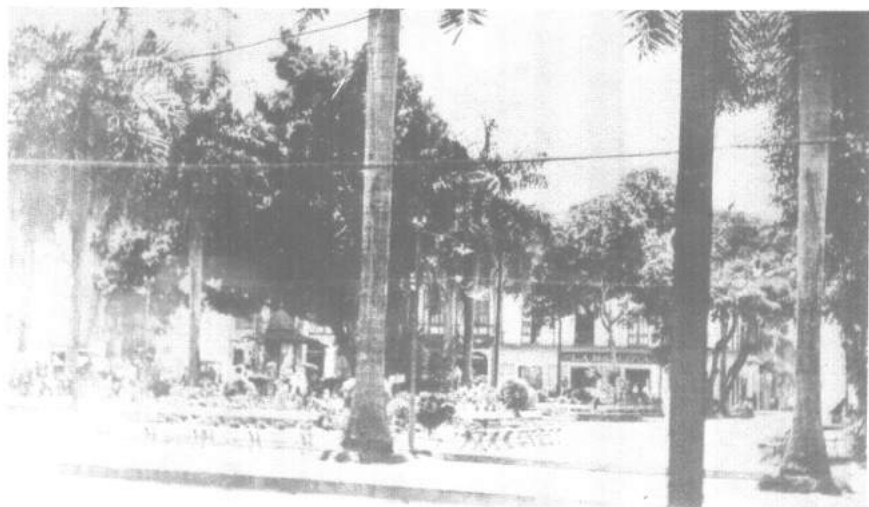
El Palacio de Gobierno en donde funciona hoy la Dirección del Instituto de Cultura.



Dos aspectos de la Plaza de la Catedral, el primero corresponde al Palacio Municipal en donde funciona el Museo de la Nacionalidad.



Antigo Templo Metodista (hoy derribado), en donde funcionó posteriormente el Colegio Panamericano, frente al Palacio de Gobierno.



Plaza de la Catedral.



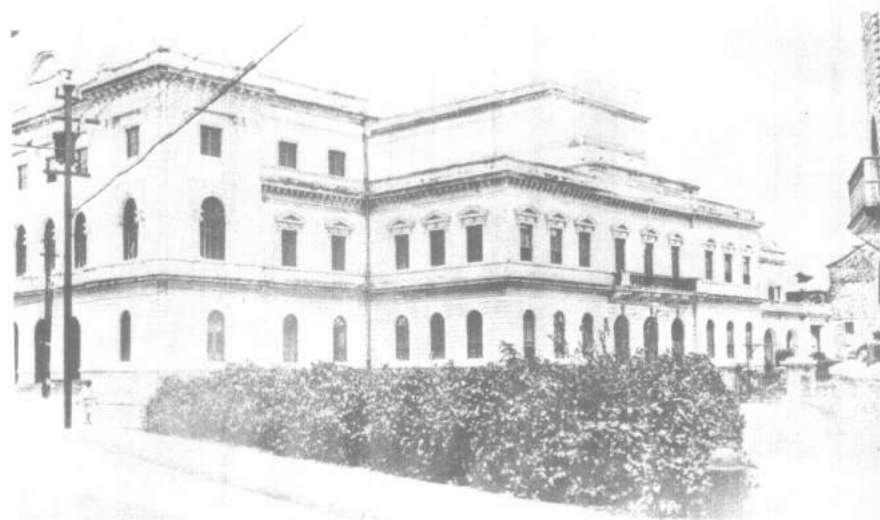
Malecón de San Felipe frente al Palacio de Gobierno a finales del siglo XIX.



Casas del barrio de San Felipe en el sector denominado Santo Domingo



Vista de la Ciudad desde la Bahía (al fondo el Cerro Ancón), principios de siglo.



Instalaciones del Palacio de Gobierno y el Teatro Nacional



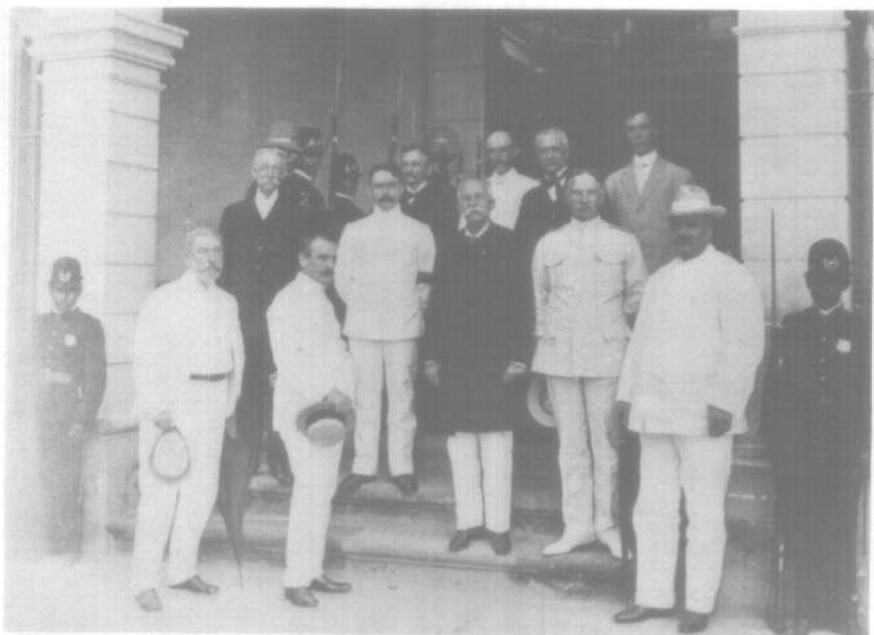
Plaza de la Catedral, al fondo el edificio en donde funciona hoy el Ministerio de Planificación.



Antiguo Palacio Presidencial en los primeros años de la República antes de su total reconstrucción por el Presidente Belisario Porras.



Billetera de los Sorteos de la Lotería de la Decada del 1920



El Presidente Amador Guerrero en la entrada del Palacio Presidencial recibe a los Ingenieros Constructores del Canal Interoceánico.



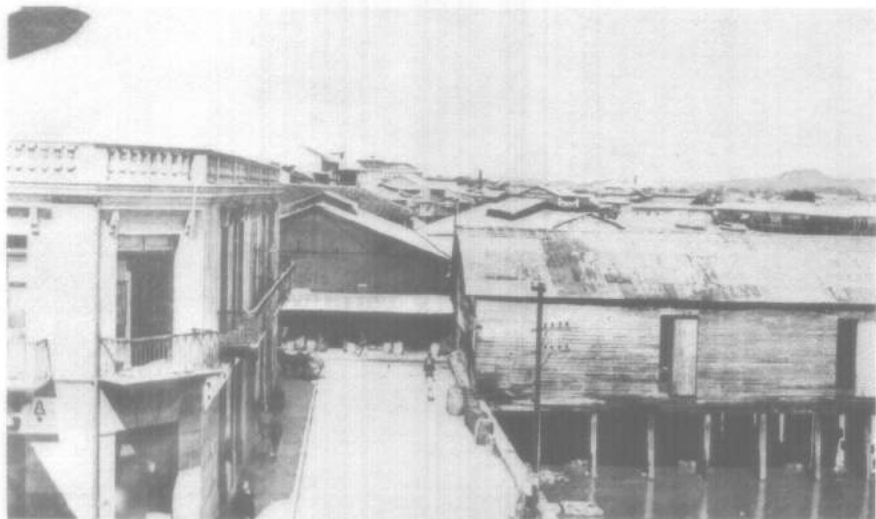
Edificio de Correos (1920 - 1924) reconstruido bajo la Administración del Presidente Porras contiguo edificio de las oficinas de la Compañía Universal del Canal Fránces.



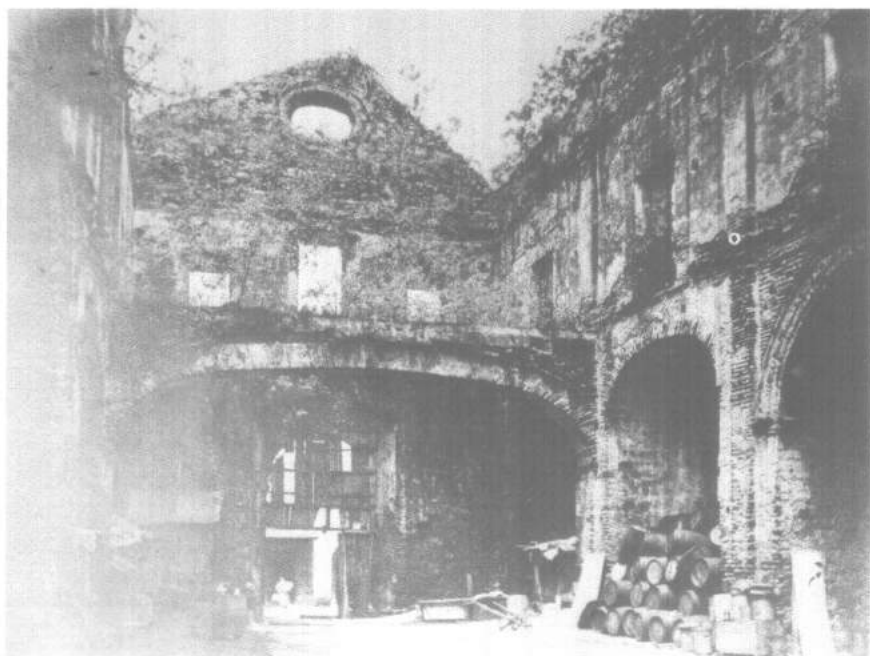
Torre de la Iglesia de la Catedral y esquina de la Plaza frente a la Avenida Central



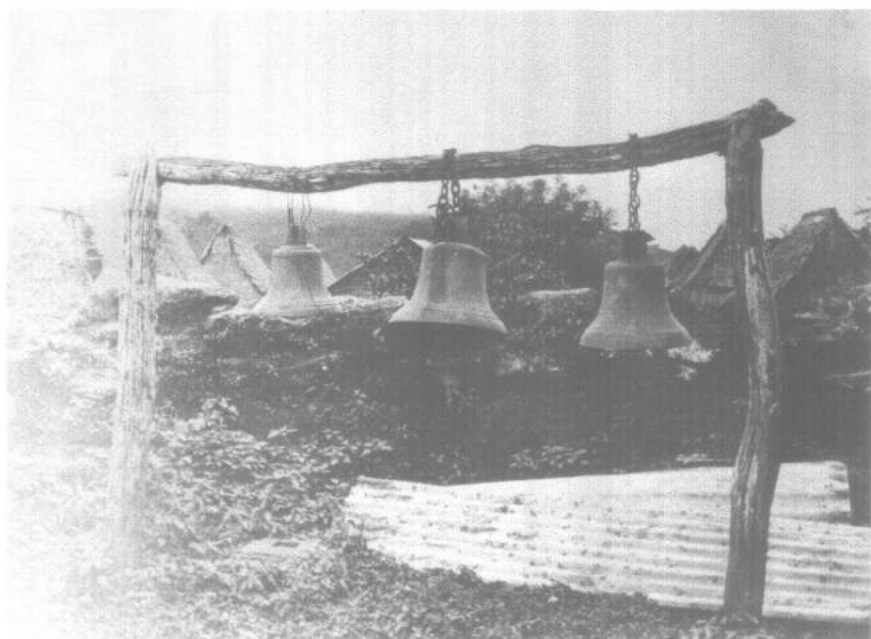
Vista de la Bahía cercano a donde funciona hoy el Club de Clases y Tropas de la Guardia Nacional (Principios de Siglo)



Vista de la Ciudad en el Terrapién del Mercado (Década de 1920)



Vista interior del Convento de Santo Domingo, donde se aprecia el Arco Chato.



Antiguas campanas coloniales hechas en Perú.



Día típico de el sorteo de la Lotería de Panamá a principios de siglo XX



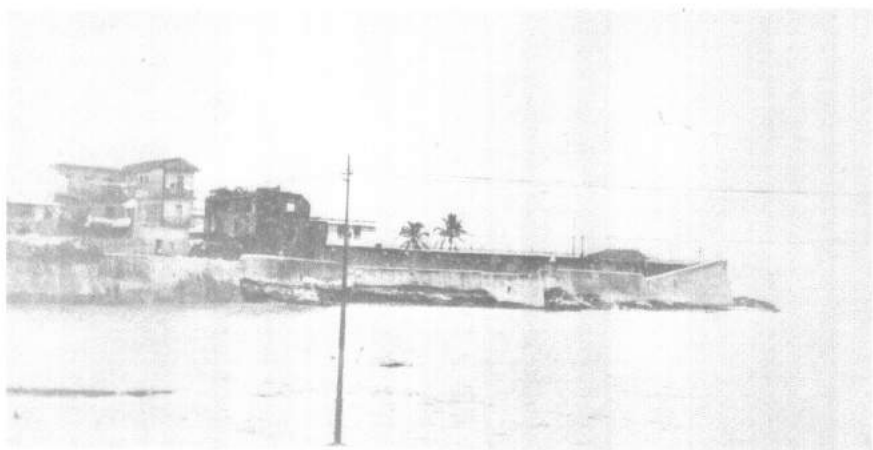
Vista parcial de la Avenida Central entre calle 10a. y Calle 11.



Antigo Templo Metodista junto al Malecón de San Felipe



Hotel Central (el mejor de Centroamerica) a principios de siglo



Antigua Muralla de la Ciudad frente al Castillo de Las Bóvedas



Plaza de Santa Ana en un día de intensa actividad. (principios de siglo).



Ruinas de la Iglesia de Santo Domingo, donde se encuentra el Arco Chato.



Parque de San Francisco (hoy Plaza de Bolívar)



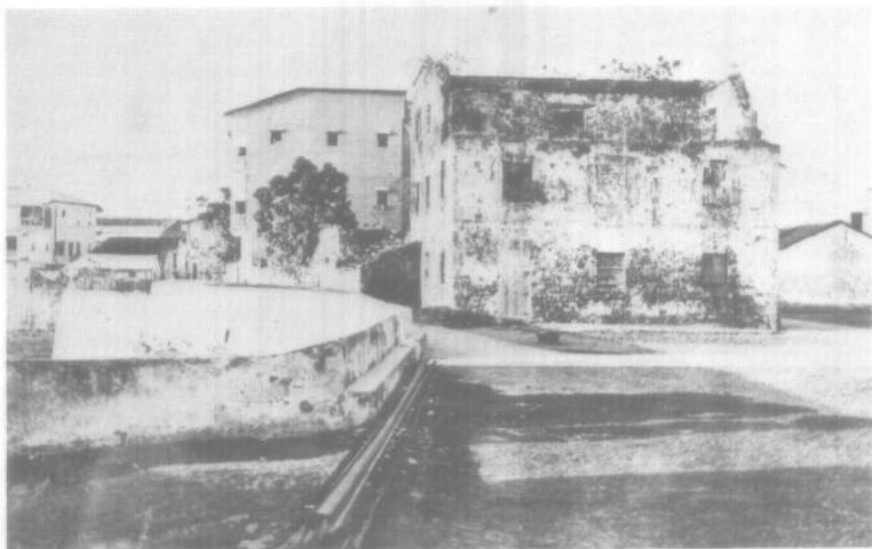
Bahía de Panamá frente al Muelle del Mercado



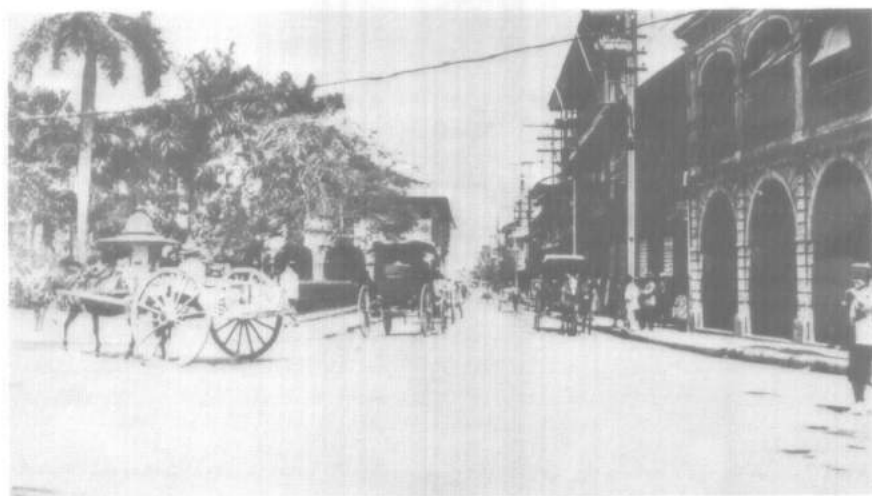
Antiguos Edificios de la Exposición Internacional de Panamá (1915) y que luego fueron convertidos en la primera Instalación del Liceo de Señoritas.



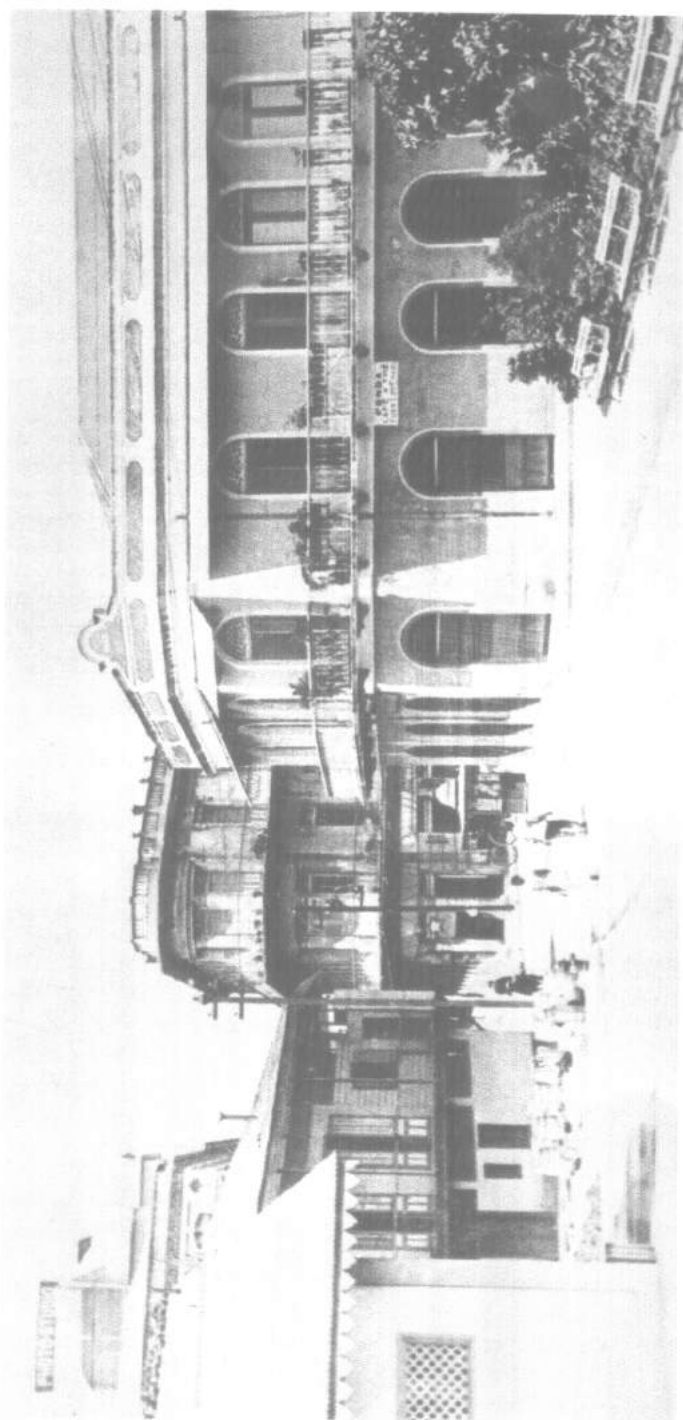
Vista Parcial de la Plazuela de Arango (Década de 1920) Frente a Las Oficinas del Departamento Nacional de Investigaciones



Plaza Francia y parte de la antigua Muralla de la Ciudad.



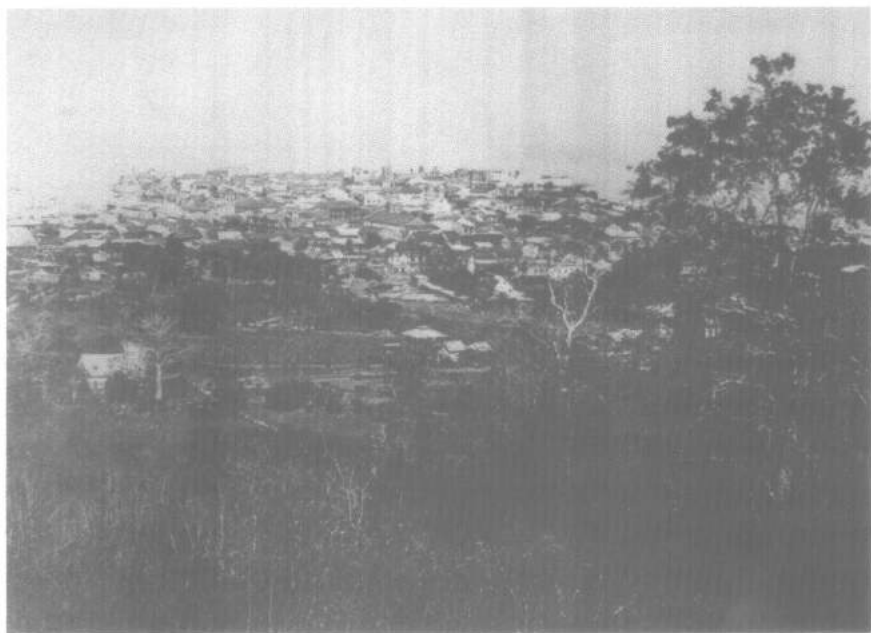
Plaza de Santa Ana y Avenida Central, junto al Hotel Metropole



Plaza Arango a fines del siglo XIX



Edificio de la Concordia en la Avenida Central y donde funcionaba a principios de la Década de 1910 La Cía. Internacional de Seguros.



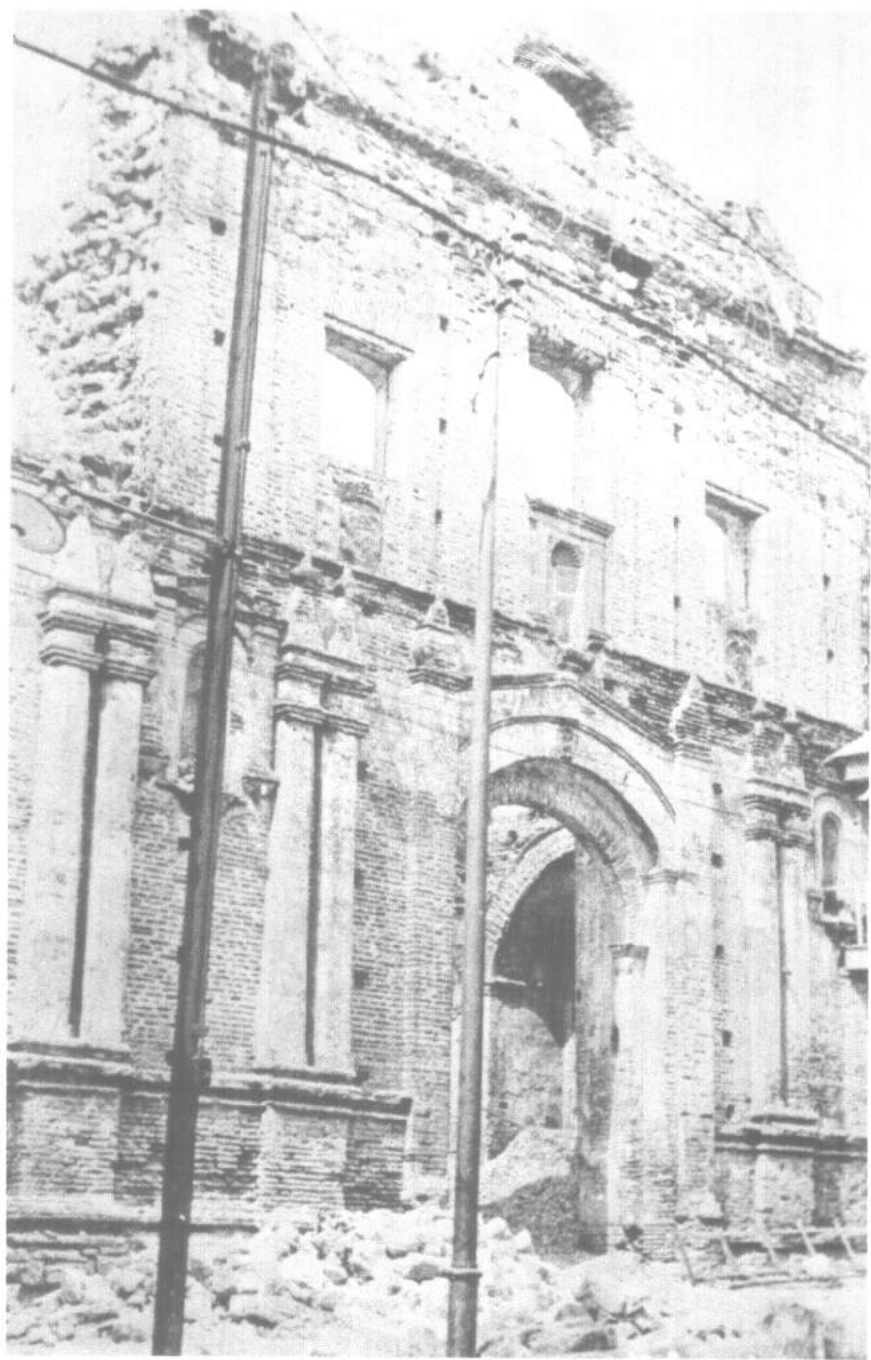
Vista desde El Cerro Ancón de la Ciudad de Panamá en 1912



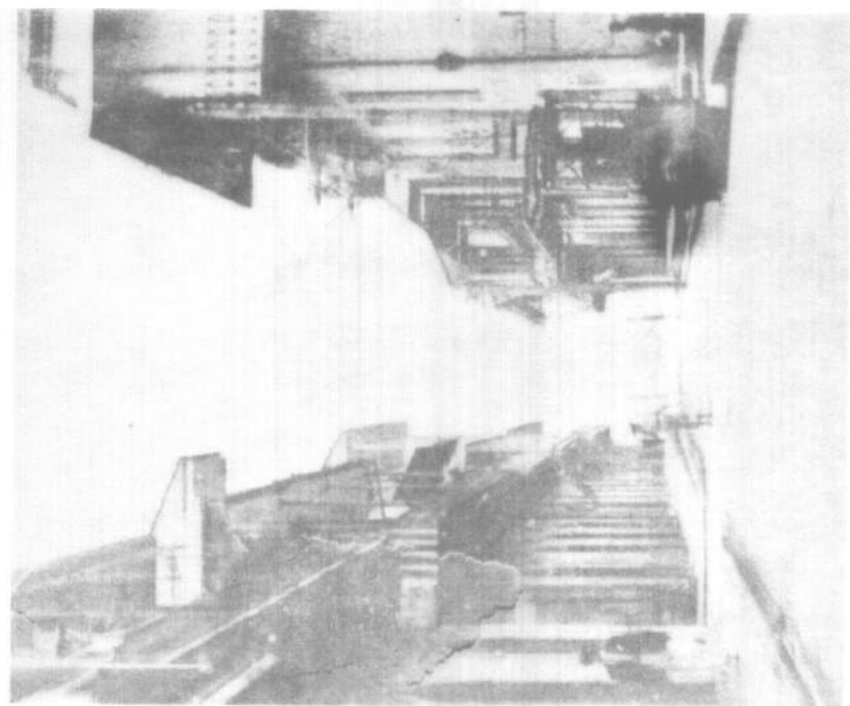
Antigua vivienda de Cal y Canto en un tramo de La Avenida "A" (finales de siglo XIX)



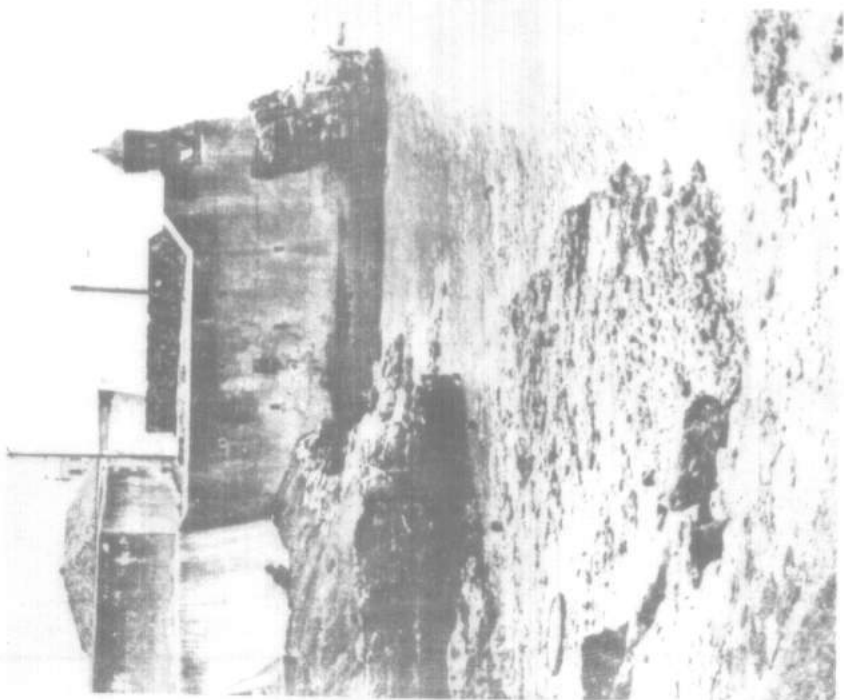
Pavimentación de un tramo de La Avenida "B" en La Década de 1910



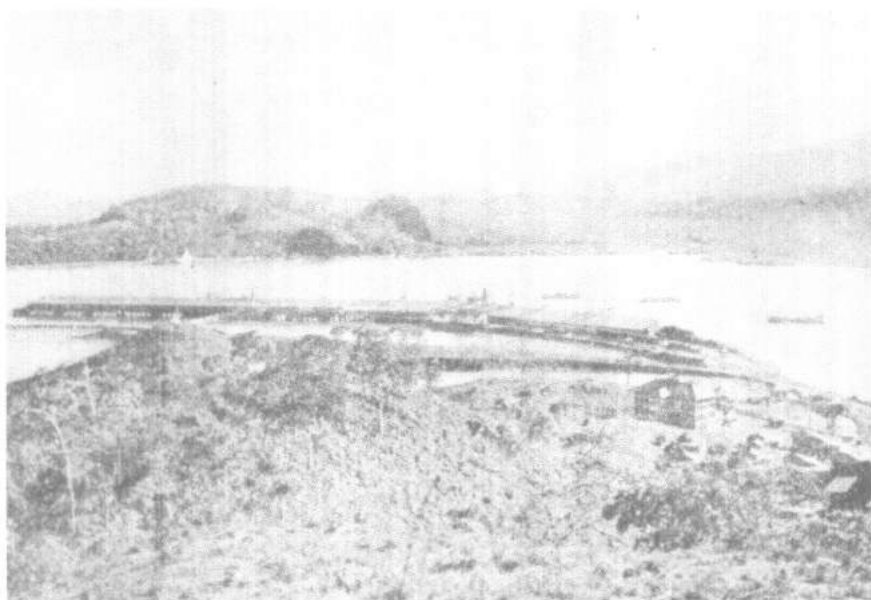
Ruinas del Convento de Los Jesuítas en Avenida "A"



Tramo de la Avenida Central en la esquina con calle 4a.



Vista de una parte de La Muralla del Castillo de Las Bóvedas



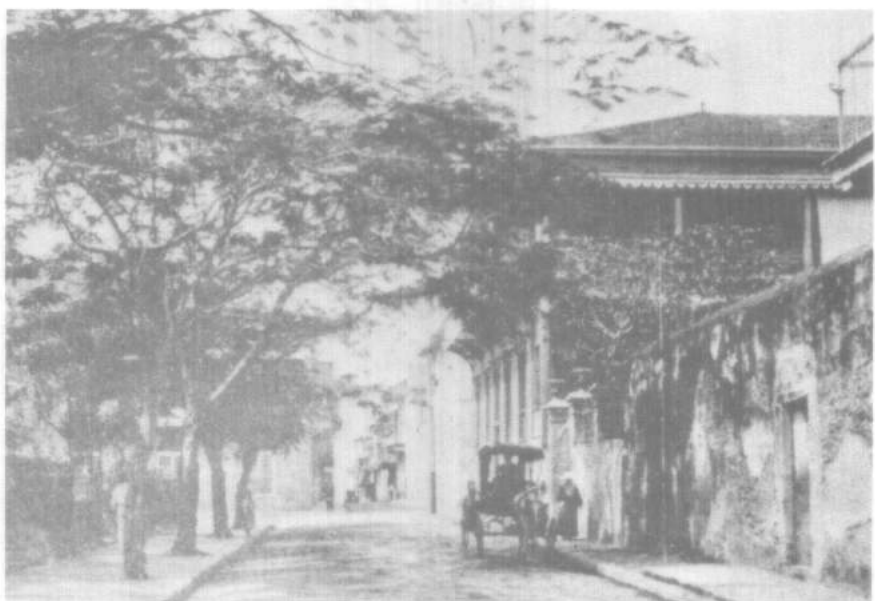
Explanada del Puerto de La Boca al Inaugurarse El Canal -Interoceánico (1914)



Conjunto Coches de Caballo en un Tránsito Dominical por la Plaza de La Catedral.



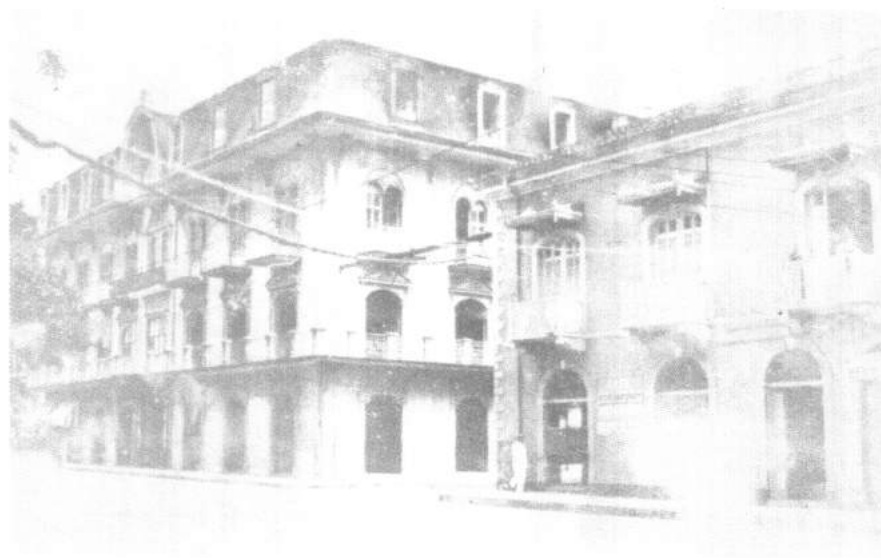
Vista de la Ciudad de Panamá en el Año de 1912 desde el Cerro Ancón.



Vista de la Plaza Bolívar y Calle 4a. principios de Siglo XX



Vista de la Rampla del Mercado Público (1914)



Un aspecto de la Plaza de la Catedral a principios de siglo

*La Sanidad de la Ciudad de Panamá
a Principios de Siglo*

Alguien ha dicho, con sobra de razón, que a los pueblos hay que hacerles el bien a despecho de ellos mismos. Y es que, por lo general, éstos se acostumbran a vivir en la indolencia, y cuando se les despierta de este letárgico sueño, se levantan como energúmenos y protestan, considerándose heridos en su libertad, si es que podemos llamar libertad ese estado de morbosidad inconsciente en que viven. Aquí, entre nosotros, hemos curado el mal, no sin algún esfuerzo, ya que toda iniciativa en bien de la comunidad, ha levantado protestas y ha merecido hasta insultos y calumnias, aunque después, como ha sucedido, esos mismos consideran la obra que motivó sus infundadas cóleras, como una bendición de lo alto.

Las escenas que presenciamos todos a causa de las medidas adoptadas por la Sanidad americana, apenas iniciada la República, con el fin de librarnos de las mortíferas siete plagas de Egipto que habían hecho irrupción entre nosotros, fueron por demás numerosas y son una prueba de cuanto dejamos dicho. Yo, personalmente, fui testigo de alguna que nunca olvido y que paso a relatar.

Fue allá por el año de 1907, si mal no recuerdo, cuando el Gobierno me nombró Ministro en el Brasil. Ya en vísperas de mi viaje quise despedirme de algunas familias amigas y así lo hice. Al entrar a la casa de una de esas familias, muy querida por cierto, y cuyo nombre me reservo, pude notar, estando ya en la sala, que la señora, jefe

de la casa, y sus encantadoras hijas, estaban muy nerviosas y a cada momento miraban hacia la puerta de entrada. Pocos momentos después escuché que tocaban a la puerta. La dueña de la casa se levantó corriendo y decía en voz alta: ¡Allí están, allí están! Vienen a botarnos de la casa. . . Sin saber de qué se trataba, me apresuré a preguntarle, y ella, mostrándome a los que en la puerta aguardaban, me dijo: (¿No comprende usted? Esos, los enemigos del país, que vienen a obligarnos a salir de nuestra casa, vienen a botarnos. Esto es verdaderamente insoportable. Ellos son los amos. . .), Fui al encuentro de los que ella llamaba “amos y enemigos del país”, que no eran otros que los americanos empleados de la Sanidad, quienes de manera culta y respetuosa, hicieron ver una semana antes la necesidad de aquella medida, pidiendo a la señora que abandonara la casa por el día y la noche, como había sido notificada, para poder fumigar las habitaciones y poner en práctica lo conveniente para extirpar los mosquitos y demás plagas que debían tener allí su nido. La familia, llena de encono, comenzó a recoger sus ropas de vestir y de cama con el fin de trasladarse donde una familia amiga y yo me puse a sus órdenes para ayudarlas en aquel trance que ellas no podían justificar un solo instante.

Ya todo listo, los empleados de la Sanidad entraron, armados de escaleras, paquetes de papel, piretro, tientos y engrudo y demás enseres necesarios para la fumigación y comenzaron por cerrar herméticamente las habitaciones, pegando papel en todas las rendijas, para poder así fumigar la casa, tal como habían hecho con otras muchas. La familia, llorosa y renegando de aquellos que llamaba “los amos”, abandonó la casa, y yo, apenado con todo aquello, ya que no querían entrar en razones, me ofrecí para acompañarlas, y así lo hice, dejando en la casa a los hombres aquellos que iban - a despecho de los dueños- a extinguir para siempre los factores principales de todas las enfermedades, que en Panamá y en el extranjero habían puesto una nota de terror.

Permanecí por varios años ausentes del país. Al regresar, todavía con el recuerdo de aquella escena, encontré transformada la ciudad. Sus antiguas calles, empedradas con piedras puntiagudas y lodo entre piedra y piedra, estaban adoquinadas con ladrillos, y me fui a visitar a las amigas, las del día de la fumigación, y las encontré a todas muy contentas. Me decía la misma señora que había estado tan brava, al preguntarle yo, como les había ido el día de la fumigación, me decía, repito, con marcada alegría: ¿Ha visto, Doctor las calles? Por ellas puede uno andar en medias sin ensuciarlas. Usted no se imagina, al regresar nosotras a la casa el día de la fumigación, cómo la encontramos: llena de ratones y mosquitos y cucarachas, alacranes y ciempiés,

y mil-bichos más, todos muertos. Yo no sé cómo hemos podido vivir por tanto tiempo entre esos animales. A los americanos, que nos ha traído la Sanidad, debemos considerarlos como una bendición del cielo. . ." Yo no pude más que sonreír y decirme interiormente:

Los progresos y las innovaciones tienen las resistencias de quienes no los entienden. Hoy proclamamos como un gran bien lo que creímos antes un terrible mal. La humanidad se conduce siempre lo mismo en todas partes.

LA SANIDAD DE PANAMA HACE SESENTA AÑOS

Hace más de medio siglo, cuando yo no tenía sino nueve años, vivió en Las Tablas la familia de don Lino Clemente Herrera. Este caballero era de Bucaramanga, en Santander, Colombia, y había venido a Panamá con el fin de establecerse, como lo hacían a menudo otros, como el señor doctor don Manuel Amador Guerrero, don Bartolomé Calvo, doctor don Demetrio Porras y muchos más que lograron abrirse paso en nuestro país y ocupar posiciones eminentes en él. Don Lino Clemente era un hombre moderado e íntegro, un caballero a carta cabal que ocupó por mucho tiempo uno de los Juzgados de circuito de Panamá, que desempeñó siempre con ecuanimidad y justicia. Casó entre nosotros con la señora de la Rosa, dama apreciada y distinguida de nuestra sociedad y fundó con ella una bella familia, de la cual no queda ya un solo miembro en nuestro país. Rosita y Herminia, muy bellas, casaron con extranjeros, la una con un cubano que se la llevó a su patria, y la otra con un peruano que se la llevó igualmente a la suya, sin volver nunca más a esta tierra. Lino Clemente Herrera Jr., fue enviado a Bogotá a estudiar y permaneció varios años en esa capital, haciendo sus estudios y regresó sin terminarlos. Hortencio y Rodolfo fueron otros dos gallardos hijos de don Lino, y Darío, por último, el menor, que fue un escritor y poeta brillante, de inspiración y renombre en nuestra América.

Cuando don Lino lo creyó conveniente, repuesta su esposa de la enfermedad que la atacó en Panamá, se vino con su familia de Las Tablas a esta capital y se instaló en una casa de un alto, en la parte Sur de la calle 13, llamada en aquel tiempo *Salsipuedes*, dos casas más de por medio con el mar, en donde terminaba la calle. Detrás le quedaba el llamado *Javillo*, y por delante una barraca que en cierto modo servía de mercado, y seguidamente, el barranco de la playa hasta la loma en donde doña Leona de León poseía ya su tienda renombrada. En esa calle, hoy del mercado, existían cuatro casas al Norte, frente a la

barraca y al barranco de la playa, en una de las cuales tenía situada su tienda don Manuel M. de Ycaza, y, además, la casa baja, de un solo piso y de ancho portal, la misma en donde los señores Pinel han tenido mucho después su oficina de la Navegación Nacional, casa que era nombrada La Taratana (La Atarazana), en donde se vendían las frutas, las aves y los granos.

Don Lino y su esposa guardaban cariño y gratitud por mi familia, y un miembro de ésta, don Cornelio Escobar, comerciante de nota de Las Tablas y Guararé, marido de mi tía María de las Nieves, solía hospedarse en casa de ellos cuando venía a Panamá a hacer sus pagos y nuevas compras. Vivían los Herrera empeñados en que mi abuelita les hiciera una visita y lo lograron al fin, viniendo ésta conmigo a Panamá y hospedándose en casa de estos distinguidos amigos por más de medio mes.

Como fue visitada y atendida también por otras familias que la conocían, al cabo de diez días, viendo acercarse su regreso a Las Tablas, comenzó a visitarlas a su vez. Solía ir acompañada de una criada de los Herrera que conocía muy bien la ciudad, y de mi, de quien no se separaba nunca. La primera vez que salió fue a la prima noche, todavía con la luz del crepúsculo vespertino, y naturalmente, pasamos por delante del barranco de la playa, en donde, —le decía la criada,— ponían a exhibir en el suelo el pescado y se le vendía diariamente. “Aquí, decía ella, aquí se vende el pescado, y allí, en ese portal que es La Taratana, se venden las naranjas, los mangos, las chirimoyas, las ciruelas, las piñas y los mameyes. En ese portal, allá abajo, al comienzo de la calle, el arroz, el maíz, los frijoles y los quimbolitos.

Hablando así vimos venir tres mujeres de color con rodillos de trapo en la cabeza y sobre los rodillos unos pequeños potes de madera o terracota tapados. Bajaban con gran cuidado la cuesta en donde está ahora la rampa, y mi abuelita le preguntó a la criada:

—Y éstas, ¿qué venden?

—Estas no venden, doña Francisca, éstas llevan. . . .llevan. . . .que van a botar al mar desde allí, desde el barranco.

Yo me había acercado mucho a mi abuelita para oír y había oído esto distintamente. Aunque era muchacho, me impresionó mucho aquello y noté que también había impresionado a mi abuelita.

Hoy, después de tantos años, al pasar por el mismo sitio, recuerdo lo pasado y ¡cuán distinto todo! ¡Me detengo y pienso en el destino del hombre! A aquel muchacho, impresionado vivamente por la relación de la criada, le tocó en suerte contribuir a que terminara para siempre aquella dolorosa escena que ponía un tinte de tristeza en el espíritu.

La Vieja Ciudad de Adentro

12. LA CIUDAD CAPITAL

3 de Noviembre de 1903. En los ámbitos de la antigua Plaza Mayor, que luego se llamará con razón Parque de la Independencia, resuenan estas graves palabras nobles: "Al separarnos de nuestros hermanos de Colombia, lo hacemos sin rencor y sin alegría. . . Entramos a formar entre las naciones libres del mundo, considerando a Colombia como nación hermana. . . por cuya prosperidad hacemos los más fervientes votos. . ."

La República ha nacido. Sin rencores.

La ciudad, por obra y gracia de su propia conciencia, de su propia voluntad y de su propia responsabilidad amanece el 4 de Noviembre capital de la República de Panamá.

El destino está cumpliéndose. Pueblo independiente. País cuya propia entraña que será tajada "*para que el mundo se una*". Va a llegar el Canal.

Acometen la empresa los Estados Unidos de América, pueblo juvenil cargado de técnica, pujanza financiera, energía y una ciencia médica que conoce ya el talón de Aquiles por donde atacar y vencer a los ejércitos mortíferos con que el Trópico, invencible, humilló al tesonero francés. La campaña de sancamiento cunde activa por el Istmo atendiendo de modo especial a las ciudades de Panamá y Colón. Labora, eficaz y vigilante, la figura del Coronel Gorgas.

Resulta difícil resumir el desarrollo rapidísimo de la ciudad en el período que arranca en 1904.

Antes de presentar un pequeño noticiero de la vida urbana, en su función de la ciudad capital, vamos a examinar el plano de Panamá dibujado finamente por Bertoncini en 1904. El núcleo urbano es el mismo que trazaron los urbícolas de 1673: Don Antonio Fernández de Córdoba y Mendoza y los ingenieros Betin y Ceballos. Ciertamente que la muralla ha sido derruida hacia tiempo (por Ley de 11 de Octubre de 1856) y que por el viejo *Camino de las Sabanas*, ("*las ciudades crecen en el camino de los burros*"; recordamos otra vez a Le Corbusier), se va formando la arteria que lleva a la estación del ferrocarril, tan distante entonces tan céntrica hoy. Ha sobrepasado "La Quebrada" (cerca del actual Banco Nacional), la Balizada, la Trinchera y salva la línea férrea por un puente. Puente de recuerdos violentos; donde se ha reñido dura batalla en la intensa guerra de los mil días. El Barrio de Santa Ana y Malambo presentan ya calles trazadas, su parque de Santa Ana, inquieto y avizorante. . . Hacia el Cerro Ancón, está el Cementerio Católico, huertas, el Cementerio Chino. . . ; y más allá la fuente del Chorrillo, de donde mana el agua que bebe la ciudad desde 1673. Por las laderas del Cerro Ancón, el viejo Hospital francés y otras casas del Mismo tiempo. . . Empastando el paisaje suburbano, que mira al "idolatrado Ancón", hay huertas, hatos y hatillos. Y hacia las costas de la bahía, huertas, ciénegas y anegadizos, tras de los cuales se advierten casucas provisionales en los suburbios de Trujillo y de Guachapalí. Mas hacia el norte. . . sabanas, monte, el "parque tropical", atrevido y áspero. . . el monte..... "puro monte"

Tal es, en sus grandes rasgos, el pequeño paisaje urbano que vio amanecer el 4 de Noviembre de 1903, primer día de *ciudad capital de Estado*.....

EASES DE DESARROLLO

La construcción del Canal. 1904-1915. Los límites de la Zona del Canal imponen una marcha obligada: ciñéndola por el oeste, la fuerzan a desarrollarse rodeando a la Bahía, saltando la estación férrea y a seguir por el *camino de las Sabanas* hacia el núcleo madre de la primitiva Panamá. La ciudad queda como centro urbano, apendicular y satélite de la Zona del Canal. Su función portuaria, deficiente siempre pasa, a la Zona, donde se construye un magnífico puerto: Balboa.

Entre tanto, las obras del Canal repercuten en la ciudad y estimulan su crecimiento. En el orden higiénico se vence la fiebre amarilla; se la aprovisiona de agua del río Chagres, excelentemente purificada en la planta de Miraflores, y se construye el acueducto que la lleva a la ciudad, casa por casa. Cesan los *aguadores que traían en pipotes* el

agua del Chorrillo. La mano de obra que la construcción del Canal exige

Entre tanto, las obras del Canal repercuten en la ciudad y estimulan su crecimiento. En el orden higiénico se vence la fiebre amarilla; se la aprovisiona de agua del río Chagres, excelentemente purificada en la planta de Miraflores, y se construye el acueducto que la lleva a la ciudad, casa por casa. Cesan los *aguadores* que traían en pipotes el agua del Chorrillo. La mano de obra que la construcción del Canal exige es inmensa: más de 8,200 españoles, unos 2,000 italianos; 1,100 griegos; 1,500 colombianos y más de 30,000 antillanos acuden a la labor. Muchos de ellos buscarán, pasado el trabajo, asiento y acomodo en la ciudad. Los barrios del Chorrillo, el Marañón y Calidonia crecen súbitos, provisionales, como campamentos de casas de madera que cada día se repletan de más gente. Un impacto étnico penetra dentro de la cultura urbana: el antillano del Canal.

La ciudad sigue creciendo, veloz por el camino de la Sabanas que hoy lleva el nombre de Avenida Central. Tendrá su tranvía eléctrico que irá hasta la Estación, para correr, después, por el propio camino de las Sabanas.

Entretanto y además, la República y sus Gobiernos se afanan en dotar a la Capital de indispensables albergues materiales para las nuevas funciones políticas, judiciales, educativas, sanitarias, policíacas. Y se levantan Palacios y edificios públicos que tienen ubicación en el corazón de la urbe.

Hay un gobernante, un gran estadista, que quiere afianzar el nombre de la Patria y estimular el desarrollo urbano, que exige mayor espacio y tierra nueva en que posar. Es el Dr. Belisario Porras, quien inaugura la Exposición Internacional de Panamá en 1915, instalada en los terrenos que conservan el nombre de La Exposición, hoy barrio residencial.

Las clases ricas darán un salto, por sobre los barrios todavía suburbanos, de la Estación del Marañón, de Guachapalí y Calidonia hacia el nuevo Ensanche. La ciudad madura.

Desarrollo y crisis, 1915-1939. Coincide, en líneas generales, con el intervalo que media entre las dos grandes guerras mundiales. Continúa creciendo la población con ritmo mucho más acelerado que el de sus construcciones y viviendas. El promedio anual de aumento se estima en más de 30 personas por cada mil. Las viviendas escasean; las rentas de inquilinato se elevan en forma tal que se asiste a graves conflictos (1925-1932). Los barrios de Santa Ana, Chorrillo y Calidonia hacían su congestión humana en forma alarmante, con merma peligrosa en sus condiciones higiénicas y de su bienestar social. Véase en

el Mapa de densidad de población que fue levantado con los datos del Censo de 1940. Durante esta misma fase, continúa la emigración de las clases ricas, las antaño de *adentro*, hacia los nuevos barrios residenciales: La Exposición, Vista del Mar y Bella Vista (la de las calles ondúlantes vestidas con palmeras reales), La Cresta.... Siempre camino hacia el norte.... Más allá, en el área suburbana, o Extraradio de la ciudad, van naciendo pequeños poblados y colonias satélites: San Francisco de la Caleta, La Carrasquilla, Pueblo Nuevo de las Sabanas, Río Abajo, Vista Hermosa..... Todo esporádico, genético, sin que una planificación urbana gobierne y dirija este ritmo de crecimiento acelerado.

La acción oficial se deja sentir a través de nuevas instituciones y edificios públicos, hermanos algunos: es el Archivo Nacional, entre otros. La ciudad cristaliza como *síntesis de la patria*. La ciudad marcha. Es ya el *protofenómeno* de la cultura panameña enriquecida cada día con nuevos elementos valiosos.

Esta fase de crecimiento coincide y se hace posible por el rápido desarrollo del automovilismo; en 1939, Panamá cuenta con más de 12,000 vehículos de motor, que plantean agudos problemas de tránsito.

Guerra y Post-guerra 1940-1947. 1o. de Septiembre de 1939; los cañones hacen sonar el argumento de la metralla en los campos de Europa. En el Aula Máxima de la Universidad Nacional, donde están reunidos los Cancilleres de toda América, se suscribe la "Declaración de Panamá", que crea una zona de seguridad en torno al Continente Americano. La sombra del peligro bélico palpita en América.

La alerta tiene prontas repercusiones en la Zona del Canal, líneal vital de la defensa de Estados Unidos y de América. El Congreso de Washington vota una amplia partida para comenzar el tercer juego de esclusas, que ensanchará el Canal. En 1940 comienza los trabajos. La actividad, el elemento obrero, las empresas y contratos bullen de nuevo y rebotan en Panamá, "llave misteriosa que abre y cierra las puertas del milagro del oro". (Santos Chocano). La población aumenta y la escasez y carestía de viviendas alcanzan cimas insospechadas.

La tensión de pre-guerra late en el Istmo y en la ciudad. ¡Qué aventuras extrañas verdaderamente novelescas e ignoradas, deben haberse desarrollado durante esos meses in el ir y venir ajetreado de la urbe panameña! Y al fin.... la traición de Pearl Harbor. Durante días la ciudad vive momentos de tensión indescriptible. Las noches con sus absolutos oscurecimientos los hacen más crudos. La defensa del Pacífico gravita, en su mayor parte, en el Canal y en el Istmo de Panamá. En él se alumbró el gran océano y él tomó parte en la colosal batalla marítima, la más grande de todos los tiempos, por el dominio

de la gran mitad marina del planeta. El destino de Panamá: destino de cara al Pacífico. Y así como aquí aprendieron descubridores y exploradores a descubrir y a explorar, posiblemente aquí tuvieron también entrenamiento y capacitación los ejércitos que llegaron a Okinawa y entraron en Tokio. Este hervidero de la gran fortaleza se refleja en la urbe panameña de los días de la guerra. Otro ciclo de abundante dinero. El año 1943 señala el ápice de población concentrada, congestionada en la ciudad, mientras los depósitos bancarios acumulan millones. No todo es beneficio. La guerra impone sacrificios que Panamá "cumplió con discreción de vecina y amiga, en la común defensa que sustenta de buena fe y de buen humor", escribe por entonces Don Armando Solano. Falta la gasolina, faltan las llantas, faltan los vehículos, sobran los peatones y un asiento en un *bus* se considerara regalo gustoso. Construir casas y viviendas es empresa ardua durante la guerra, pese a la demanda apremiante y a lo pingüe del negocio.

Sin embargo, desde 1940 comienza a despertarse una nueva preocupación. Brunner prepara en ese año un Plan Regulador de la ciudad. Poco después un grupo joven de profesionales preparados —arquitectos, urbanistas, ingenieros—, agita la cuestión en sus aspectos técnicos, sociales y estéticos. El espíritu de la ciudad, tomando cuerpo, se torna sobre la ciudad misma y aspira a ordenarla, modernizarla, embellecerla y ayudarla a buen crecer. Amén de resolver, entretanto, el problema de la vivienda de las clases pobres, cuyo hacinamiento en los barrios populosos del Chorrillo, Malambo y Marañón, alcanza proporciones mayúsculas. En este ambiente y bajo el signo de tales problemas se crea (1944) el Banco de Urbanización y Rehabilitación para solucionar el problema de la vivienda popular, la urbanización de las áreas urbanas y suburbanas y la rehabilitación de los sectores que es preciso reconstruir para ponerlos a tono con la salubridad, el ornato y la seguridad pública.

En sus primeros estudios descubre el Banco que una Manzana de Malambo tiene una densidad de población del tipo de un rascacielos, aglomerada en casas de dos pisos (Publicación No. 1 del Banco). La juvenil institución ha levantado grandes casas de viviendas populares, implanta un generoso sistema de préstamos a familias de escasos recursos para construir su vivienda propia y acomete el gran proyecto de la ciudad-satélite de Vista Hermosa que dará cabida a más de 5,000 personas. En esta política de construcciones, que los gobiernos estimulan, colabora con intensidad la Caja de Seguro Social, otra institución nueva, nacida en esta fase de la vida urbana y que señala un avance en sus lunciones.

Que la ciudad capital ha llegado a ser *síntesis de la patria* lo refleja la preocupación que desde ella comienza a sentirse hacia el campo

interiorano de la República. Para que no sea “una cosa distinta de la montaña solitaria, ni del llano risueño y cultivado, ni de la pequeña población activa, ni del yermo miserable..... para que reciba la vida de todo ello y le de alma y sentido”. No es de extrañar que el espíritu promotor de cultura, partiendo de la ciudad vaya al campo y plante en Santiago de Veraguas una magistral Escuela Normal de Maestros; ni extrañará que los partidos políticos vuelvan su mirada hacia el agro panameño y a los problemas del campesino. Y en los primeros años de la post-guerra, el capital salta en busca de urbanizaciones retiradas y enclavadas en las alturas, en busca del descanso climático que reclama la ciudad tropical. El espíritu y el trabajo urbanos van plasmando en las montañas cercanas y lejanas: El Valle, Altos de Campana, Cerro Azul, son tentáculos de la ciudad que se hincan en colinas refrescantes y le dan “alma y sentido”, a cambio de reposo y frescor.

Pero donde se manifiesta más vivo y vigoroso este impulso motor de la ciudad es en la *élite* intelectual con que ya cuenta. “El núcleo intelectual (vió don Armando Solano) de humanistas, profesores y críticos, no inferiores, guardadas las proporciones de población al de otros centros americanos y, a veces, superior en la originalidad de la obra, quisiera convertir a Panamá en una base activa de colaboración internacional... Conoce de sobra la senda por donde Panamá llegaría a su destino.... Recoge con emoción los recursos de la época gran colombiana y no ha olvidado que pertenece, por derecho imprescriptible y propio, a la constelación de naciones bolivarianas”.

Para terminar, parécenos indicado recoger los datos más necesarios sobre la dimensión alcanzada por la Panamá novísima. Su Radio urbano (que llega por la Carretera de las Sabanas, hoy llamada Vía España, hasta pasado el Hipódromo de Juan Franco) es poco más de siete kilómetros cuadrados, dentro de la cual se calculan que existen unas 127.000 almas (112.000 contó, aproximadamente el Censo de 1940 arrojando una densidad de población de 15,700 habitantes por kilómetro cuadrado).

Está dividida en cuatro barrios administrativos: San Felipe, Santa Ana, Chorrillo y Calidonia, cada uno con sus características propias, económicas, sociales y culturales.

San Felipe abarca el Núcleo primitivo de la ciudad fundada en 1673; es, diríamos, la ciudad colonial, el *adentro* de los siglos XVII XVIII, que sube a buscar el Parque de Santa Ana, el viejo arrabal, el *afuera* de otros tiempos. Conserva la estructura y los monumentos históricos más importantes de la ciudad antigua, donde vive más del 10 % de la ciudad (unos 40,000 habitantes) en apretada densidad (349 por hectárea), con población mestiza (59 %) y blanca (34 %). En su Parque de la Independencia (la antigua Plaza Mayor) arranca

del Centro Comercial y de los negocios que llega hasta la Plaza 5 de Mayo.

Afuera de las murallas, en el antiguo revellín o explanada, nació en el siglo XVIII el arrabal de Santa Ana, que ha crecido y se ha desarrollado hasta constituir uno de los barrios más típicos de la ciudad. Sus 45,700 habitantes constituyen más de un 31 % de la población urbana total en la que predomina el elemento mestizo de alma popular panameñísima (56.5 %), seguido por el blanco (22.5) y luego por el negro (17.2). Su espíritu inquieto se posa y vibra en el Parque de Santa Ana, "pequeña ensenada de la Avenida Central".

El Chorrillo es barrio más creciente; data de los días de construcción del Canal Interoceánico. Es el barrio más populoso y denso. Cerca de 50.000 habitantes (el 21.6 % de la población urbana) se apiñan en viejas casas de madera, presentando una densidad de población de 495 por hectáreas. El mestizo sigue siendo el elemento principal (61 %) seguido más de cerca por el negro (25 %).

Calidonia tiene origen similar al Chorrillo; debe su precipitado y provisional nacimiento al elemento antillano que trabajó en el Canal a principios del presente siglo. En sus casas de madera, atestadas también, habita una población de cerca de 30,000 almas (casi el 30 % de la población urbana), es menor en densidad de población y el elemento negro constituye el tipo humano principal (casi el 50 %). Dentro del barrio administrativo de Calidonia constituye una sección aparte —distinguida por el Censo de 1940— la de Bellavista, de características totalmente diferentes. Nació con la Exposición Internacional de 1915, cobró ímpetu después de 1930 y está ya repleto de cadenas de familias acomodadas y ricas. Su escasa población de 1,600 personas contenía en 1940 sólo un 6.2 % de la población urbana, con la holgada densidad de 15 habitantes por hectáreas; densidad que, sin duda, ha crecido desde entonces al aumentar el número de residencias construidas. El tipo blanco (55.7 %) constituye con el mestizo (35.8) la base de su población.

Desde el punto de vista de la población urbana económicamente activa, los barrios se disponen en el siguiente orden: Santa Ana, Calidonia, El Chorrillo, San Felipe y Bella Vista.

Más allá del Radio urbano, en el Extrarradio, Panamá se expande velozmente con núcleos satélites, que en conjunto constituyen la región metropolitana de Panamá. Son los núcleos en La Carrasquilla, Vista Hermosa, San Francisco de la Caleta, Río Abajo, Pueblo Nuevo de las Sabanas, Matías Hernández, Juan Díaz. Y se alarga ahora hasta buscar el naciente Aeropuerto de Tocumen.

Pero la ciudad tiene su alma, su fisonomía y carácter.

*De Cuando el Palacio Presidencial
lo trasladaron a la Ave. A*

Rodaba la segunda administración del Presidente Belisario Porras, dejando a su paso sólidos pilares sobre los cuales se afirma hoy, señorial y magnífica nuestra nacionalidad.

Por razones que no es preciso enumerar ahora, se decidió reconstruir totalmente el antiguo Palacio Presidencial, y a pesar de las muchas críticas, el Doctor Porras, eterno enamorado de su pueblo y de su arrabal, que tan frenéticamente le amó y le apaludió, se trasladó temporalmente a la la residencia de Don Raúl de la Guardia en la Avenida A, y en frente de la Boyacá.

La novedad causó magnífica impresión en las masas populares, aunque ya el Doctor Mendoza, cuando actuó como Jefe del Estado, trabajó desde su residencia particular en la conocida Calle 14a. conocida más bien como la **Calle de las Chancletas**.

Por estos buenos tiempos, ya empezaba el entusiasmo por el juego de pelota, y al efecto, los muchachos habían formado equipos juveniles, cuyos partidos se celebraban en la Gallada Vieja, frente al temporal edificio de la Presidencia.

Uno de los equipos lo integraban los hermanos Chandeck, Jesús María Alvarez, el insuperable Chuma; Manuel Camarena, el zurdo Jaramillo y otros más, equipo este que estaba bajo la dirección de Eudoro Torres. Era un equipo fuerte, corajudo, pero carente de uniformes y otros elementos necesarios, para su buen desenvolvimiento.

Este conjunto juvenil pelotero se convirtió en el orgullo del vecindario de la Plaza del Triunfo (Herrera) y su renombre llamó la atención de Chemo Castro, cuñado del Presidente Porras.

En esos días Porras estaba dando pasos firmes para la fundación de la Lotería Nacional de Beneficencia, y se sentía presionado.....

La empresa funcionaba bajo la dirección de Don José Gabriel Duque, como empresa particular. Hay que hacer hincapie en este relato, que al igual que el equipo dirigido por Torres, había otro no menos poderoso y corajudo que se llamaba el Tomás Gabriel Duque.

Una buena tarde, Chemo Castro, celoso siempre del prestigio de su cuñado, localizó a Torres.

— Oye, Eudoro, Hacía días que quería hablar contigo.

— Sobre Qué....

— Sobre tu equipo. Me han dicho que es muy bueno.

— Ninguno mejor que mi equipo. Y que hay con eso?

— Nada en particular. Que nombre tiene?

— Plaza de Herrera.

— Por qué no le pones otro nombre? Algún nombre que sea más llamativo.

— Como cual por ejemplo?

— Mira Torres, por qué no le pones BELISARIO PORRAS?

— Pero si yo no conozco ni siquiera al Doctor.... Además, el Doctor... no le gustaría que tomáramos su nombre para eso.

— Mira Torres, no te preocupes de eso, yo hablaré con Belisario, prepararé su ánimo, y cuando todo esté listo te llevaré donde él.

— Ya eso cambia la especie. Yo hablaré con los muchachos.

Terminó la entrevista y Eudoro Torres habló con sus muchachos. Estos dieron su asentimiento. Días después, Chemo habló con Torres.

— Bien pensado, Torres, El viejo está entusiasmado con la idea, pero me dijo que quería hablar contigo. Ven, vamos a la Presidencia.

Por encima de los políticos y funcionarios que esperaban audiencia, entraron sin preámbulos al despacho del Doctor Porras, Chemo y Torres, que dicho sea de paso, no las llevaba todas consigo.

— Doctor, dijo Chemo Castro, aquí está Eudoro, el Capitán del equipo del cual le hablé.

El Doctor lo miró fijamente y luego para calmar su nerviosidad usual y darle más confianza le dijo:

— Chemo me habló de un equipo de pelota que diriges, pero no le entendí muy bien. Tú sabes que él es costarricense y los ticos entienden poco de estas cosas, Habla que te escucho.....

— Bueno, Doctor, el asunto es que tenemos un equipo de pelota formidable y valiente, y queremos que Ud. lo patrocine.

— Pero Cómo?

— Permitiéndonos en primer lugar que le pongamos su nombre...

— Magnífica Idea. Pero es cierto eso que dice Chemo Castro que Uds. son los mejores y que siempre ganan?

— Así es Doctor, no le pegó mentiras Chemo.

— Bueno Torres, asunto arreglado, ponle mi nombre al equipo.

— Doctor, apenas vamos por la primera parte. Falta la segunda.

— Que falta?

— Doctor, los muchachos necesitan equiparse y presentarse decentemente como lo hacen los otros equipos, por ejemplo el Tomás Gabriel Duque, que es un equipo de primera.

— Bueno, que hay que hacer?

— Que nos compre un equipo.

— Pero hombre, Con que dinero voy a equiparlos yo, yo soy un hombre pobre atento a un salario.

En eso interumpió Chemo Castro y dijo. Doctor, eso no cuesta casi nada.

Es un equipo de muchachos. Además a Ud. le pueden dar un crédito....

— Si es así, no se preocupen, yo les voy a dar el equipo, pero con una condición. Que jueguen con el Tomás Gabriel Duque y le den una derrota fenomenal. Tienen que ganar de todas maneras.

— Convenido, Doctor, ni se preocupe, así será.

— Y ahora, Chemo, cómo vamos hacer con el equipo?

— Déle a Torres, Doctor, una orden para que se presente a Madurito y que le den lo que necesite, después le pasarán la cuenta.

— No será todo muy caro, Chemo?

— Que va, Doctor, será poca cosa.

Entusiasmado el Doctor Porras escribió una notita que dictó el propio Chemo dirigida a Madurito en donde decía más o menos....Sir-

vase entregar al portador un EQUIPO COMPLETO de baseball...) Ni hablar)

Salió Eudoro contentísimo con su orden. Reunió el equipo y se fueron a donde Madurito, pidieron de todo. Mascarillas, Pecheras, rodilleras, guantes, manillas, bares, pelotas, uniformes y todos los otros implementos necesarios, que hablaban muy en alto de la generosidad del Doctor Porras.

Cuando los muchachos terminaron, Madurito hizo la factura que sumó B/.335.00 y la extendió a Torres para que la firmara. Pero Torres, presintiendo el escándalo que armaría el Doctor cuando le pasaran la cuenta, hizo que todos la firmaran sin excepción.

Pasaron los días y se hicieron los arreglos para la celebración del primer encuentro de la novena BELISARIO PORRAS, siendo el equipo contrario el TOMAS GABRIEL DUQUE.

Torres entraba y salía de la presidencia a la hora que se le antojaba, para llegar al propio despacho del Doctor.

— Doctor, llegó la hora. Jugamos esta tarde....

— Cómo les fue con Madurito?

— Muy bien Doctor.

— No les puso obstáculos?

— Ninguno doctor.

— Ya me lo suponía, somos buenos amigos.

Contra quien van a jugar esta tarde?

— Contra el Tomás Gabriel Duque.

— Estupendo, muchacho, estupendo. Donde van a jugar?

— Aquí frente a la Gallera de la Boyacá.

— Bueno, ya sabes que el equipo tiene que ganar. Cuidado con alguna falla.

Pierda cuidado, Doctor, los muchachos son buenos de verdad.

— A qué hora comienza el juego?

— A las cuatro de la tarde, después de que salimos de la escuela.

— Eso está bien. Ya les veré jugar, nada de nervios. Tenemos que ganarle hoy de todos modos al Tomás Gabriel Duque. Dile a los muchachos que recuerden que el equipo lleva mi nombre, y que no pueden quedar mal.

Las cuatro de la tarde serían cuando los equipos BELISARIO PORRAS Y TOMAS GABRIEL DUQUE iniciaron su desafío en los terrenos de la Gallera Vieja. Chemo Castro animaba a los muchachos porque bien sabía que los adversarios no eran un hueso fácil de roer.

El Doctor Porras desde la azotea estaba pendiente al juego de pelota. El doctor Porras para darle ánimo a los muchachos, había enviado a toda la Guardia Presidencial en pleno para que le hicieran barra a los muchachos. El uniforme de la Policía, sin duda, fue impactante para el adversario. Triunfo ruidoso para el BELISARIO PORRAS.

Eudoro Torres, siguiendo instrucciones de Chemo Castro se dirigió a la Presidencia y se entrevistó con el Presidente Porras.

— Cómo le gustó el juego, señor Presidente? Cómo se portaron los muchachos?

— No lo hicieron mal. Felicítalos de mi parte, y díles que espero que sigan ganando.

— Así lo haré, Doctor pero.....

— Pero Qué?

— Bueno, que es costumbre de que los que patrocinan un juego deben brindarles algo después de la victoria.

— Bueno, ya les dí uniformes y todo. ¿Qué quieren ahora?

— Algo con que celebrar el triunfo, Doctor, después de todo hemos vencido al TOMAS GABRIEL DUQUE.

— Tienes razón, muchacho, con este BALBOA tendrán suficiente para celebrar el triunfo? Compren raspados, pero vayan donde Manuelón, que es un buen vecino.

— Muchas Gracias, Doctor, Muchas Gracias.

Eudoro y los muchachos le dieron muerte al BALBOA, y en lo sucesivo continuaron ganando desafíos, que siempre efectuaban en la Gallera Vieja, para que el Doctor pudiera presenciar los juegos de pelota.

Así pasaron los días hasta que en unos de ellos, sucedió lo que Eudoro presentía.....

Al llegar a su casa, la madre de Eudoro, le preguntó?

— En que líos andas metido Eudoro?

— Lío, señora?

— Yo no sé en que andas, pero esta tarde varias veces han venido varios policías a preguntar por ti. Vienen de la Presidencia. No quisieron decirme, sin embargo, el último que vino indicó que el propio Presidente había mandado a buscarte.

Comprendiendo que la cosa era grave. Eudoro salió primero en busca de Chemo Castro y le contó lo sucedido con Madurito.

— El Doctor, me va a poner preso, Chemo.

— No temas, ya la cólera le está pasando Eudoro.

— Si hubieras visto la cara que puso cuando vió la factura por B/.335.00. Pero nada temas, nada te hará. El Doctor Porras es todo corazón.

— Bueno Chemo, yo solo voy a la presidencia si voy contigo.

Entraron como siempre al despacho presidencial sin preámbulos. El Doctor Porras escribía. No levantó el rostro cuando llegaron. Al cabo de unos instantes, Chemo interumpió.

— Doctor Porras, aquí está el Capitán del BELISARRIO PORRAS. El Doctor Porras levantó la gallarda cabeza y viendo a Torres, se quitó los anteojos.... y le dijo.

— En que lío me ha metido Ud. capitancito. Buena la hemos hecho Torres.

— Yo no he cometido ninguna falta señor Presidente. Ni yo ni el equipo le hemos fallado. Estamos invictos.

— Yo no hablo de eso, sino de la segunda parte.....

— Cual parte, Doctor? (Haciéndose el ingenuo)

— De esto, de los B/.335.00 que le debo a Madurito. Con que voy a pagar esa cuenta? Me han arruinado. Tú crees que porque soy presidente manejo mucha plata? Yo soy un hombre de recursos limitados. Soy un hombre pobre.

— Pero Doctor.....

— No hay doctor que valga. Vamos a ver, no podrás devolver algunas de las cosas compradas para ver si se rebaja un poco la cuenta? Muchacho en que lío me has metido.

— Mire, Doctor, interrumpió Chemo Castro.

— Tú no te metas en esto, Chema Castro. Tú también eres responsable. Vamos Torres, que cosas podemos devolver?

— Ninguna señor Presidente, todas están usadas.

— Todas? Todas?

— Si, Doctor.

— Entonces, no me queda más recurso que pagar. Pero menos mal que han ganado.

Cambiamos del asunto. Me han dicho que por Santana hay un equipo formidable al que todos le tienen miedo, se llama el ATENAS. Quiero que jueguen con ellos, y que vayan bien preparados para que les den una paliza. Si el Belisario Porras es un equipo de valientes no pueden fallar. Que vengan acá a la Gallera para poderlos ver jugar.

-- Así se hará, Doctor, así se hará, ya le avisaremos.

-- Pero que sea pronto, Torres.

La tarde del desalió estaba el Doctor Porrás, como siempre lo estuvo, en la terraza viendo el juego. Por la fama que tenía el ATENAS fue difícil conseguir árbitros. Había sin embargo más barra que nunca. Después de muchas vueltas, consiguieron a un jamaicano, y comenzó el juego de pelota.....

La barra del BELISARIO PORRAS estaba integrada por los hombres de uniforme. A la altura del octavo episodio, el ATENAS estaba ganándole al BELISARIO PORRAS TRES A UNO. Se estaba poniendo oscuro. El árbitro quería suspender el juego, pero viendo frente a sí los policías, temía que lo llevaran preso. La tarde seguía avanzando y a pesar de que el BELISARIO PORRAS tenía dos hombres en base, hubo que suspender el juego.

Se formaron discusiones sobre el resultado final del juego y la solución del problema fue llevada ante el propio Juez Nocturno de Policía para dirimir el caso.

-- Bueno, terminen la algarazara y vamos a arreglar este lío, sentenció el señor Juez. A ver que dice el árbitro.....?

-- Nada.

-- Y Ud., que dice EUDORO TORRES.

-- Que no hemos perdido el juego porque no se han jugado los nueve episodios, y además ya teníamos dos hombres en base.

-- El ATENAS ganó porque según el reglamento, cuando un juego se suspende por oscuridad la victoria es de quien va arriba. Y nosotros llevábamos tres carreras y ellos DOS CARRERAS.

-- Interrumpió Torres, Yo considero que ganó el BELISARIO PORRAS (Y mientras tanto, Torres mandó un emisario rápido a la Presidencia) mientras seguía las discusiones en el juzgado.

Cuando llegó el emisario a la Presidencia, el Doctor Porrás se disponía a cenar. Al verlo exclamó:

-- ¿Qué pasa ahora muchachos?

-- Que el Juez Nocturno de Policía ha resuelto que nuestro equipo, el BELISARIO PORRAS ha perdido el juego esta tarde....

-- Cómo va a ser eso, exclamó sorprendido el Presidente Porrás.

-- Como Ud. lo oye señor Presidente, y todavía están discutiendo en el juzgado. Si no nos ayuda, perdemos contra los santaneros.

-- No te preocupes muchacho, corre para el Juzgado Nocturno, que eso lo arreglo yo en un momento.

El mensajero salió en precipitada carrera y cuando llegó al despacho del juez, el señor Juez Nocturno hablaba con alguien por teléfono :

- Eso es muy difícil , señor.
- A mi no me parece señor,
- Eso va contra las reglas señor,

Un lapso largo. El Juez se rasca la cabeza. Los muchachos en tanto continuaban discutiendo cada uno con sus argumentos, hasta que de pronto, ante el asombro de todos, el Magistrado se levantó de su asiento y con voz firme exclamó:

- ESTUDIANDO BIEN EL ASUNTO, ESTOY CONVENCIDO AHORA DE QUE EL EQUIPO DEL BELISARIO PORRAS GANO EL ENCUESTRO.

- Cómo es eso, gritaron los muchachos del Atenas.

- EL BELISARIO PORRAS ESTABA BATEANDO, Y TENIA DOS HOMBRES EN BASE Y COMO ESO INDICA QUE ESTABAN EN CAMINO DE LLEGAR AL HOME, eso SIGNIFICA QUE GANARIAN CUATRO POR TRES. EL ATENAS SOLO TENIA TRES CARRERAS GANADAS.

- SE ACABO LA DISCUSION, AFIRMO EL JUEZ.

Los muchachos se fueron sorprendidos de la sentencia, y ya al salir el Juez Nocturno se dirigió a Eudoro Torres y le advirtió:

- Cuando vuelvas a formar un equipo de pelota, por favor buscate un padrino que sepa las reglas del juego de pelota.

(PUBLICADO EN LA REVISTA SIETE EN ABRIL DE 1952)

El Mar Vecino de San Felipe

Una de las notas características de nuestra ciudad capital, es el mar. Panamá se baña en las aguas del Mar Pacífico y vive sus días arrullada por las olas, dejando que el encaje blanco de la espuma marina le bañe los pies, sintiendo la voz a ratos cariciosa y a ratos rugiente del Océano que es su amante.



Pero cuando baja la marea, el paisaje pierde su encanto y la gente se aleja, como se han alejado las aguas. Apenas quedan sobre la arena fangosa los barquitos inmóviles, esperando la hora de hacerse otra vez a la mar. . . .

El mar es tal vez el mejor paisaje de nuestro lado, y él es camino para que lleguen hasta nosotros las rutas que proceden de los pueblos de la costa, por las que arriban gentes y productos, por los que llegan las cosas que necesitamos para vivir.

Es por ello que, a pesar de que algunas veces el mar se encrespa y se levanta airado, azotando a la Ciudad y a sus barcos frutiosamente, los habitantes de la capital siguen considerándolo como un amigo, como un vecino que tiene veleidades y caprichos, pero que es siempre nuestro compañero, el elemento que vive junto a nosotros, que conoce nuestros problemas y nuestras necesidades y que comparte nuestras penas y nuestras alegrías.

EL MAR AMIGO

Desde niños aprendemos a ver en el mar a un amigo. Los chiquillos que esperan ansiosamente la salida de las clases para correr a la playa, sienten al mar como un compañero que los entretiene y los acaricia. Es el mar quien les limpia la arena de la playa y la hace propicia para jugar y correr por ella jubilosamente. Y son las olas del mar las que se brindan generosamente para que con ellas se entretengan los muchachos, nadando y riendo, disfrutando sabrosamente de la alegría de las aguas, de la suave caricia del mar...

La playa es el lugar soñado siempre por la chiquillería porque en ella encuentra campo abierto para sus juegos y sus gritos, para respirar el purísimo aire marino, para recibir el sol recio que viene con los colores del mar sobre las olas, para sentir la plena libertad de dar rienda suelta a sus impulsos naturales, que siempre anidan en el corazón del muchacho.

Por eso, el mar es un amigo. Por que tiene olas, porque tiene playas, porque brinda amplias oportunidades para que uno se sienta feliz y jubiloso, satisfecho de la vida y de vivir.....

EL MAR-CAMINO

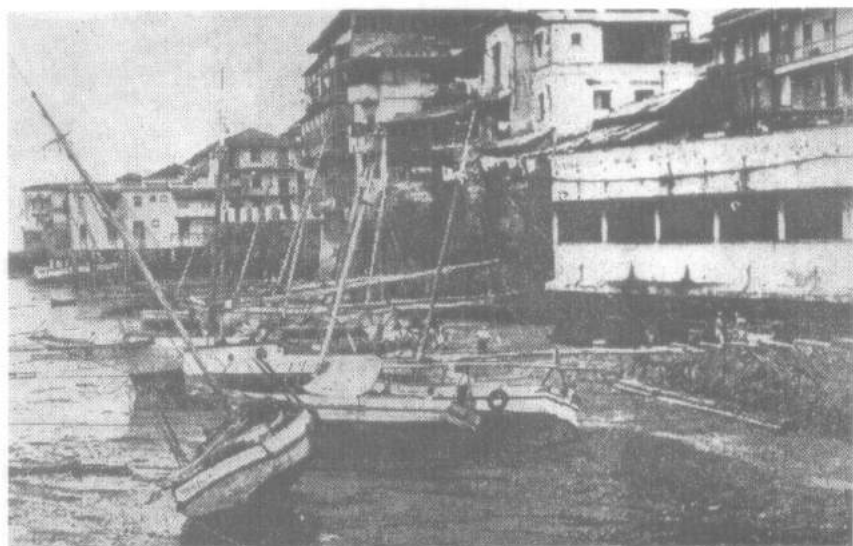
Además, el mar es un camino o está lleno de caminos. Siempre, a toda hora, en todas las ocasiones, el mar es sendero en una u otra forma. Para nosotros, los moradores de la capital, que lo sentimos nuestro, cerca de nosotros, que lo conocemos, el mar ofrece siempre un nuevo encanto, que perdura aún en los momentos en que sus caprichos lo llevan a enlurecerse, a temblar agitadamente, a rugir furiosamente, como un inmenso animal indómito....

Cuando chiquillos, ya lo dijimos, el mar es camino para nuestros juegos, para nuestras diversiones, para nuestra sed de aire libre, de de sol y de viento. Sus playas y sus olas son los senderos por los cua-

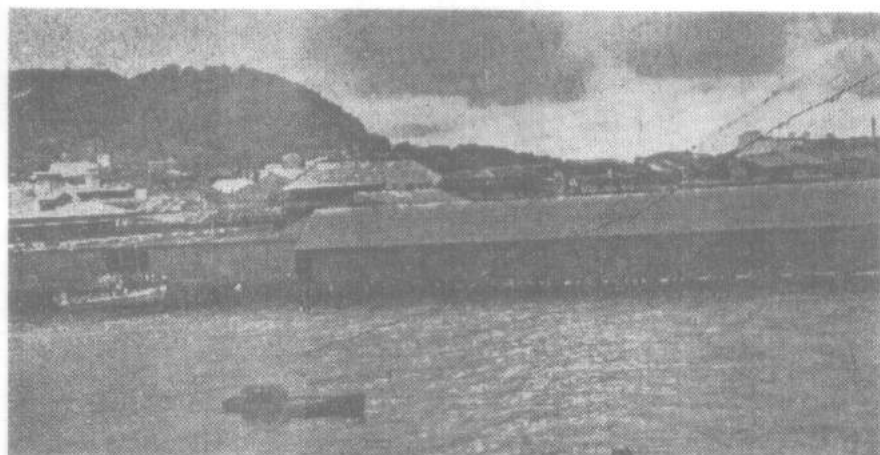
les se desliza encantadoramente nuestra niñez, ansiosa de acción y repleta de júbilo.



Bajó la marea, las olas se fueron alejando y el mar, sereno y tranquilo, se confunde con el cielo. Los barquichuelos quedaron recostados sobre la arena, esperando perezosamente a que vuelvan las aguas para reanudar sus viajes. . . .



Es en la rampa del Mercado, en donde los barcos sin el apoyo del agua se inclina, como descansando, sobre las arenas sucias. . . Los contemplan las casas, con los mil ojos de sus ventanas, abiertas a la admiración del paisaje. . . .



El agua sube, sube y sube. . . Pero se detiene allí, a la orilla del piso del viejo muelle, en tanto que las diminutas canoas se mecen jubilosamente entre las aguas.

Y luego, cuando adultos, cuando el diario bregar no nos permite disfrutar de las playas y de las olas, el mar sigue siendo camino: sendero para nuestros ensueños y nuestras ilusiones. Cuando la luz asoma en el Horizonte, como un rojo disco de luz, sus fulgores corren sobre las aguas plateadas, y entonces pensamos en el amor....

Y también es el mar camino para los barcos, que van a regiones lejanas o a pueblos cercanos. Desde la diminuta canoa en la que nos aventuramos a pocos metros de la playa, hasta el inmenso trasatlántico, pasando por los veleros ágiles de los pescadores, el mar está lleno de caminos para la satisfacción de nuestras necesidades físicas y espirituales....

EL MAR FURIOSO

No es frecuente en el mar Pacífico, pero también de vez en cuando tiene él sus rayos de furia. Nosotros lo conocemos y sabemos que su carácter es naturalmente suave y sencillo, que suele ser casi siempre comprensivo y bondadoso.

La forma como trata a los frágiles barquichuelos de los humildes pescadores, que hurgan sus entrañas en busca de camarones y sardinas para satisfacer sus necesidades más elementales, nos está indicando la naturaleza cariñosa y amable del mar que rodea nuestra ciudad capital.

Pero siempre hay ocasiones en que, quien sabe por qué conflictos interiores, el genio de nuestro mar se altera.... Entonces, mientras rugen en el cielo vientos huracanados, el mar se encrespa y se agiganta,

como en el poema, y el inmenso potro se vuelve corcoveante y belicoso.

La espuma de la rabia le cubre el lomo verdeoscuro y él se encabrita y salta, ruge furiosamente, golpea rudamente contra las rocas de la orilla, arremete inconteniblemente contra las casas de la ciudad y manifiesta su indignación amenazando con destrozar a los barquitos que se encuentran sobre sus aguas.

Pero, aún entonces, el mar conserva su atracción: que es entonces la obsesionante atracción de lo desconocido, de lo bravo, de lo furioso.... El mar enfurecido, levantando sus olas inmensas, golpeando las murallas y las rocas, atrae y fascina como el abismo de lo desconocido y de lo indescifrable.

LAS CARAS DEL MAR

El mar es un gigante de dos caras. Cuando se encuentra la marea baja, es un monstruo dormido. Se aleja de la playa, deja al descubierto la brillante blancura de sus arenas suaves y sus olas apenas se agitan tenuemente, orilladas por un sutil encaje de leves espumas.

Cuando está así, como en calma, parece soñar y parece sonreír. Es como si, consciente de su fuerza, se negara a hacer uso de ella, por temor de hacerle daño a esa cosa pequeñita que es el hombre y a esa cosa frágil y débil que es la ciudad. Por ello, como si temiera maltratarla, se aleja más y más y muchas veces hay que caminar largas distancias para encontrarlo y disfrutar de sus caricias, que son entonces suaves y dulces....

Y hay otra cara del mar: la de la marea alta... Entonces el mar es como un gigante que despierta, que ruge, que golpea, y que aún cuando quisiera acariciar, su caricia resulta ruda y fuerte.....

Sin embargo, tal vez este mar es más hermoso que el otro. Porque es entonces cuando apreciamos mejor su tremenda potencia, la fuerza enorme de sus poderes dormidos.

Es entonces, en efecto, cuando vemos la corona de espuma espesa que lleva en la cumbre de sus olas y sentimos que con ella, paseándola de un lado a otro, enseñándola a la gente de la ciudad, el mar está indicando que conoce su fuerza, que sabe cuán enorme es su poderío y que es mejor no provocar su indignación para no sufrir consecuencias dolorosas.....

Y es entonces, también cuando podemos oír en toda su plenitud el grito ronco y grave que sale de los pulmones marinos... Un rugir rudo y enérgico, que sin embargo suele atener modulaciones de arrullo y que expresa muchas ideas, muchos pensamientos, que nos sirven para comprender mejor a nuestro misterioso amigo....



"Dean Barnes": un nombre exótico para un barquito criollo, que se mece en las olas de la alta marea..... Y al fondo, unas casas que se asoman sobre la orilla, como tratando de verse el rostro en el verde espejo del mar. . . .

MOTIVO

Nosotros sabemos que nuestra ciudad ama al mar. Lo mana las casas que están cerca de la playa, que conocen su manera de ser, que lo tienen como un amigo, a veces caprichoso, pero siempre cordial y sincero...

Lo aman los chiquillos, que se encuentran a sí mismos entre las arenas blandas o entre las olas espumosas, mientras corren y gritan, mientras nadan y juegan, mientras disfrutan del aire, del sol y de la brisa del mar.

También lo aman los jóvenes, que van con el ser amado, en las noche de luna, a buscar el ambiente propicio que brinda el mar para las íntimas confidencias y para las sabrosas caricias.

Y lo aman los viejos, que a la orilla del mar, entre sus olas y sus rumores, encuentran muchas veces el camino de los recuerdos, el sendero para recorrer el pasado y vivir otra vez los lindos tiempos ídos.

También lo aman los pescadores y los marinos, que diariamente se encuentran con él, que con él viajan hacia lugares lejanos o hacia sitios conocidos, que sufren sus veleidades y sus caprichos, pero que le agradecen la inmensa riqueza que sus aguas les brinda.....

La Bajada del Nopo

Las faldas del Cerro Ancón, al caer descuidadamente sobre el medio círculo de nuestra bahía, han formado pendientes más o menos inclinadas que han tenido la suerte de constituirse en algo esencialmente panameño: Bajada de Salsipuedes, Bajada de Manuel Jaén y Bajada de El Nopo. Las dos primeras conservan la alegría de los caminantes pero la última, traicionada por el abultado vientre de una vía moderna que la ha partido en dos, apenas siente sobre sus espaldas y sobre la miseria de sus aceras el peso de las pisadas de uno que otro personaje rumbo al Mercado o a los oscuros establecimientos comerciales que aún se atreven a mantener puertas abiertas en ella.

La Bajada del Nopo es hoy un sector de la Calle 12 Este pero muchos años atrás fue una sola canción de alegría con su nombre de Calle de La Chorrera, luego gozó con el de Bajada del Nopo para quedar hoy presa entre el frío y seco nombre de Calle 12 Este con el que pocos la conocen o se han preocupado por conocer.

La Bajada del Nopo no fue nunca nombre oficial. La gente del pueblo la llamó así como un homenaje a su morador más importante de la época que aunque no fué precisamente una persona de prestancia social o pecuniaria, llenó al menos ese retazo de la ciudad con la misteriosa historieta sobre su figura, su vida y sus costumbres. . . .

En esa Bajada, vivió por muchos años un sujeto de nombre José López, uno de esos aventureros comunes españoles que soñando hacer fortuna fácil en América abandonaron los soleados campos de

Castilla para convertirse en acaparadores de dinero que, en la mayoría de los casos, no llegaron a gozar sino que sirvieron, y sirven todavía, para que hijos o sobrinos vivan hoy como reyes o como potentados mientras que sus otros familiares siguen pasando hambre y privaciones en sus terruños olvidados.

Nadie supo jamás cómo vino José López a esta ciudad ni quién le dió ayuda para sus actividades comerciales. Lo cierto fue que como muchos otros --Barañano, Mamer Liaño, José González y muchos inmigrantes más-- abrió en la Calle de La Chorrera un establecimiento de abarrotería en donde se vendía de todo y en donde la higiene y la limpieza hacían causa común con el temor que don José López tenía al agua y al jabón.

Alto, rubio, miserable y con cara de pocos amigos, la gente del barrio lo convirtió en el personaje más célebre y más comentado de la vecindad. Como era el único establecimiento comercial de la Calle, le dió a esta el nombre de la Bajada del Nopo para distinguirla de la Salsipuedes y de la de Manuel Jaén. En esos buenos tiempos de la ingenuidad panameña, a los rubios se les llamaba Nopos y de aquí el nombre.

Apegado al dinero y temeroso de gastarlo, José López no sostuvo amistad con nadie; como tenía dinero suficiente para satisfacer sus necesidades, confiaba en sí mismo y huía del trato con los demás. El temor al robo, el temor a que le aprovecharan lo que habían ganado honradamente tras de los sucios mostradores y tras muchos años de privaciones, lo convirtieron en una especie de monje enclaustrado pero un poco alejado de los elementales principios de higiene.

Cuentan por allí que don José López solo se bañaba y cambiaba de ropa dos veces al año: una para el primero de enero y la otra para el primero de julio. Estas dos fechas provocaban conmoción en la Calle y en esos días la tienda del español vendía más y más.

Al comerciante sucio, hediondo y austero sucedía el individuo afeitado, bañado, limpiamente vestido y milagrosamente sonriente que gustaba del chiste pero no de la dádiva. La transformación de la indumentaria no llegaba a transformar en prodigalidad la estúpida avaricia del español y de nuevo se aprestaba el vecindario para contemplar diariamente los vestidos del Nopo perdiendo su limpieza y frescura. . . ! Seis meses de trabajo forzado para esas telas que, exprofesamente, había escogido gruesas y oscuras.

Pasaron los años y la Bajada del Nopo se metió en la vida panameña con tanta violencia que le hizo perder definitivamente su nombre de Calle de La Chorrera. Y un buen día, cuando quizás

contemplaba con ojos azorados la enorme cantidad de monedas atesoradas en cajones y baúles, La Muerte, la que nunca se engaña, le brindó su brazo maternal para el viaje eterno del que nadie habrá de volver.

Y don José López murió como un animal cualquiera Nadie alimentó su muerte, nadie asistió a su entierro y cuando sus parientes cerraron definitivamente las puertas del chiquero en donde se agotó la fuerza física de un hombre criado en los campos de Castilla, su recuerdo quedó prendido, como una gran desesperación, en el nombre de la Bajada del Ñopo sin lograr preservar del olvido el de José López, el terco español que se cambiaba de ropa dos veces al año, que temía al agua y al jabón y que dejó, para que otros la vivieran y derrocharan, una fortuna que no pudo ser calculada como tampoco pudo calcularse el motivo que hoy mantiene, olvidada y enfermiza, a un pedazo de la Calle 12 Este de esta ciudad, traicionada hoy por el abultado vientre de una vía moderna que la ha partido en dos.

Nuestro Panamá de Ayer

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

A principios de este siglo no había en el Istmo de Panamá más transportación que la marítima y a este efecto los hermanos Pinel, don Próspero y don Pablo tenían la Compañía de Navegación Nacional que contaba con dos barcos el Veraguas y el Los Santos, los cuales hacían la travesía llevando y trayendo pasajeros y carga desde la ciudad de Panamá a la de David en la Provincia de Chiriquí y viceversa. Tocaban en los puertos intermedios de El Montijo en la Provincias adonde aflúan las gentes desde la capital Santiago, de Soná y demás pueblos vecinos. Luego en Aguadulce para cubrir el comercio de las Provincias Centrales de Los Santos y Coclé.

Más tarde se ensanchó con una nueva unidad con el vapor Taboga, de mayores proporciones y con más lujo y confort.

El movimiento más intenso era en los meses de verano por coincidir con las vacaciones escolares, o sea de Enero a Mayo.

Al llegar Enero después de estudios incesantes volvían a sus hogares los que vivían en el Interior de la República y los que como yo vivíamos en la ciudad de Panamá, íbamos a visitar a familiares y amigos.

El embarcadero era en LA MARINA, o sea la PUERTA DE MAR de las murallas que circundaban a la ciudad de Panamá desde su fundación. Allí se había construido una casa afirmada sobre las murallas y se extendía sobre el mar sostenida por pilastras. Como esta parte de la ciudad es más alta que el nivel del mar, había y hay todavía una escalera para bajar a tomar la panga, o sea el bote pequeño con remos que nos llevaría al vapor anclado en la bahía.

En este pasillo íbamos llegando desde temprano para aprovechar el turno en las pangas, si la marea estaba alta, porque si ésta estaba baja, se retira muy lejos y la playa es lodosa y los pangucos tienen que llevar a los pasajeros en brazos si no pesan mucho, y si no, a horcajadas. Cosas estas no del tiempo sino de la bahía: Y entre abrazos de despedida todo era alborozo por la esperanza de llegar pronto a ver a los seres queridos.

Cuando se es joven y sobre todo cuando no hay otros métodos de vida, se pueden soportar valientemente las inclemencias de la naturaleza como las *chitras*, que son unos insectos pequeñitos, mínimos, que pican y atormentan el oído. Estos bichitos se encuentran a las orillas de los ríos y en los manglares. Esto sucedía al atracar el vapor en los puertos sobre todo en las horas del atardecer y de la noche. Ellos no me impedían a mí de gozar la estadía allí viendo el movimiento del barco, las personas que entraban y salían y lo que yo preguntaba siempre con ansias de saber y enterarme de todo.

Luego a la llegada a Pedregal que es el puerto de la ciudad de David, todo era alegría y felicidad por volver al terruño. En aquellos tiempos no había carros sino coches tirados por caballos. También habían hermosos caballos de las gentes adineradas con monturas exquisitas y también había carretas tiradas por bueyes para las gentes de escasos recursos.

Allí en David me esperaban mis amiguitas Carlina Roy, mi prima, Josefa Isabel y Ester María Alvarado, Gilma Ríos y Amparo Parada que es hasta donde recuerdo. El corto tiempo que pasaba en compañía de ellas era encantador porque por las tardes íbamos de paseo al parque y los domingos a la retreta luciendo vestidos nuevos, cosa que era de rigor, y algunas tardes, cuando teníamos compañía masculina como Aníbal Ríos, hermano de Gilma, íbamos al Centro del Cuarto en los alrededores de la ciudad de David. Este Cerro del Cuarto esta colina de poca altura, tanto, que jugando apostábamos a ver quién llegaba primero a la cima, corriendo. El premio era una pastilla de chocolate que Aníbal entregaba a la vencedora!

Para la despedida a fines de Abril, todo eran abrazos, sollozos y lágrimas pero ya, mar a fuera, esas tristezas se disipaban al conjuro de

los encantos del compañerismo que es característico de los viajes en barco.

En el año de 1911 viniendo el vapor Taboga de David para Panamá con un cargamento precioso de estudiantes y pasajeros, ricos comerciantes los más, porque como he dicho anteriormente este vapor era de mayores proporciones y con más comodidades y divinamente atendidos por la tripulación como gentileza de los señores Pinel, sucedió que después de salir del Golfo del Montijo, al doblar la península de Azuero, mar afuera, fué sorprendido el vapor y le toca enfrentarse a una noche tenebrosa con un mar embravecido que lo azotaba con furia aterradora hasta lanzarlo contra los arrecifes cercanos a la costa donde chocó, encalló y fué averiado. Inevitablemente iba a hundirse y los botes salvavidas fueron ocupados con las mujeres y niños exclusivamente para llevarlos a la playa.

Entre los pasajeros estaban don Felipe Alvarez con sus hijos Rogelio y Berta. Ella fué acomodada en un bote pero como no había modo de que su padre y su hermano tuvieran esa ventaja, ella se arrojó al mar prefiriendo morir con ellos. Este acto valeroso le salvó la vida porque el vapor al hundirse por ese lado se llevó y sepultó consigo a toda esa gente. Rogelio y Berta Alvarez Aizpurúa son mis primos.

Y algo muy sentido que llega a mi corazón es que entre los pasajeros de Santiago de Veraguas venía la señorita Rosalba Fábrega, que cuentan era muy bella y además hermana menor del Dr. Julio J. Fábrega, abogado de gran renombre en Panamá. Ella, Rosalba, había sido novia de mi padre años atrás e iba a la ciudad de Panamá en esta ocasión a comprar su ajuar porque estaba de novia nuevamente e iba a casarse, pero con tan mala suerte que se encontró entre los pasajeros que perdieron la vida en el naufragio. Los designios de Dios no pueden cambiarse. No estaba ella predestinada para el matrimonio y era tan bella.

Y un caso insólito, algo inexplicable, sucedió allí también. Entre los pasajeros se encontraba la señorita Manuelita Sierra, prima del gran poeta panameño José Guillermo Batalla, ambos de Santiago de Veraguas. Ella acababa de graduarse en el Colegio de San José donde fue una alumna distinguida. Muchos años más tarde siendo yo alumna de ese Colegio todavía se oían los elogios a su inteligencia y a su saher. Allí me enteré de que en el discurso de clausura del año escolar que le tocó a ella, hizo alusión al mar porque el Colegio daba frente al mar en la bahía de Panamá y ella adoraba su brisa, el rumor de sus olas, aquellas noches llenas de luz de luna que cuando los remos de las pangas cortan el agua para darle impulso, dejan una estela luminosa y plateada, producida por el cabrilleo de la luna sobre el mar.

En la bella alusión que hizo sobre el mar en su discurso, ella, Manuclita Sierra, dijo que le gustaría que al morir la enterraran a la orilla del mar para que sus olas con su constante ir y venir acariciaran su tumba y la arrullaran con su rumor.

Este deseo suyo fue cumplido porque al morir en ese naufragio las personas que llegaron con los auxilios desde Tonosí que era el pueblo más cercano a la costa de Cambutal donde fue el siniestro, le dieron sepultura en esa desolada playa hasta donde aún llegan a acariciarlas las olas del mar. No es sorprendente ese acto misterioso del destino?

Otro personaje de David que venía allí era don Aristides Arias, hijo del acaudalado hombre de negocios, don Juan Arias y de doña Domitila Quintero Villarael. Cuentan que él iba a depositar en un Banco de la ciudad de Panamá el dinero de los negocios de su padre, porque en David no había Bancos en ese entonces, pero con tan mala suerte que una inmensa ola lo arrojó contra una roca y allí pereció.

Volviendo a la Navegación Nacional de los hermanos Pinel, ellos tenían los astilleros en la playa de Peña Prieta en donde reparaban sus barcos y contaban con una casa cómoda y hermosa.

También tenían un ancladero en el Ancón que es la ensenada pequeña y abrigada para londear sus embarcaciones en la isla de Taboga. Allí tenía don Pablo su casa de campo muy confortable que podía usarse tanto en los meses de invierno como en los de verano. Las hijas de don Pablo son Manuelita y Cecilia y las de don Próspero Adelaida y Angélica, todas amigas mías muy apreciadas.

CAPITULO II

La ciudad de Panamá está situada en una punta de tierra que se interna en el mar dando frente a la punta de Paitilla, de modo que forma una bahía bastante grande donde las mareas suben y bajan con su ritmo natural: seis horas subiendo, un cuarto de hora estable, para después bajar por espacio de seis horas y luego el statu-quo reglamentario de un cuarto de hora. Por eso los barcos pueden entrar y salir sólo cuando la marea está alta.

Esta punta de tierra que da albergue a la ciudad fue rodeada de murallas lo suficientemente fuertes para poder resistir los embates cuando el mar se enfurece y lo suficientemente altas para poder rebotar las olas de las grandes marejadas. Esto por el lado del mar. Por el lado de tierra, con un foso murado donde se encontraba la Puerta de Tierra que daba acceso a los arrabales de la ciudad por medio de un puente levadizo el cual cerraba la ciudad por ese lado, puente que se

elevaba a las 9 de la noche después de dar aviso previo a los habitantes.

Estas bellas murallas fueron levantadas para evitar que la nueva volviera a ser atacada por piratas como lo fue la antigua ciudad de Panamá, hoy en es ruinas y llamada PANAMA LA VIEJA.

Pasando los años las murallas, por la parte de tierra fueron derribadas para dar ensanche al crecimiento de la ciudad. Este ensanche puede dividirse claramente en tres partes partiendo de la Puerta de Tierra que era hasta donde llegaba la antigua Calle Real, hoy Avenida Central, la cual siguió su rumbo directamente para las afueras de la ciudad, que pasa por el barrio de Santa Ana, situado al frente del Cerro Ancón que fué el sitio a donde llegaron los panameños huyéndole a los piratas, cuando el ataque de la ciudad por Enrique Morgan.

Hacia el Oeste otro, bastante grande, y por el lado del Este uno pequeño o sea por donde están los mercados, seguido por la población del Marañón con su playa adyacente donde extendían sus redes de pescar sus habitantes que eran pescadores.

Primeramente voy a hablar del barrio que se extiende hacia el Oeste, pero antes quiero referirme a los señores Endara, don Carlos y don Victoriano que eran hermanos y don Manuel que era primo de ellos, quienes llegaron jóvenes a Panamá desde el Ecuador, su tierra natal.

Los hermanos Endara eran fotógrafos y establecieron su estudio en la Carrera de Córdoba, de la ciudad amurallada, la que después se convirtió en la Avenida Norte entre las Calles 7a y 8a., precisamente en una casa construída sobre las murallas y por consiguiente dando frente al mar. Esta casa es de una familia Hurtado, muy rica, dueña de muchas propiedades y de grandes extensiones de terreno, familia que reside en París desde hace muchísimos años. Dicha casa, como casi todas las construcciones que hicieron los españoles en esta parte de la ciudad, es amplia fuerte, de paredes anchísimas, y que con su frente al mar siempre está acariciada por la brisa fresca y agradable de la bahía.

En el piso que da a la calle estaba la fotografía. En el primer piso alto tenía don Carlos su residencia y en el segundo vivía don Manuel con su familia. Don Manuel tenía el negocio de traer sombreros del Ecuador que vendía a los turistas en grandes cantidades porque son hechos de una paja finísima y flexible. Se les puede dar la forma que se quiera y son muy bellos. Como estos sombreros eran comprados en Panamá son conocidos en el mundo entero por "SOMBREROS PANAMA". La esposa de él, doña Esilva viuda de Endara vive todavía y es mi prima.

Don Carlos como era tan emprendedor hizo construir una escalera desde una de las ventanas de su residencia hasta cierta altura de la playa, terminada en una plataforma, para poder embarcarse desde allí con su familia en su lancha y pasear por la bahía en las tardes cuando la marea estaba alta.

Don Carlos era padre de doña Nydia Endara de Lavergne y escribiendo yo estos renglones he tenido la noticia de su fallecimiento ocurrido en Panamá. ¡Qué doloroso acontecimiento! Nydia era la personificación de la amabilidad, de la bondad, del cariño sincero que brindaba a todos. Poseedora de una gran inteligencia para ella era facilísimo atender y resolver todos los problemas de la vida y de los negocios. Era querida por cuantos la conocían, y especialmente por mí. Para ella una plegaria, una lágrima y un deseo que desde el Cielo donde con seguridad estará, sigamos siendo amigas hasta la eternidad!

Don Victoriano casó con una bella dama, doña Virginia María Paniza de donde ha quedado una descendencia numerosa entre la que se encuentra María Inés Endara de Riba, mi grande y buena amiga y además compañera de grado en el Colegio de San José.

Hecha esta pequeña narración vuelvo al ensanche de la ciudad por el lado Oeste.

CAPITULO III

Saliendo por la Puerta de Tierra, muy cerca a la Iglesia de la Merced, por la Avenida Central, precisamente donde daba la vuelta la muralla, sale una calle transversal con el nombre de Calle A.

Don Carlos y don Victoriano comenzaron a construir ellos por sí mismos en ese sitio, sobre la muralla ya destruída y el foso, su edificio propio para instalar allí la fotografía con planos que fueron confeccionados en París. Los señores Ernesto T. Lefevre y don Carlos Muller, que eran sus vecinos, convinieron en que los hermanos Endara construyeran los edificios para ellos completamente iguales al de la Fotografía. Estos trabajos terminaron en 1910. En el año de 1912 los hermanos Endara hicieron colocar en el edificio de la fotografía el primer ascensor llegado a Panamá, debido a que el edificio que era de 3 pies tenía en la planta baja, hacia la calle, la oficina de recibo, el salón donde estaba don Carlos y el cuarto oscuro para revelar. En lo que fue el foso, contenido en sótano estaba el archivo. En los dos pisos superiores tenía su residencia y en la azotea estaba el archivo. En los dos pisos superiores tenía su residencia y en la azotea estaba la fotografía propiamente dicha. De modo que era muy alto para subir por escaleras. Nydia era la que manejaba este ascensor. Como lo recuerdo, ya que una tía mía, la señorita Ernestina Osés desde muy jo-

ven trabajó en esa fotografía desde cuando estaba en la Avenida Norte, casi hasta su muerte acaecida en David, de donde era oriunda. Y además porque éste era el punto de reunión de todas las amigas de Nydia que la visitábamos diariamente.

Antes de morir Nydia y su esposo estuvieron aquí en Los Angeles y me decía que ella iba a hacer un libro que sirviera de historia de la ciudad de Panamá porque en la fotografía de ella estaban las fotos o mejor dicho los negativos de los hechos más importantes acaecidos desde fines del siglo pasado como niños de todas las edades, adolescentes, personas mayores y ancianos. Todos los eventos sociales entre los cuales se destacaban los Carnavales que en aquella época tenía fama de ser uno de los mejores del mundo comparados valga la diferencia de tamaño, ya que Panamá es mínima, con los de Río de Janeiro y de Niza. Allí están todas las reinas de esos Carnavales desde el primero que fué en 1910, con sus fastuosas cortes, con sus coronaciones en el Teatro Nacional, con los desfiles de los carros alegóricos que en aquel entonces eran maravillosos, los adornos de los parques, en fin lo más bello y grande de aquella época.

Los periodistas y reporteros de ahora, si conocieran su obra, lo admirarían porque don Carlos se adelantó a ellos en muchos años. Con su cámara fotográfica estaba en cada hecho histórico digno de mención como en la demolición de edificios construídos en los tiempos de la Colonia para convertirlos en edificios nuevos a la altura de las épocas actuales, como el Teatro Nacional. Acontecimientos imprevistos como incendios en el que figura el ocurrido en el edificio de La Concordia, del cual él pintó un cuadro al óleo. Sería interminable la relación de cuánto hay de grande en ese famoso archivo. Pero desafortunadamente Nydia murió tan pronto sin haber podido realizar su sueño.

Sé que don Samuel Lewis Arango le compró a don Carlos Endara parte de los negativos, relacionados con las fotos de los niños de aquella época y que tuvo el gusto de publicar varias veces en su periódico EPOCAS.

En la casa construída por los hermanos Endara para don Ernesto T. Lefevre vivió él con su señora esposa doña Oderay Arango de Lefevre e hijos en los dos pisos altos y en el que da acceso a la calle estuvo su Oficina.

El señor Lefevre fué Presidente de la República al comenzar los años 20. Y la tercera casa que era la de don Carlos Muller, cuando yo la conocí vivía en ella doña Manuelita de León de Moreno con sus dos hijas Yolanda y Adalyzia.

Aparte de fotógrafo y constructor don Carlos Endara era también

artista y pintaba al óleo bellezas. Sus obras principales figuran en el Salón Amarillo del Palacio Presidencial con los óleos de varios personajes importantes en el Gobierno de la República entre los años 1900 a 1903. Entre sus cuadros hay aquí en Los Angeles uno. Es el retrato hecho a don José Agustín Arango Chiari. Esta preciosa joya artística la guardan con orgullo sus hijos don José Agustín Arango de la Guardia y sus hermanas doña María Helena de Baine y Angela Arango de la Guardia.

En la casa de don Carlos Muller volvía a dar la vuelta la muralla y seguí hasta el mar. Esta es la Calle 11 Oeste que comenzaba allí. Fuera de esta muralla está la casa de don Florencio Harmodio Arosemena, haciendo esquina con la Avenida A., donde residió con su señora esposa doña Hersilia Arias e hijos hasta cuando fué Presidente de la República. Después vivieron en ella por algunos años más sus hermanas las señoritas María y Clarita Arosemena. Cuando María murió, Clarita se fué a vivir con doña Hersilia y vivió hasta los 100 años.

Volviendo hacia arriba al comienzo de la Calle 11 hasta la Calle A, ésta sigue derecho y atraviesa las Calles 12 y 13 Oeste y terminaba en aquel entonces en la calle 14 Oeste.

A este barrio, como dije anteriormente, es al que voy a referirme primero, como algo exclusivo y bello formado por gentes adineradas unas, hacendados riquísimos otros, políticos eminentes. Presidentes de la República, Magistrados, arquitectos, pintores, músicos, autores de libros y canciones y en fin, por gentes sencillas y apacibles que compartían hasta con los humildes el encanto y la gracia del alma del pueblo panameño que canta, baila y ríe al son de lo bueno y de lo bello que llega al corazón, así como también llora y se estremece cuando algún hecho malhadado lo conmueve.

Cuando yo lo conocí tenían todavía sus calles nombres o mejor dicho apodos por algo que hubiera llamado la atención o dejado alguna huella:

Corrían los años de 1912 en adelante y yo vivía en casa de familia de don Manuel Antonio Herrea Lara, persona joven en ese entonces y que con el correr de los años llegó hasta la más alta Magistratura en el Poder Judicial como Presidente de la Corte Suprema de Justicia, personaje recto, honorable y autor del libro donde recogió los precedentes judiciales. Doña Lucía Brillie, su esposa, era hija del Ingeniero Francés señor Brillie, uno de los zapadores del Canal Francés, hoy Canal de Panamá. Esta casa donde habitábamos nosotros, dicho sea de paso, pertenecía a doña Matea Melo de Borbúa, persona muy conocida en aquellos tiempos por su riqueza y por poseer el mejor cofre de prendas y las polleras más finas y costosas. Ella era la abuela de mi

amiga y compañera de colegio Lola Rodríguez, después señora de Franciscani y hoy fenecida.

Esto sucedía en la Calle 13 Oeste, frente con frente a la Escuela Normal de Señoritas, en aquel entonces, que iba de una calle a otra. Esta Calle 13 tenía su comienzo en la Plaza de Santa Ana y bajaba hasta el mar. Al lado de nosotros vivían las señoritas hermanas del Dr. Carlos A. Mendoza, uno de los ilustres Jefes del Gran Partido Liberal. Este Partido Liberal era en contraposición al Partido Conservador, partidos que heredamos de Colombia y los que hoy por hoy ya no existen en Panamá. Al lado de ellas vivían una señora Regis, francesa, abuela de Ruby Paredes de Gacbel quien vive en Duarte, California y somos amigas.

Del lado opuesto vivía una familia Guerini de origen italiano. Siguiendo por esta misma acera hacia el Parque de Santa Ana, en la esquina con la Calle B, estaba y está aún la casa solariega del rico hacendado italiano señor Carboni, donde todavía vive su esposa doña Filomena Carrillo de Carboni. Recuerdo que por las tardes salía a pasear y lucir sus caballos el hijo más pequeño de ellos, el niño Juan Antonio a la sazón de 5 años, poco más o menos, siempre acompañado por su guía. Ya casi al terminar la cuadra estaba la casa de doña Sara Abrahams viuda del General Correo. Allí estaba viviendo el Dr. Belisario Porras, sobrino de doña Sara, esperando el 1.º de Octubre para subir por primera vez a la Presidencia de la República. En esa misma casa vivió por algún tiempo doña Amalia Bernal casada con el caballero italiano don Ernesto Bellino y allí nació su primera hija Yolanda, mi cara amiga con la que me honro en compartir amistad en esta ciudad de Los Angeles. Y al terminar estaba la Cantina de La Plata de renombre por ser punto de reunión de políticos liberales.

Dando frente a esta casa, en la esquina opuesta vivía la familia Conte-Mendoza. Casi al centro de la cuadra estaba la residencia de la familia Alvarado. Don Pancho tenía en la planta baja la Funeraria de su mismo nombre. En los altos vivía con su señora esposa y sus hijos. En la esquina con la Calle B, la familia Mazola-de Alba. Antes de llegar a la Escuela Normal vivía la familia de la señorita Ana Luisa Byne, quien después fué la esposa de don Abilio Bellido. Ella era una niña encantadora, bella, siempre cariñosa y muy simpática. Después de la Escuela Normal vivía la familia Caballero y una de las niñas, Celia, pasando el tiempo llegó a ser una gran política.

Bajando a la esquina con la Calle A vivía don Alfonso Lavergne con su familia: él fué el Secretario del Cuerpo de Bomberos de Panamá. Dándole frente a la familia Lavergne estaba el local de músicos

donde los miembros de la Banda Republicana y los del Cuerpo de Bomberos estudiaban su música.

Don Chichito Boza, un cubano que desde niño llegó a Panamá, era el Director de la Banda del Cuerpo de Bomberos y en un concurso de música para unos carnavales, la pieza de él, un danzón, ganó el primer premio y estando ensayando dicha pieza, la cual no tenía nombre todavía, al llegar a la parte donde dice:

Nosotros nos iremos juntos sí,
No hay quien pueda separarnos no,
Porque Cupido lo dispone así,
Y no hay quien pueda no, con el amor.
Bailando se quita el dolor,
Bailaremos sin cesar.....

Y en la pausa que hace allí la música, gritaron de improviso "PESCAO" desde la calle donde un hombre llevaba en su carretilla una venta de pescado. Y así quedó para siempre bautizado con el nombre de "PESCAO" el danzón de Chichito Boza.

En aquel entonces solían salir a pregonar por las calles y hacían sus pequeños negocios gentes humildes, pero que tenían fama de cocinar muy sabroso.

Había una familia venezolana que hacía manjarete y los muchachos que lo vendían iban cantando:

El manjarete venezolano
Es un delicioso manjar
Preparado con vainilla,
Leche, huevos, café, nesterina
Y otras cositas muy agradables al paladar.
Con un plato de manjarete
Come una familia entera
Y queda un bocado para el hijo de la cocinera.

Desde las dos de la tarde salían unas señoras, siempre alegres y di-characheras, para refrescar el cuerpo abatido por los calores sofocantes del trópico con "EL CHICHEMITO FRECCO" y lo anunciaban cantando así:

Señores vengo a contar
Lo bueno de Panamá,
Le diré, para que lo sepa Ud.
El chichemito es lo más sabroso
que puede haber.....
Tralalá, tralalá, lará, lará.

El chicheme es un refresco que se hace con maíz blanco, cocido, bien cocido y se mezcla con leche, canela, azúcar y bastante hielo. Y como el maíz toma mucho tiempo para cocinarse y ablandarse, las familias preferían comprarlo hecho ya, y preparado deliciosamente, ya que esas señoras lo llevaban en vasijas inmaculadamente limpias.

Como a las cuatro de la tarde comenzaba la fritanga del pescado, que casi siempre era corbina que es deliciosa. Cortado en presas, espolvoreado con harina y frito en manteca bien caliente, quedaba aquel pellejo chasqueando y oliendo delicioso. En el portal de sus humildes casas las señoras que lo hacían sacaban sus fogones de hierro llenos de carbones encendidos y delante de su clientela, que eran las empleadas de las familias vecinas, freían sus pescados.

En la mañana temprano anunciaban los buñuelos para el desayuno los que eran desaparecidos en un momento porque iban calientitos. Estos buñuelos son hechos con frijoles blancos con ojitos negros, puestos en remojo desde la noche anterior y así al amanecer la cáscara se le había levantado, y ya descascarados los molían y batían con huevos y luego los freían en manteca bien caliente.

La Calle 14 Oeste era llamada la Calle de la Chancleta y por esos lados vivían una señora con sus dos hijos. Ella era doña Lastenia Brandao, joven aún, hermosa, alegre como unas castañuelas, amable y terriblemente simpática. Nos entretenía y don Pancho Single.

Ahora por la Calle 12 Oeste con la Calle A estaba la casa solariega de la familia Clement, cuyo Jefe don Carlos era otro de los liberales de gran renombre y al lado de ellos vivía la familia Mayers-Linares, cuyas dos últimas hijas Emilia Elena (Lalén) y Rebecca eran poco más o menos de mi edad y hoy al cabo de tantos años me encuentro compartiendo, por algunos días, con Lalén aquella vieja amistad porque ella está de visita en Los Angeles donde una hija de ella, y hemos conversado tanto recordando aquellos bellos tiempos cuando nadie se preocupaba por el reloj y gozábamos la vida ampliamente sin apresuramientos de ninguna clase, por el contrario, siempre llegábamos a tiempo para todo. Al lado de ellas vivía don Fernando Arango con su señora esposa doña Hortencia Remón e hija Matilde.

Volviendo a la encrucijada de la Calle 12 con la Calle A de que ya he hablado frente a la familia Clement, donde terminaba la Escuela Normal había una hondonada al dar la vuelta a la calle formando una pequeña plaza donde había una Cruz, que es la Cruz de Mayo como las que poseen las ciudades españolas, como aquí en Los Angeles en la Calle Olvera que fué la primera calle construída aquí y que luce una Cruz.

La Cruz de la Calle 12 Oeste era llamada "La Cruz de las Escarti-

nas" tal vez porque en tiempos lejanos vivía allí alguna familia con ese apellido que cuidaba de ella. Digo esto porque Lalén, mi amiga, me dice que ni su mamá, ya muy anciana podía recordar por qué la llamaban así.

El hecho es que esta Cruz siempre estaba atendida y nunca faltaban velas encendidas y siempre que pasábamos por allí nos santiguábamos y musitábamos una oración.

Me hace recordar esta placita unos versos de A. Rodríguez de León en forma de nocturnos al barrio de Santa Cruz en Sevilla. Y unos de ellos dicen:

Plaza callada y moruna
Del barrio de Santa Cruz,
Llena de rosas de luz
Y terciopelos de luna.

Plaza humilde, silenciosa,
Solitaria, recatada.....
Igual que una enamorada
Que se nos dá pudorosa,

Así nos da su emoción,
— emoción vaga, medrosa —
Esta plaza perfumada.....

Miedo de profanación
En una extraña inquietud,
Llenos de meditación
Y de unción ante la Cruz.

Cruz esbelta, Cruz airosa
De la plaza silenciosa
Del barrio de Santa Cruz!

Para el 3 de Mayo que es el día de la Santa Cruz, esa placita era embellecida y la Cruz engalanada con flores, velas, regalos de milagros y como dice nuestro gran poeta panameño Lucas Bárcenas en su Romance de la Niña con Pollera, "Sería la Cruz vestida con retazos de floresta".

Había mesitas donde se vendían dulces hechos por diferentes familias entre los que se destacaban los hechos por doña Matea. Había merengúes, suspiros, cocaditas blancas y de diferentes colores, de leche, las goyorías que son hechas con plátanos verdes cortados en tiritas, fritos y luego agrupados en puñados y forrados con miel; los

piononos, etc., etc. Las mesas estaban alumbradas con velas. También vendían tamales y chicha loja que es hecha de maíz cocido con hojas de naranja.

Recuerdo que yo bauticé una muñeca, cosa que era muy común en los juegos infantiles, y como yo era la madrina, fuimos todos personalmente a la casa de doña Matca Costilla a mandar hacer los dulces que me tocaba obsequiar. Estos eran servidos en una batea, que es una bandeja hecha de madera. El precio era de \$5.00 pesos plata por poco más o menos unos 100 dulcecitos de diferentes clases. Digo cinco pesos plata porque antes en Panamá se hablaba así. El dólar o Balboa era descompuesto en dos monedas de plata, o sean cincuenta centavos oro cada una, y a cada moneda se le llamaba un peso plata.

En la otra esquina vivía una familia Lanón. Eran varias hermanas, pero la más alegre de todas se llamaba Carmen, que era una morena muy agraciada y para los Carnavales ellas levantaban un toldo y allí iba a toda la sociedad de Panamá a bailar el tamborito luciendo las damas bellísimas polleras y la cabeza adornada con tembleques de oro y perlas. Esta era la fiesta más alegre de estos contornos. Al lado de ellas vivía la familia Andreve.

Sería largo enumerar las familias que vivían por allí. Pero había un personaje que llamaban "La Cota", que era morena, bajita, gordita, muy alegre y le gustaba estar en los lugares donde se reunían los señores, sobre todo en la Cantidad de la Plata, frente al parque de Santa Ana y además le gustaba el trago. Han quedado unos versos de aquella época que todavía recuerdo:

El día 3 de Noviembre de 1903
Estaba La Cota en fuego (jumada)
Bebiendo vino Jerez
Y vino la Policía
Y se la quisieron llevar.....
Y La Cota en fuego, jolin yu,
Pero con mi plata, jolin yu, jolin yu, jolin yu.

Este jolin yu es una canción que cantaban los chombos como se llamaba y se llaman aún a los negros de Jamaica que llevaron los norteamericanos a Panamá para las obras de la construcción del Canal.

Estando yo en el Consulado de Panamá en Kingston, Jamaica, supe lo que quería decir esa canción. Eran los kids, o sean los muchachos que iban en burros a buscar el agua para venderla en la ciudad y tenían que bajar hasta un arroyo y sujetar sus burros para que no se resbalaran. El populacho como no entendía inglés, y menos el achombado, repetían lo que les llegaba a sus oídos, así es que "a la

quitan guata jolin yu", que fué tan popular en aquellos tiempos, quedó descifrado para mí.

CAPITULO IV

Ahora por el lado opuesto a la Avenida Central, dándole frente a la Calle A., donde estaba la fotografía de Endara, arrancaba la Calle 11 Este de hoy día, circundando el foso y al terminar la cuadra estaba el Cuartel Central de la Policía, construído precisamente sobre ese foso. Allí se formaba una plazoleta que todavía se llama Las Explanadas, por ser el terreno amplio y plano frente a las fortificaciones de la ciudad, o sean las murallas. La plaza pequeña que allí existe se llama Plaza de Arango.

En uno de los costados de esta Plaza vivía un personaje simpático, siempre alegre y atento a las necesidades de sus amigos y vecinos, don Antonio Linares con su señora esposa doña Deyanira Kac, hija de alemán. En la planta baja de su casa tenía Don Antonio una tienda que era una miscelánea porque allí se encontraba cuanto usted quisiera comprar, y era punto de reunión de políticos y amigos. Doña Deyanira era tía de la señora Lucía Brillie de Herrera de quien ya he hablado. Por eso para el año de 1910 cuando estaba anunciado que el cometa Halley pasaría cerca a la Tierra, éramos muy pequeñas, pero todavía recuerdo el miedo de las personas mayores esperando que sería catastrófico el encuentro del Cometa con la Tierra.

Entonces ellos invitaron a su sobrina y familia a dormir en la Plaza de Arango para evitar que las casas nos cayeran encima con el impacto. Para nosotras las pequeñas, como no conocíamos el peligro, era algo nuevo y maravilloso eso de dormir en la plazoleta a la luz de la Luna, sobre colchones y arropadas con mantas para protegernos del frío y de la humedad de la noche. Por supuesto que a nosotras al fin nos venció el sueño y al día siguiente nos dijeron que el peligro ya había pasado.

No hubo tal impacto catastrófico. Este Cometa Halley que ha sido el Cometa más brillante de este siglo, le debe su nombre a Edmund Halley, astrónomo inglés quien lo observó en 1682 y predijo que aparecería en 1758 y en períodos sucesivos de 76,02 años. Su última aparición fué el 10 de Mayo de 1910 que es la cual me refiero. La opinión de los astrónomos es que la Tierra pasó, en esa fecha, por la Cola del Cometa y auguran que su próxima aparición será en 1986.

En esta Plaza se unían la Calle 11 Este con la Avenida B., que venía del centro de la ciudad amurallada. De este punto comenzaba a descender el terreno hacia el mar y esa callejuela que comenzaba a bajar de allí era y es conocida todavía como la Bajada de Manuel

Jaén, porque allí vivía don Manuel quien tenía una casa de empeño. Siguiendo a la casa de don Manuel Jaén vivía una negra que la llamaban "la Negra Cayetana" que cocinaba muy rico y además de dar comida para la calle en portaviandas, allí en su comedor, solían llegar a comer algunas familias atraídas por el encanto de la manera de hablar y chistear de esta negra. Cuentan las crónicas que cuando el Dr. Belisario Porras subió a la Presidencia en 1912, se llevó consigo, como cocinera, a la Negra Cayetana.

Este pedacito de calle terminaba en la Rambla del Mercado. Esta Rambla fué construída para nivelar la ciudad desde las murallas hasta el nivel del mar y comenzó donde se unían la Avenida Norte con la calle 9a. para poder facilitar la bajada de los coches y de las gentes que acuden al mercado. Le dan marco al comenzar esta Rambla, la casa solariega de la familia Alfaro Joavné por la Calle 9a. construída sobre las murallas y por la Avenida Norte con la casa que fué conocida como El Cielo por tener en ella los señores Quelquejeu, Díaz y Jiménez un almacén que llevaba ese nombre. Esta casa tenía la particularidad de tener por la Calle 9a. dos pisos y allí funcionaba la Navegación Nacional de los hermanos Pinel. Por la Avenida Norte tres pisos donde estaba el almacén El Cielo. Por el pedacito de calle que bajaba a una pequeña rambla del embarcadero a donde llegan las embarcaciones del Interior de la República cargadas de frutos, esta casa tenía cuatro pisos, y por esta rambla que baja hasta el nivel del mar, tenía cinco pisos.

Allí mismo, el nivel del mar estaba el Cuartel del Cuerpo de Bomberos y tenía una alberca llena de agua, que supongo yo, sería para el caso de una gran conflagración tener agua suficiente. En este Cuartel de Bomberos estaba la Oficina Principal del Cuerpo con el Jefe don Juan Antonio Guizado y el Secretario don Alfonso Lavergne.

Don Juan Antonio fué amoldándose a las necesidades de la ciudad que comenzaba a despertar de un sueño de tantos años, con la inquietud que lleva consigo el deseo de prosperar y engrandecer, fué llevando muy en alto el Cuerpo de Bomberos hasta llegar a ser famoso en esta parte del Hemisferio. El Comandante Guizado fué llamado a ciudades de diferentes países de Centro y Sur América para que fundara Cuerpos de Bomberos donde aún no existían y renovara a la altura del de Panamá a los que ya estaban establecidos. Por eso cuando el Cuerpo de Bomberos cumplió 50 años de fundado, casi todos los países de la América enviaron delegaciones y a don Juan Antonio Guizado se le hizo una gran apoteosis en el Teatro Nacional de la ciudad de Panamá.

Por el lado opuesto de la rambla bajando por una escalera desde la casa de la familia Alfaro Jované se llegaba a la casa donde vivieron

las familias de don Juan Brin con su señora esposa doña Aminta Remón, la familia de don Enrique A. Jiménez, quien fué más tarde Presidente de la República, la familia Martin que fueron los abuelos de doña Cecilia Pinel quien llegó a ser Primera Dama de la República por ser la esposa del Coronel José A. Remón Cantera cuando fué Presidente.

Al lado de esta casa estaba la residencia de doña Matea Melo de Borbúa. Hasta allí llegaba la calle llamada Bajada de Jaén.

En la cuadra que seguía terminaba la Bajada de Nopo, o Callejón del Nopo que venía bajando desde las Explanadas. Esta vía fué muy popular en aquellos tiempos. Se bajaba con mucho cuidado porque era muy empinada. Me recuerda a las calles de la ciudad de Manizales en la República de Colombia y a las calles de San Francisco de California, sobre todo a la calle denominada California, que a mi llegada a ella en el año 50, iba manejando mi carro y al llegar a cierto lugar ví que los carros que iban delante del mío bajaban y se perdían de vista inmediatamente. No me atreví a bajar en ese entonces porque los frenos de mi carro no estaban muy seguros.

Volviendo al Callejón del Nopo, dicen las crónicas de aquellos tiempos que se llamó así porque un español rubio abrió una tienda ya llegando a la salida a la calle que da frente al mercado.

Hablando aquí en Los Angeles con un profesor español joven, que es Catedrático en la Universidad de esta ciudad conocida como "UCLA" me dijo que él no conocía esta palabra ñopo. Lo que yo creo es que tal vez en los tiempos de los primeros españoles que llegaron a la América, ellos usaban esta palabra para referirse a los rubios, porque yo recuerdo que a mi bisabuela doña Norberta Araúz de Castillo, llegada de Castilla España, era conocida como la Nopa doña Norberta. Y a mi madrina, doña Delmira Venero de Barraza, quien también era rubia, era llamada "La Nopa Venero".

Por este Callejón del Nopo tenía don Manuel María de Icaza Brájimo, tronco de una muy honorable familia, su lechería. También vivía allí la familia Bernachina, de origen suizo-italiano cuya descendencia es numerosa y hoy tengo la dicha de compartir aquí en California con doña Mercedes Bernaschina de Jones la misma amistad forjada al calor del compañerismo que nos une desde las aulas escolares en el Colegio de la Inmaculada, donde yo cursaba el primer grado elemental.

La familia Vergara vivía en la esquina que da frente al mercado y con el correr del tiempo emparenté con Lola porque ella se casó con mi pariente y amigo don Armando Aizpurúa, hoy Miembro Correspondiente a la Academia de la Historia.

Cuando el Dr. Juan Demóstenes Arosemena fué Presidente de la República hizo el ensanche de la Avenida B., que era la que pasaba por la Plazuela de Arango; compró a todas esas familias sus casas o parte de ellas y cerró el Callejón del Nopo. Hoy de ese Callejón tan activo no queda más que el recuerdo para los que lo conocimos.

La Calle que le seguía, que sale de la Avenida Central y baja hasta el mercado era conocida y todavía conserva ese nombre de "Salsipuedes" porque allí vivía un conglomerado de genres de muy bajo nivel social que tenían cantinas con juegos y eran frecuentadas por marinos y gentes de tan mala catadura que las peleas casi siempre terminaban en crímenes. Y así al que se atrevía entrar allí le decían: Sal, si puedes! Hoy día esa calle goza de un comercio extraordinario, en su mayoría chinos, con sus tiendas al por mayor donde han hecho buenas fortunas y han dejado sus apellidos formando parte de la familia panameña.

En esta calle casi todas las casas pertenecen a los descendientes de la familia Recuero-Carranza, y como puede suponerse, esa fortuna es inmensa. Entre ellos cuento yo con amistades muy caras para mí como los hijos del Dr. José A. Calvo y su señora doña Pepita Recuero de Calvo. Me decía años atrás la señorita Laura Ardila, perteneciente también a una familia muy distinguida y adinerada, y además muy amiga de la familia Recuero, que si el padre de ellas hubiera tenido la visión del señor Recuero de comprar casas por esa calle, ellas serían también muy ricas.

Esta calle terminaba en el mercado y quedaba completamente cerrada con la casa de don Elizondo Herrera, personaje español, casado y con dos hijas. Tenía muchas propiedades, entre ellas la casa que fué muy conocida en la Avenida Central con el nombre de "La Normandie" y que contaba con cinco pisos.

Estando yo de Cónsul de Panamá en San Diego, California, llegó hasta mí una de las hijas de don Elizondo para que le certificara un poder autorizando la venta de la última casa que ellas poseían en Panamá, debido a que ellas estaban casadas aquí en los Estados Unidos y pensaban seguir viviendo en este país.

Como la casa de don Elizondo cerraba la calle junto al mercado, quedaba detrás una pequeña bahía, donde las olas reventaban contra las casas. Entonces el Dr. Belisario Porras a la sazón Presidente de la República, compró la casa a don Elizondo Herrera para abrir la calle y hacer un relleno en la bahía para dar ensanche a la ciudad por este lado. Ese relleno, al terminarse, tuvo que permanecer sin construir nada en él por espacio de siete años porque los ingenieros constructores lo dispusieron así para darle consistencia y firmeza al suelo. Hoy día ese relleno es conocido como el Relleno o Terraplén del Javillo.

CAPITULO V

He dejado para lo último la Avenida Central que fué el ensanche saliendo por la Puerta de Tierra de la ciudad entre murallas, siguiendo su rumbo por el arrabal o sea el pueblecito de Santa Ana y terminaba en aquel entonces en la Estación del Ferrocarril. Este pueblecito dormía a los pies del Cerro Ancón.

Cuando Panamá y los Estados Unidos firmaron el tratado para la construcción del Canal, el Cerro Ancón quedó dentro de los límites de la Zona del Canal.

Doña Amelia Denis de Icaza, dolida de esto y como era una poetisa de gran fama, escribió unos versos muy bellos titulados "AL CERRO ANCON" y dicen así sus primeras estrofas:

Ya no guardas las huellas de mis pasos,
Ya no eres mío idolatrado Ancón.
Que ya el destino desató los lazos
Que en tu falda formò mi corazón.

Cual centinela solitario y triste
Un árbol en tu cima conocí.
Allí grabé mi nombre, qué lo hiciste?
Por qué no eres el mismo para mí?

Doña Amelia Denis de Icaza fué la madre de la esposa de don Gervasio García, personaje español que se ganó la simpatía de todos los panameños y fué padre de Adela y de Rosita, primorosas amigas mías, y además tenía su establecimiento de música denominado La Postal en la Avenida Central.

Se puede decir que este ensanche arranca desde la Y griega que forma la Avenida Central con la Calle B que va rumbo a los cementerios.

Por el pedacito de la Y griega en la Avenida Central estaba en toda la esquina una casa de los hermanos Duque con una ferretería en la planta baja y en la parte alta vivió por algunos años don José Agustín Arango Chiari con su familia. La seguía la casa de don Enrique Linares de Obaldía donde vivía con su señora esposa doña María Herbruger y sus hijos entre los cuales se encontraba María Linares, que fué mi grande y buena amiga toda la vida. En la parte baja estaba el Teatro Amador.

Doña María, a pesar de la diferencia de edades, la cuento entre mis amigas predilectas y al escribir estas cuartillas sé que vive todavía y pasa de los 100 años, rodeada de sus hijos, nietos y bisnietos.

De allí en adelante la Avenida Central se fué llenando paulatina-

mente de almacenes. Muchos de los que estaban dentro de la ciudad amurallada se pasaron a ella para seguir el adelanto arrollador y luego se agregaron teatros, sederías de chinos e indontanes y de otras partes del mundo, haciendo de esa Avenida un emporio de riqueza y de belleza con sus bazares cuajados de mercancías del Lejano Oriente y demás pueblos de la Tierra.

Con el descubrimiento del oro en California hubo de realizarse el anhelo de construir un ferrocarril a través del Istmo de Panamá para unir la ciudad de Panamá en el Pacífico con la de Colón en el Atlántico. Esta fué la población que se fundó para substituir el antiguo puerto de Chagres.

Los señores William L. Stephens y Henry Chauncey que con anterioridad habían adquirido la concesión para llevar a cabo esa empresa, formaron la Compañía del Ferrocarril de Panamá, o se la Panama Railroad y la obra que comenzó en Mayo de 1850 fué terminada el 27 de Enero de 1855.

Como los carros del ferrocarril tenían que atravesar la Avenida Central para llegar a la Estación en la ciudad de Panamá, se edificó un puente el que fué llamado el Puente del Ferrocarril o Puente de California, de modo que el tren pasara libremente por debajo de él, y dejar el paso libre por encima de él, a los coches y peatones.

Este puente es muy recordado porque fué teatro de actos acaecidos en los disturbios políticos de tiempos ya pasados entre liberales y conservadores, y además porque era la única vía de entrada y salida de la ciudad de Panamá.

Este puente de Calidonia fué destruído para dar paso a las necesidades debidas al crecimiento de la población y como consecuencia lógica al pesado tráfico de vehículos de diferentes clases. Fué substituído por las modernas agujas que suben y bajan para dar paso al tren. Hoy estas agujas también han desaparecido porque ya el tren no llega a la ciudad de Panamá.

De este puente en adelante, para el lado del mar estaba el barrio de los negros llamado Calidonia. Este nombre de Calidonia tiene su origen en la Caledonia del Africa de donde venían la mayoría de ellos para realizar los trabajos que los nativos no podían hacer. Pero como la e en inglés se pronuncia como i ellos pronunciaban Calidonia y así se ha quedado para siempre.

Esta Avenida Central después de pasar por Calidonia seguía su rumbo hacia las afueras donde están Las Sabanas, planicie que llega hasta el mar.

Un poco más adelante del Puente de Calidonia tenía el Dr. Coroalles, médico cubano, su residencia veraniega. El vivía allí con su señora doña Amalia y sus hijas, entre las cuales estaba Isabelita, muy amiga mía.

¡Cómo era de chico Panamá en aquel entonces! porque allí comenzaban las residencias veraniegas de las familias adineradas. Con el correr del tiempo la casa de familia Coroalles llegó a quedar en medio de un centro comercial y don Francisco Arias Paredes, figura de renombre en los círculos sociales y políticos, y además hacendado poseedor de ganaderías en la Provincia de Chiriquí, le compró a la viuda del Dr. Coroalles esa finca y pagó al contado cien mil dólares.

Más adelante de la casa de familia Coroalles estaba el Hospicio de Huérfanos y detrás de éste la granja y lechería de don José Paredes.

Este es a grandes rasgos el ensanche de la ciudad de Panamá que saltó sobre sus murallas para abrir sus ventanales a los cuatro puntos cardinales y recibir de todas partes del mundo lo mejor y para dar también al mundo entero, con su estratégica posición geográfica, lo más bello y grande que sus entrañas hayan podido ofrecer: EL CANAL DE PANAMA.

Por eso al formarse la República en 1903, con el objeto primordial de la apertura de ese Canal, se escogió como lema para su Escudo la muy significativa frase: PRO MUNDI BENEFICIO.

Es decir, Panamá fué, es y será siempre para beneficio del mundo entero.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO I

Ya que he pregonado hechos bellos acaecidos en la parte de la ciudad de Panamá fuera de las murallas y que las nuevas generaciones tal vez ignoran por su estado por estar esos hechos como adormecidos por la bruma del tiempo y del olvido, quiero referirme ahora viendo el mapa viejo y hermoso, grabado en 1675 de la nueva ciudad de Panamá, a ese pedacito de ciudad, que en el lenguaje actual se le podría llamar "LA MINI CIUDAD" rodeada de murallas reconstruídas a partir de 1673 después de la toma y destrucción de la antigua ciudad.

Es en verdad digno de encomio el espíritu emprendedor y tenaz de esos españoles que vinieron de ultramar no sólo a descubrir sino a fundar y llenar a estos pueblos de la virgen América de edificios fuertes, sólidos y sobre todo esplendorosamente bellos y hermosos

como lo atestiguan las inmensas Catedrales de las grandes ciudades y aún las de los pueblos pequeños donde se pueden admirar obras de verdadero arte, todo a base de cantería o sea la piedra labrada. Y digo esto porque viajando he podido observar bellezas en diferentes ciudades de este hemisferio como en Chiquinquirá, una ciudad pequeñita de Colombia (hablo de lo que ví treinta años atrás), donde hay una majestuosa Catedral que bien pudiera lucir con orgullo en la ciudad más grande y bella de América.

Y esta bella Catedral mía, la de las torres que brillan al sol porque sus cúpulas están cubiertas con concha nácar y sus campanas esparcen al viento un eco melodioso, porque éstas también son las mismas campanas que lucieron en la Vieja Ciudad y de las que cuentan los historiadores antiguos que esto es debido a que la Reina Isabel La Católica echó una de sus joyas en el hierro hirviendo de la fundición que daría forma a esas campanas, ésta es la misma que hoy lucimos.

Para mí este fué un acto sublime de ella, orgullosa de la obra portentosa que acababa de darle al mundo, TAL VEZ POR INSPIRACION DIVINA, apoyando a Colón para que pudiera realizar sus sueños.

CAPITULO II

ORIGENES DEL PALACIO PRESIDENCIAL

La historia de la construcción de este Palacio tiene matices diversos que causan admiración como se verá más adelante y que habla con elocuencia de la pujanza y valor de la raza española.

Creo que estos apuntes quedarían truncados si no hablara de la "MINI CIUDAD" amurallada porque esta ciudad heredó de la antigua o primitiva ciudad el esplendoroso historial de siglo y medio de existencia, considerada como la Reina de los Mares, donde se incubaron las ideas y se desarrollaron los grandes hechos que culminaron con la conquista y colonización del Gran Imperio de los Incas en el Perú. De modo que esta nueva ciudad es guardiana celosa de esos bellos recuerdos conservados con esmero en el Archivo de Indias en la ciudad de Sevilla en España.

Ella, la Nueva Ciudad, tiene también su historial propio y yo quisiera poseer un numen preclaro para que mi pluma se deslizara suavemente sobre estas páginas y poder contarles con elegancia, no sólo lo que sé de su historia de antes de ayer, sino también de los acontecimientos de ayer, que mi larga vida me ha hecho ser poseedora no sólo

lo de esos recuerdos sino también de tener la dicha de haber sido parte activa en algunos de ellos.

Pues bien, pasados dos años de la destrucción de Panamá la Vieja se llegó a la fundación de la Nueva Ciudad a orillas del Mar del Sur, frente a una hermosa bahía y sentada suavemente a los pies del Cerro Ancón desde donde le llega una brisa acariciadora que la hace gozar de noches frescas y agradables.

En el pleno centro fue escogido el sitio para La Plaza que marca el centro geográfico de la ciudad tanto de Norte a Sur, como de Este a Oeste, desde el Malecón (donde hoy está el Palacio Nacional), sobre la muralla, hasta la Puerta de Tierra.

El Ilustrísimo Obispo don Antonio de León bendijo ese emplazamiento quedando repartido el terreno adyacente a la Plaza con los lotes dedicados a la Iglesia Catedral, la Casa del Obispado, la del Cabildo y casas particulares..

El Ingeniero Alonso Mercado de Villacorta fue el encargado de construir las murallas a raíz de la fundación de la nueva ciudad y todavía hoy son dignas de admiración las que quedan que son las que circundan la ciudad por el lado del más, porque ni el tiempo, ni la salinidad de las aguas del mar, ni el perenne ir y venir de las olas, que con su empuje de reventar contra ellas pudieran deteriorar las piedras, no han podido imperturbar la firmeza y solidez de esa construcción.

Escribiendo estas líneas ha llegado hasta mí la noticia sorprendente de que los caballos de bronce que adornan el domo de la Catedral de San Marcos en Venecia les ha caído cáncer, es decir, que se están corroyendo debido a la CONTAMINACION DEL AIRE que les llega de unas plantas vecinas y en estos momentos están desmontándolos de sus pedestales para curarlos!

Y otra noticia tremenda llegada a un mismo tiempo dice que las ruinas del famoso Coliseo de Roma se están viniendo abajo porque las piedras de esa construcción se están desmoronando debido también a la contaminación del aire producida por el humo de los carros.

Pero hasta las murallas de la ciudad de Panamá no ha llegado ninguna clase de contaminación debido quizás a el espíritu del famoso Ingeniero Alonso Mercado de Villacorta flota sobre ellas para darles protección y a un mismo tiempo demostrar al mundo que el talento y el ingenio de los españoles perduraria a través de los siglos.

Y habiendo un paréntesis con algo que demuestra mi sentir, sin pretensiones de ninguna clase, me parece que estamos palpando los adelantos de esta era atómica y del espacio en pro y en contra de la

salud, así como también en pro y en contra de las leyes que rigen el Cosmos.

Habíamos vivido por siglos y siglos con temblores, terremotos, inundaciones y hechos fatales de diversas clases que se sucedían de tarde en tarde, sin repercusiones gigantescas. Pero ahora, ya casi al finalizar este famoso siglo XX, los estragos son seguidos y diversos: Volcanes que salen a la superficie de la tierra de un minuto a otro a consecuencia de algún sismo o terremoto. Islas que se parten en dos misteriosamente, como sucedió en los Mares del Norte. Plantas que nunca se habían visto como sucedió en Dalas, Texas, en patios de diferentes familias. Plantas pequeñas que al crecer un poquito lucían gelatinosas, sus palpitaciones como si tuvieran vida, y sus hojas al partirse esparcían un líquido sanguinolento. El miedo fue tremendo pero después de algunos estudios una doctora en Ciencias Naturales dijo que eran HONGOS GELATINOSOS! Todo esto salió en la televisión.

El hecho es que la primera noticia que yo oí por radio temprano en la mañana daba cuenta de que al aparecer esa noticia, un profesor en Ciencias que vive en Denver, Colorado, dijo que él recordaba que a fines del siglo pasado había caído en el cenenterio de un pueblecito de escasos habitantes llamado Aurora, cerca de Dalas, un aparato misterioso que venía del espacio y que los vecinos del lugar después del susto subsiguiente, al acercarse no encontraron rastros de ser viviente que guiara ese aparato y que allí mismo, llenos de miedo, dispusieron echarle tierra a los desechos de ese algo misterioso.

Las autoridades de Dalas buscaron en los archivos periodísticos de aquella época y encontraron ser ciertos los datos que el profesor de Denver decía. Dijo la noticia también que el profesor pediría permiso a las autoridades de Dalas para establecer un laboratorio donde estaban enterrados esos desechos para hacer las investigaciones necesarias, pero allí quedaron paralizadas las noticias.

De todo lo cual, vuelvo a decir humildemente, creo yo que estos acontecimientos se deben a tanto ensayo atómico sobre todo los que se hacen subterráneamente ya sea debajo de la superficie de la tierra o en las profundidades de los Océanos. Estos ensayos han sido muy discutidos por los científicos del mundo entero y hasta por el mismo Papa, Su Santidad Paulo VI.

Saliéndome del paréntesis anterior, vuelvo a la fundación de la Nueva Ciudad y voy a referirme a la Catedral cuya construcción imponente es además hermosa. Al entrar en ella el espíritu se sobrecege en un sentimiento de unción y veneración porque posee en su interior ese sabor netamente colonial con sus suaves espaciosas, su Altar

Mayor bellissimo, su púlpito con sus tablas labradas preciosamente y que poseen el encanto o sortilegio de ser las mismas que lucieron en el púlpito de la Catedral de la Vieja Ciudad y que sus moradores pudieron salvar del fuego devastador.

Al fundarse la Nueva Ciudad el Rey de España nombró dos Oidores: Don Andrés Martínez de Amileta y Don Luis Lozada Quiñones. El Oidor Martínez de Amileta quedó en la vieja ciudad en ruinas mientras pasaba para la Nueva lo que se pudo salvar del pillaje y del incendio. Don Luis de Lozada Quiñones, que como se verá más adelante fué hombre "de armas tomar", como dice el refrán, se radicó en la Nueva Ciudad y se dedicó inmediatamente a construir para él una mansión que estuviera a la altura de su cargo, cometiendo para ello muchos abusos.

A este respecto dice el Profesor Don Ernesto J. Castellero R., Presidente de la Academia de la Historia de Panamá en su obra "EL PALACIO DE LAS GARZAS", para conmemorar el tercer centenario de la construcción de ese Palacio:

"De estos abusos del famoso Oidor protestó el Cabildo ante el Rey y dice el memorial de queja: "El Oidor Lozada ha conseguido hacerse el más grande edificio que se haya conocido en Panamá, aún durante su mayor opulencia porque entonces el vecino más rico se ha conformado con una casa de tres lumbres que son quince varas de frente y otras tantas de fondo, en tanto que dicho don Luis de Lozada ha edificado la suya junto al desembarcadero del puerto, que es el mejor sitio dándole veinticinco varas de frente y cuarenta y cinco de fondo, con una capacidad de veintidós bodegas las cuales tiene para alquilar. Y para levantar tan espaciosas casas el inescrupuloso Oidor arrebató a los vecinos pobres sus solares!"

De todas maneras LOADO sea el señor Oidor don Luis de Lozada Quiñones que con su voluntad férrea e imperturbable y haciendo caso omiso de las querellas de los Cabildantes, nos ha legado ese edificio que hoy después de 300 años desde su construcción, luce hermoso y bello.

Hablando de este edificio quiero hacer un paréntesis para decir que algunas de esas casas que todavía existen por esa área y que existirán por muchos siglos más, debieron haber sido las espaciosas casas a las que se referían los Cabildantes en su querella al Rey de España, debido a que esas construcciones son casi todas iguales. Y lo hago con satisfacción, y por qué no decirlo? con orgullo, ya que voy a exteriorizar las bellezas que guardaban o guardan en su interior las que aún quedan de ellas y que contadas son las personas que pueden dar

fé de ello ya que yo sí he vivido en ellas y he gozado del encanto y la satisfacción que toda cosa bella proporciona al espíritu.

En la casa que está al frente de la Presidencia por la Calle 6a. y que aparece en el grabado viví yo por algunos años cuando era el edificio viejo y por consiguiente puedo dar fé de las bellezas que atesoraba en su interior, como dije anteriormente. Las paredes de cantería son inmensamente anchas; el zaguán o vestíbulo era espacioso, cubierto el piso con placas de mármol y ya al final arrancaba la escalera en forma de semicírculo la que también tenía los escalones de mármol, protegida ésta por el barandal de hierro y llegaba hasta el piso superior donde existía otro vestíbulo igual al del piso inferior dividiendo la casa en dos partes. Este piso alto también estaba cubierto con placas de mármol.

Esta casa da frente al mar y por ese lado ocupa la manzana entera entre las calles 6a. y 7a. Cuando yo viví en ella, hace muchísimos años, estaba dividida en dos apartamentos por el vestíbulo que he mencionado. Mi apartamento daba esquina a la Calle 7a. que es estrechísima, viniendo desde la Iglesia de la Catedral y al llegar al frente de esa casa, esta callecita se ensancha formando como una pequeña plazuela donde jugaban los niños del vecindario que estaba formado por las familias Benedetti-Benedetti, Lasso de La Vega-Recuero, la de don Alcibíades Arosemena que la formaban su señora esposa doña Heliodora Arosemena, sus hijos y su suegro don Albino Arosemena. Pasando los años, don Alcibíades Arosemena fué Presidente de la República. La de don Ricardo Arias Feraud con su señora esposa doña María Paredes de Arias, su yerno don Alejandro de la Guardia con su señora esposa doña Catita Arias e hijos y la muy bella señorita doña Ana Matilde Arias Paredes, y por último la de don Antonio Gambotti, caballero francés casado con doña Josefina Branca y sus hijos Paul y Lucie. Esta última fué mi compañera de grado en el Colegio de San José y juntas obtuvimos el título de Pedagogas.

En el centro de esta casa había un patio y mi apartamento tenía para ese paso un balcón o pasillo muy hermoso, cubierto el piso de mosaicos y protegido, o cerrándolo mejor dicho, con una arquería que me hacía feliz porque me parecía estar viviendo en los Conventos o en los Palacios de la Vieja España, como acababa de aprender en el colegio. Los salones amplios y hermosos.

Una cosa curiosa era que la cocina de mi apartamento quedaba dentro de la casa vecina por el lado de atrás y tenía ventana para el patio de esa otra casa. De lo que deduzco que tal vez muchos años atrás viviría allí una familia numerosa y abrieron la pared medianera en forma de arco para poder comunicarse por allí. Y como conse-

cuencia lógica esas dos casas pertenecían a la familia Hurtado para poder hacer esa división.

En el otro apartamento de esta casa que da a la Calle 6a. frente al Palacio de Las Garzas, vivía el caballero norteamericano señor Duncan con su esposa doña Mariquita Guillén y su hijo el Licenciado Don Jephtha B. Duncan, a la sazón Ministro de Instrucción Pública. Después vivió en esta casa don José Agustín Arango Chiari con su familia y como él era el apoderado de la familia Hurtado, cambió las placas de mármol del vestíbulo de la parte superior porque la madera que las sostenían, por el peso y por los siglos de existencia, amenazaban con derrumbarse y hubo de poner el piso de madera.

Pasando los años el Gobierno compró esa casa para sus dependencias y hoy luce como se ve en el grabado con cinco pisos debido a la consistencia de sus paredes y de sus bases.

Como caso curioso digno de mencionarse, parece que la adinerada familia Hurtado compró o heredó todas esas casas construídas en aquel entonces y que tal vez fueron las que el famoso Oidor Lozada hizo construir a raíz de la fundación de la Nueva Ciudad porque las construcciones son similares y están precisamente rodeando la Casa Presidencial que fué la famosa residencia del Oidor Lozada Quiñones quien vivió en ella hasta su muerte ya muy anciano.

Dicha familia fue dueña de la casa que está en el grabado entre las Calles 6a. y 7a. y la que le sigue, como he explicado. También es dueña de la casa donde estuvo la fotografía de Endara en la Avenida Norte antigua carrera de Córdoba, entre las calles 7a. y 8a., con la misma consistencia y división interior. De esta no puedo dar pormenores exactos porque cuando yo la conocí y visitaba era precisamente cuando estaba en ella la fotografía de Endara y en aquel entonces yo era muy pequeña y hasta allá no llegan mis recuerdos, porque allí estuvo hasta el año de 1910.

Luego siguiendo por la Avenida Norte, por el lado del embarcadero de La Marina, está la casa donde funcionó el Colegio de San José de las señoritas Ucrós que también luce un vestíbulo amplio y hermoso y los salones del primer piso alto están cubiertos con mosaicos. Este edificio está a media cuadra del Palacio Presidencial y pertenece también a la familia Hurtado, así como también la casa que quedaba a espaldas del Palacio que cuando yo la conocí pertenecía ya a las hermanas Aguilar y era también muy hermosa, de calle a calle, con un patio en medio.

Todo lo que he contado ocurría entre los años 1919 a 1921.

Antes de terminar este paréntesis quiero decir que ho he seguido en el curso de estos relatos con la costumbre de Panamá de decir "la

Familia Hurtado". En la obra de don Juan Antonio Susto Lara sobre "Carlos Endara Andrade y la fotografía en Panamá", que figura en la Revista La Lotería en su página 51 se lee: "cuando existía el estudio fotográfico en la Carrera de Córdoba, en el edificio de la familia Hurtado..." Pero la única dueña fue doña Manuelita Hurtado que era hija del "Padre de la Instrucción Pública en el Istmo" como se llamaba a don Manuel José Hurtado quien murió en Panamá en 1887 y él. Don Manuel, era hijo a su vez del Prócer de la Independencia de Panamá de España en el año de 1821, de su mismo nombre.

Doña Manuelita fue hija única de don Manuel José Hurtado y casó en París, Francia, con el conde de Descordes, dueño del Castillo de Saint Emilion en donde están los famosos viñedos que producen los vinos más exquisitos del mundo. Ella fue pues la Condesa de Descordes. También tenía en París otra residencia donde vivía de vez en cuando en compañía de Josefita Hurtado su parienta. Ella le sobrevivió a su esposo el Conde de Descordes quien murió antes que ella.

Parece ser que como ella no tuvo descendencia directa, a su muerte en París hubo un ruidoso pleito por la herencia, pleito que ganaron los sobrinos del Conde de Descordes. De modo que esos bellos edificios y las grandes extensiones de terrenos que doña Manuelita poseía en Panamá hasta la hora de su muerte, tal vez por herencia de varias generaciones de los señores Hurtados, pasaron a manos de los francesitos sus sobrinos políticos, los Descordes.

Estos datos de doña Manuelita me los han suministrado los hermanos Arango de la Guardia que viven aquí en Los Angeles y que me honro con su amistad. Ellos conocieron a doña Manuelita personalmente en París cuando don José Agustín Arango Chiari, padre de ellos era Ministro de Panamá en Francia en tiempos de la Primera Guerra Mundial, y al regreso él fue el apoderado en Panamá de dicha señora.

Y ya que he hablado de don Juan Antonio Susto me es grato decir que aun cuando no tengo una amistad estrecha con él, le tengo un gran aprecio y simpatía porque yo fuí muy amiga de su señora esposa cuando ella era la bella niña Silvia Porras, con su cabellera rubia, sus ojos verdes, pecosita y que la recuerdo con sumo cariño.

Quiero recalcar aquí que yo no soy historiadora, ni pretendo serlo, sino simple y llanamente, narradora, como lo digo en la primera parte de este mi libro: "Ahora voy a refirme al contraste de la grandeza que acabo de narrar a lo que viví en mi PANAMA DE AYER".

En una de las presentaciones en la televisión aquí en Los Angeles en el Canal 40 que me hizo el Doctor René C. Irahola que es el Presidente de ALCE (Asociación Lingüística de Conservación del Espa-

ñol), yo la Vice-Presidenta y doña María del Carmen Conte-Porras de Kenny, Secretaria, todos fundadores de esa Asociación, después de regresar yo de Bogotá y de Panamá a donde fui con la representación para el intercambio cultural con esas ciudades, me preguntó: Por qué no escribió Ud., antes de su libro ESTAMPAS? Yo le contesté: porque me casé y comencé a viajar y al cuidado de esos viajes, de mi esposo y de mis hijos, no me quedaba tiempo para ello.

A este respecto, recién graduada del Colegio de San José, fue a mi casa el Dr. José de la Cruz Herrera, quien fue mi profesor de Filosofía y Letras, y viéndome sentada ante una máquina de escribir, ayudando a mi padre en sus tareas de Abogado, le dijo: Dr. Ballén es un crimen que tenga Ud. a Parhelia en un trabajo mecánico cuando a ella le encanta la literatura! Pero eran los tiempos de la obediencia ciega, cuando no se podía intentar desarrollar los dones naturales que se poseían y menos hacer decisiones. Cómo me habría gustado haber nacido treinta años después, no para seguir el camino de la "liberación de la mujer" de los tiempos actuales, sino para optar por la superación de la mujer que es muy distinto.

Después de este paréntesis tan largo, vuelvo ahora con el Palacio Presidencial.

Desde fines del siglo pasado comenzaron las reparaciones del viejo Edificio y para ponerlo a la altura de la época, se hizo el lujoso Salón Amarillo, llamado así por el color dorado de sus muebles y cortinajes. Para esta época el artista bogotano don Epifanio Garay, quien dicho sea de paso, era hermano de don Federico Garay, abuelo de mi esposo don Luis Garay, ya residía en Panamá por estar casado con la distinguida dama panameña doña Mercedes Díaz Remón de Garay. A él le tocó pintar los mandatarios que pasaron por ese edificio de 1885 a 1903, cuyos medallones adornan el friso alto del Salón Amarillo.

El retarto de don Facundo Mutis Durán uno de los últimos Gobernadores del Departamento de Panamá lo pintó el artista panameño don Sebastián Villalaz, y don Carlos Endara, de quien tanto he hablado, pintó los gobernantes de 1900 a 1903.

Al establecerse la República en 1903 fue llamado Palacio Presidencial. En el año de 1922 el Dr. Belisario Porras consideró que ya ese Palacio era inadecuado como residencia del Jefe de la Nación y con este motivo pidió autorización a la Asamblea Nacional para hacerle las reparaciones necesarias. Esta Entidad le negó el permiso. Pero el Dr. Porras descendiente de españoles por varias generaciones que le brindaron firmeza en sus decisiones, no se inmutó y haciendo caso omiso de las críticas que se le hacían cada vez que comenzaba alguna obra para beneficio del país, le compró a las señoritas Aguilar

la casa contigua a la Presidencia. Tal vez fue esta casa, como lo he dicho anteriormente, una de las espaciosas casas construídas por el Oidor Lozada Quiñones que tenía para alquilar como querellaban los Cabildantes.

La renovación del edificio fue hecha por el arquitecto peruano don Leonardo Villanueva Meyer, el que hizo de la estructura colonial antigua un edificio moderno con un bello estilo andaluz. En toda la esquina de la calle 6a. está el saloncito morisco denominado "Smoking Room" como para recibir amistades que no sean de mucha etiqueta.

En su interior el viejo edificio fue remozado también. Las columnas del patio fueron revestidas con concha nácar. Y ya que hablo de concha nácar me esgrato decir que para los adornos de cosas importantes se usa en Panamá esta concha porque es muy abundante en los mares que circundan las playas del Pacífico en la bahía de Panamá, especialmente en las islas que forman el archipiélago de Las Perlas. Estas conchas son las que atesoran las codiciadas perlas que de allí irán a lucir en collares y prendas que realzan la belleza femenina.

El salón de recepciones lo decoró el pintor panameño don Roberto Lewis rememorando actos acaccidos en el Istmo desde el descubrimiento del Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa en 1513 hasta nuestros días.

En el patio o vestíbulo de la entrada hay un surtidor en medio de una pileta y cuando tuvo lugar la inauguración del nuevo edificio, uno de los innumerables amigos del Dr. Porras le envió de regalo un par de garzas muy blancas y desde entonces no han faltado allí las garzas. Por eso este Palacio es conocido como "EL PALACIO DE LAS GARZAS".

Como un acto de cariño y admiración porque conservo una estrecha amistad con la descendencia Porras-Paniza y además Endara-Paniza, me es grato decir que el Dr. Belisario Porras fue un ídolo para el pueblo panameño. Arrastraba multitudes con su palabra fácil y elegante. Su misma personalidad subyugaba. Siempre nítido y elegantemente vestido con aquel señorío y prestancia que daban las ropas de la antigua etiqueta, nunca entró por las nuevas modas y usó el paletó hasta su muerte.

CAPITULO III

Después de relatar algunas de las bellezas y tesoros artísticos que guarda el Palacio de Las Garzas, paso a referirme a acontecimientos sociales de gran renombre que tuvieron lugar en dicho Palacio.

Estando de Gobernador del Departamento, a fines del siglo pasado, don Ricardo Arango tuvo lugar el matrimonio de una de sus hijas la señorita Raquel Arango con el caballero don Camilo de la Guardia.

Mi papá, el Dr. Daniel Ballén, era en ese entonces Secretario de Gobierno de esa administración y asistió a aquella boda tan elegante.

Eran doña Raquel y doña Juanita Arango las bellas hijas de don Ricardo Arango y llenaban con su donaire y prestancia los salones de la aristocracia, Doña Raquel fue considerada como la dama más bella de Panamá, título que conservó hasta su muerte.

En el edificio nuevo o sea el Palacio de Las Garzas, siendo Presidente de la República el Doctor Belisario Porras, se casó allí su hijo Don Belisario Porras Paniza con la bella señorita Elia de la Guardia, hija de don Camilo y doña Raquel Arango de de la Guardia. Este fue otro matrimonio rumboso y distinguido.

Por ese tiempo estaba reunida la Asamblea Nacional y por consiguiente estaba la política en su apogeo. En ese Palacio tan espacioso como se ha visto anteriormente, no se cabía. Altos funcionarios del Estado, Diplomáticos de casi todas las naciones, representaciones de las diferentes Provincias del Interior de la República, amigos distinguidos, etc., etc., se dieron cita allí. El hecho es que no había lugar donde poner un alfiler más, como dice el refrán. Los regalos más valiosos fueron guardados en vitrinas, etc. No hubo del Interior de la República quien no enviara un obsequio representado en cosas relacionadas con sus negocios. Fue una boda inolvidable.

Después se casó allí mismo, siendo Presidente el famoso Ingeniero don Florencio Harmodio Arosemena, su hija la señorita Yola Arosemena con el caballero don Pedro Ernesto Arias. Esta boda fue de estilo muy diferente, sencilla y muy aristocrática. Ofició la ceremonia nupcial Su Señoría Ilustrísima el Arzobispo Monseñor Maeztegui el que salió del Palacio Arzobispal, diagonal a la Iglesia de la Catedral, con la vestimenta adecuada a su dignidad revestido con la CAPA MAGNA, cuya cola de ocho metros de largo iba sostenida por dos acólitos. Al llegar al Presbiterio el Arzobispo se quitó la Capa Magna y se revistió con la MITRA y con el BACULO para realizar la ceremonia. Cabe decir que esta vestidura cayó en desuso después del Concilio Ecuménico.

Los pajes que llevaban los anillos y las arras eran los niños José Agustín Arango de la Guardia y Adolfo Arias Espinosa vestidos de Cardenales (cardenalitos) con sotana roja, roquete y muceta. Algo novedoso y distinguido.

La Iglesia de la Catedral fue adornada bellamente y a la salida, en el atrio, una gran campana destellaba luz y de allí mismo salía una al-

fombra que llegaba a la Presidencia, a dos cuabras de distancia de la Catedral y a los lados de la calle, haciendo guardia de honor, la caballería montada de la Policía Nacional daba paso al desfile de los invitados presidido por los novios. La mesa del comedor era una góndola veneciana y como pasajeros iban los novios Yola y Pedro Ernesto por supuesto que en dulce. Acto este exquisito, refinado.

A estos tres últimos matrimonios asistí yo. Por eso he dicho anteriormente que he tomado parte activa en acontecimientos de ayer.

Antes de terminar con este último acontecimiento social quiero hacer mención de don Florencio Harmodio Aroscmena. El fue enviado por su padre a estudiar a Alemania a la edad de once años y fue tan brillante que a su graduación lo retuvieron allí utilizando sus servicios y luego lo enviaron a Turquía para que dirigiera una obra de suma importancia. Luego, después de su regreso a Panamá lo llamaron de la República del Ecuador para que dirigiera las obras del ferrocarril de cremallera que une a las ciudades de Guayaquil en la costa, con Quito en la cima de la Cordillera de Los Andes. Más tarde siendo Presidente de Cuba el General Gerardo Machado lo llamó para que dirigiera los trabajos de la carretera Central de la Isla que une a La Habana con todos los pueblos del centro hasta Santiago de Cuba en el Oriente.

Años más tarde estando yo lejos de Panamá en el Servicio Consular representando a mi país, tuvo lugar el matrimonio del caballero don Ricardo Adolfo de la Guardia, siendo a la sazón Presidente de la República y llevó al altar a doña Carmen Estripeant.

Don Ricardo Adolfo de la Guardia también era hijo de don Camilo de la Guardia y de doña Raquel Arango de de la Guardia.

Quiere esto decir que en este Palacio Presidencial o Palacio de las Garzas se casaron doña Raquel, hija de don Ricardo Arango, Gobernador del Departamento. La nieta de él, la señorita Elia de la Guardia y su nieto don Ricardo Adolfo de la Guardia. No es esta una coincidencia maravillosa? Bien se le podría dar el título de la familia Presidencial.

Nuestra Capital en la década de 1950



En nuestra ciudad capital, como en todas las grandes ciudades del mundo, hay un sector que marca, con mayor evidencia, el ritmo que lleva el desarrollo de la urbe la forma como va creciendo nuestra comunidad. Se trata, naturalmente, de la arteria comercial, de la avenida en donde se han ubicado los establecimientos comerciales de mayor importancia, porque ella constituye, precisamente, el centro en donde convergen todas las otras calles, todos los caminos de la capital.

No es posible averiguar en estos momentos si lo que es hoy la Avenida Central fué, en los tiempos de la creación de nuestra ciudad, considerada como la calle principal. Sin embargo, todo parece indicar que no fue así, porque en aquella época no podía haber eso que ahora se conoce como "vías comerciales".

Por lo demás, cualquier plano de la creación de la ciudad capital, podría indicarnos que la mayor parte de lo que es ahora la Avenida Central, estaba fuera del radio de lo que era propiamente la ciudad. Los muros que encerraban a Panamá corrían a la altura de la Calle Once, lo que indica que nuestra arteria comercial es, casi en su totalidad, creación posterior, producto del crecimiento futuro de la capital.

No hay que olvidar, por otro lado, que los dos tramos de lo que hoy es nuestra Avenida Central y que en el momento de la construcción de la ciudad partían del Parque de la Catedral o Plaza de la Independencia, no llevaban ese nombre sino el de dos calles distintas.

ACTIVIDAD COMERCIAL

La arteria principal de nuestra capital nace en la Calle Primera, a la orilla de la Plaza de Francia, y se extiende hasta el Edificio Casino, hoy ocupado por el Instituto Justo Arosemena, en el inicio de la Vía España, más allá del Barrio de Calidonia. Es, por lo tanto, la más larga de las vías de la ciudad, lo que, en cierto modo, justifica la importancia fundamental que tiene en la vida de nuestra comunidad.

Ante todo, la Avenida Central es la arteria comercial por excelencia. Prácticamente, todas las plantas bajas de los edificios que dan a esa Avenida, están ocupados por establecimientos comerciales de una u otra naturaleza. Solamente en su extremo final, por el Barrio de Calidonia, aparecen algunas plantas bajas ocupadas como residencias, casi siempre de familias pobres o de mediana condición. Pero aún éstas, en muchos casos, suelen utilizar esa posición para hacer algún negocio modesto que les ayuda a allegar recursos de los cuales vivir.

Es por eso por lo que casi todos los habitantes de la ciudad, viejos y jóvenes, mujeres y niños, recorren con tanta frecuencia uno u otro sector de la Avenida Central, para convertirla en la más concurrida de la capital, tanto de peatones como de vehículos de rueda.

Centenares de personas van de uno a otro lado de la Avenida Central, a pie, en bicicletas, en motonetas, en automóviles particulares, en camiones o en buses, haciendo diligencias, comprando artículos de primera necesidad o mercancías de lujo o, simplemente, dándose el gusto de pasear o de contemplar las vitrinas de los almacenes.

Cines, cantinas, tiendas de abarrotes, lujosos, almacenes de novedades, ferreterías, mueblerías, almacenes de calzado, sastrerías, refresquerías, restaurantes, cafés, establecimientos bancarios y mil establecimientos más dedicados al comercio o a los negocios, se extienden, por ambos lados, de uno a otro extremo de la arteria comercial de nuestra capital.

PROBLEMAS DE TRANSITO

Naturalmente, una vía con tanta concurrencia, construída cuando no era posible preveer las necesidades del tránsito motorizado, provoca constantemente problemas de diferente naturaleza. La gente que anda presurosa por las aceras, cumpliendo sus diligencias urgentes, y los vehículos que cubren la calzada, son dos grupos de intereses que podrían armonizar, pero que creen ser antagónicos y que, por lo tanto, con mucha frecuencia chocan y se repelen, a veces con dolorosas consecuencias.

El problema adquiere cada día mayor gravedad por la sencilla razón de que el número de carros que transitan constantemente por la Central, es ya mucho mayor de lo que normalmente esa vía podría soportar. De allí que surjan tantos conflictos y dificultades de tránsito, a pesar de los recursos heroicos, como el establecimiento de una sola vía, a que se ha apelado últimamente para tratar de evitar nuevos conflictos.

Por otra parte, el peatón panameño es rebelde por naturaleza. No trata de comprender la razón de las regulaciones de tránsito y considera que los carros han invadido lo que a él le pertenece, por lo que se echan a la calle, olvidando las líneas de seguridad, en tonto desafío de la ruedas de los automóviles, que a veces llegan a costarles hasta la vida.

Para los hombres, tal vez la Avenida Central no encierre el mismo atractivo que para las mujeres. Para la mayoría de los miembros del sexo feo, los adornos y las modas no tienen ese trascendental significado que tienen para las hijas de Eva. Pero, en cambio, las propias damas constituyen una poderosa atracción.

En efecto, si bien los hombres recorren la Avenida Central especialmente atraídos por las vitrinas, si lo hacen atraídos por las mujeres: nada más sabroso para un caballero observar la silueta elegante de las damas que pasan por las aceras y se detienen frente a la vitrinas. . . . Y nada más atractiva que esa oportunidad de deslizarse en el oído de la encantadora dama madura o de la seductora jovencita, un piropo delicado y sutil, una galantería de esas que encienden de ruboroso placer las mejillas femeninas. . . . y que a veces producen el

apetitoso fruto de una sonrisa de agradecimiento por el galante homenaje.

En principio, pues, son los dueños de los almacenes los productores de ese atractivo que satisface tanto a los hombres como a las mujeres. A las primeras, brindándoles oportunidades de satisfacer su vanidad, su dulce coquetería femenina. Y a los segundos, ofreciéndoles la visión maravillosa de la belleza femenina panameña, ondulante y seductora, sea para la simple admiración platónica y soñadora o para la galantería y el piropo que a veces es la iniciación de un idilio de imprevisibles consecuencias.

Gracias sean dadas, por lo tanto, al buen gusto, al sentido artístico, a la originalidad y a la gracia de los dueños, brindan la oportunidad, a los varones, de disfrutar de ese cambiante paisaje femenino, siempre cambiante, siempre renovado, pero siempre maravillosamente seductor como la naturaleza tropical. . . .

Un recorrido por nuestra Avenida Central, está siempre lleno de agradables sorpresas, de curiosas novedades, de atractivas, manifestaciones de buen gusto, de gracia y de alegría. Aunque no estamos pensando en hacer compras, aunque carezcamos de los recursos necesarios para adquirir esas cosas útiles, agradables, decorativas y sabrosas que hay en los almacenes de nuestra principal vía comercial, siempre hay satisfacción y alegría en mirar las vitrinas, en admirar el buen gusto de quienes arreglan los anaqueles, en revisar curiosamente tanta cosa bonita y barata, buena y lujosa como hay en esos almacenes.

Es por eso por lo que son millares las personas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, niños y adolescentes, que todos los días recorren a pie o en automóvil la Avenida Central, deteniéndose aquí o allá en la contemplación de una lujosa vitrina arreglada con buen gusto, con sentido artístico, con esa extraña cosa que tiene mucho de arte y mucho de habilidad comercial y que se llama sentido de exhibición.

Es ese buen gusto, esa gracia para arreglar las vitrinas y atraer la atención del transeúnte, la que hace que los paseantes se detengan frente a los almacenes, examinen los artículos que allí se exponen, admiren sus detalles, averigüen su precio y, finalmente, entren en el establecimiento y acaben sacrificando unos reales o unos balboas para adquirir el perfume, el vestido, los zapatos o cualquier artículo que les haya llamado la atención y que ellos consideren necesario en el hogar o imprescindible para su arreglo personal.

Para las damas, especialmente, un recorrido por las aceras de la Avenida Central, admirando las vitrinas, deteniéndose frente a ellas admirativamente, comentando las novedades que allí aparecen, los nuevos estilos de la moda, los adornos que inventa la imaginación de

los precios y las posibilidades de atracción para los hombres es siempre una aventura llena de encantos, realmente fascinante. Por eso, cada semana, cada dos o tres días, las damas maduras y las jóvenes, y también las niñas, realizan ese delicioso recorrido. . .que suele costar buenos dineros a los padres a los maridos y a los novios. . . .

No menos culpables, por supuesto, son los choferes, que también se creen los únicos dueños de la calle y se precipitan por ella con rapidez vertiginosa, luciendo sus dudosas habilidades de conductores, poniendo en peligro la seguridad de sus vehículos, su vida y la vida de los transeúntes.

Las autoridades correspondientes hacen esfuerzos cada día mayores para resolver estos problemas, pero todavía carecen de los medios materiales y humanos necesarios para cumplir esa misión a cabalidad. Y, sobre todo, no cuentan con la cooperación del público, de choferes y peatones, que son los que mejor podrían ayudar a resolver el problema.

EL COMERCIO GRANDE

En el sentido del comercio, nuestra Avenida Central no tiene nada que envidiar a las arterias comerciales más famosas del mundo. Proporciones guardadas, nuestra principal vía comercial tiene tantos almacenes hermosos, ricos, originales, completos y atractivos, como los de cualquier gran ciudad del mundo.



El Bazar Americano decora con excepcional buen gusto las vidrieras de su último establecimiento.

Un recorrido por estos almacenes, como constantemente lo hacen los turistas que visitan el Istmo, encierra interesantes revelaciones. Aquí —al fin y al cabo, estamos en el centro del mundo— es posible encontrar productos de todos los países, mercancías de los centros manufactureros de más sólido prestigio, elementos de primera necesidad y artículos de lujo, productos de la industria nacional y extranjera: prácticamente no hay nada que no se pueda conseguir en nuestra Avenida Central.

Joyerías en donde la coquetería femenina podría satisfacer hasta el más exigente de sus antojos; relojes finísimos que en otras naciones cuestan un ojo de la cara, ropa elegante y original para damas, caballeros y niños, maravillosos perfumes que traen a los sentimientos las emociones más subyudadoras, las últimas creaciones de la moda en sombreros, calzados, vestidos y adornos, cristalería de las fábricas más prestigiosas, loza y porcelana tan fina como es posible imaginar, artículos eléctricos, muebles nacionales y extranjeros, de todo para todos los gustos y al alcance de todos los bolsillos, es posible encontrar en las tiendas y almacenes de la Avenida Central.

EL COMERCIO CHICO

Y junto con ese comercio de elevada categoría, aparece el comercio menor, a veces ambulante, no menos interesante, mucho más pintoresco y tal vez con mayor sentido humano.

Es el comercio ligero que hace el buhonero vendiendo chucherías baratas en una carretilla. . . El que realiza el vendedor de frutas tropicales o extranjeras, como sus cajones llenos de mangos, mamones, naranjas, piñas, papayas, guineos, manzanas, uvas y peras. . .

Y también es el comercio de los vendedores de boletos de los sorteos ordinarios y populares de la Lotería Nacional de Beneficencia. Los "billeteros" son ya parte misma de la Avenida Central: allí están, sentados sobre diminutos taburetes plegables, o simplemente recostados a la pared, ofreciendo los números de la suerte a pobres y a ricos, brindando un poco de esperanza a los soñadores de las riquezas.

Igualmente pertenecen a este género de comercio pequeño, los limpiabotas, los vendedores de periódicos y tantos otros que andan por allí, tratando de ganarse la vida modesta pero honradamente.

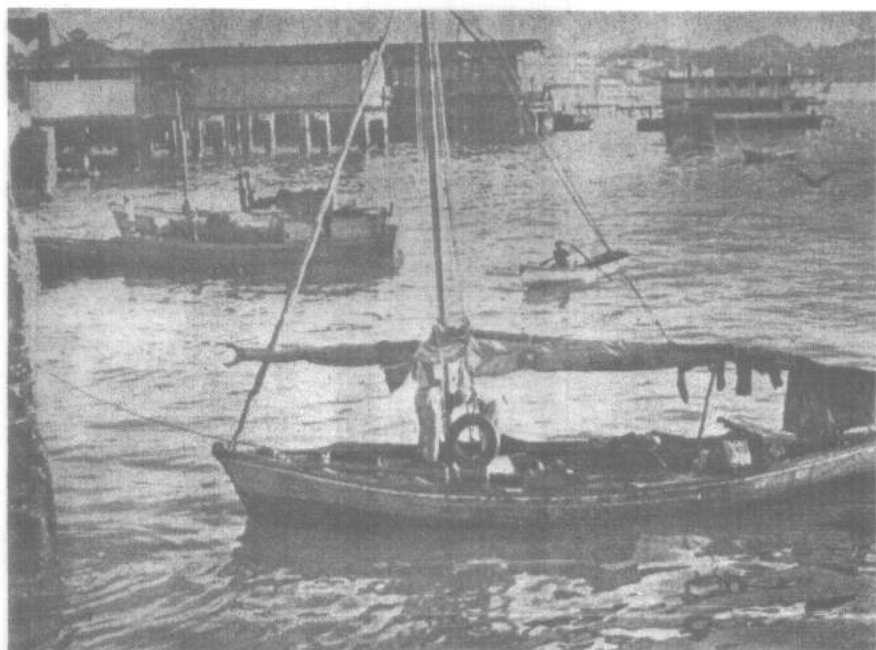
ENCANTO PERMANENTE

A pesar de su enorme extensión, ya la Avenida Central no es suficiente para encerrar toda la actividad comercial de nuestra capital. La ciudad crece cada día más y el crecimiento de nuestra arteria comercial parece haberse detenido en el comienzo de la Vía España.

Además, el mismo hecho de que la urbe vaya creciendo más y más cada día, y que en los barrios de las afueras las casas tengan que apretarse unas contra otras, obliga a una parte del comercio a desplazarse hacia calles más apartadas, alejarse del centro de la ciudad.

Pero es evidente que la Avenida Central siempre conservará el encanto maravilloso de ese mundo de ensueños y esperanzas que se encierra en las vitrinas de los lujosos almacenes que se extienden jubilosamente a lo largo de sus aceras. La ciudad crecerá y se extenderá, cambiará su aspecto en muchos sentidos, pero siempre existirá la Avenida Central y siempre será ella la arteria principal de la vida citadina, el centro, el corazón de nuestra capital. . . .

EL MERCADO, (visión de la ciudad en la década de 1950)



Todos los días llegan los barcos de Darién y de los pueblos de la bahía, con sus bodegas repletas de pescados, mariscos, frutas y verduras destinados a la alimentación de la comunidad capitalina.

Uno de los problemas que están siempre presentes en el ánimo de nuestro pueblo, es el que se refiere a la alimentación. Y no solamente en nuestro pueblo, sino en cualquier comunidad del mundo, la cuestión de la comida es siempre de primerísima importancia, pues se trata del elemento indispensable para la supervivencia.

Por eso tienen siempre interés las informaciones y los comentarios que se refieren a los mercados públicos. Es en esos sitios en donde se encuentra el índice indicador de lo que el pueblo consume, de lo que existe para alimentar a la comunidad y de lo que la comunidad puede conseguir para alimentarse, para vivir.

ABUNDANCIA

La primera sensación que produce una visita al Mercado Público, es la de abundancia. En efecto, abundan los productos del mar, de la tierra, del aire, de los árboles, de todas partes. Los bancos están repletos, las carretillas rebosantes, los camiones, llegan hasta el tope y los barcos vienen con sus bodegas tan abarrotadas que casi no dejan espacio para la escasa tripulación.

Abundan en el mercado los pescados y los mariscos, deliciosos productos en los que son tan ricos nuestros mares. Todos los días llegan al muelle del mercado decenas de embarcaciones grandes y pequeñas, cargadas de pescados de todas las clases, de camarones, de cangrejos y de otros deliciosos habitantes del mar, para ser ofrecidos al consumidor.

Abundan las frutas también. En el "Mercado de Frutas", hay enormes cantidades de naranjas y de mangos, de piñas y de mameyes, de aguacates, de mangotines, de todas las frutas nacionales que suelen darse en la actual estación. Grandes, jugosas y dulces naranjas de Chiriquí y de Capira, mangos de anís, de calidad, de piña, largos y de papaya, procedentes de Coclé y de Veraguas; piñas de agua, deliciosas piñas de Taboga; mameyes de Chepo, aguacates de Pacora; docenas de frutas de todas las clases, siempre hermosas, siempre tentadoras, encontramos en el Mercado de las Frutas.

También abundan las legumbres. Desde El Valle y desde Chiriquí, llegan grandes camiones cargados de repollos que nuestras tierras altas envían diariamente para satisfacer las crecientes necesidades de la comunidad capitalina.

Y verduras: yucas, ñames, otaes y plátanos. . . Los barcos que vienen de Darién y de las poblaciones de la bahía, siempre guardan espacio para las verduras que tanto reclama nuestra ama de casa, deseosa de ofrecer en el almuerzo el sabroso sancocho panameño.



Los bancos se extienden a lo largo de la acera, ofreciendo toda clase de sabrosos productos.. Pero los compradores pasan de largo: muy pocos se detienen a comprar alguna cosa. No poseen medios para ello.



Nances conservados en botellas llenas de agua, mamonos en paquetitos de a real, guineos maduros, limones jugosos, mangos..... Hasta plantitas de adorno pueden encontrarse en este humilde puesto de venta atendido por una ancianita. . .



¡Maíz nuevo! . . . Los sabrosos choclos, deliciosos asados o cocidos, se venden ahora a cinco por real. . . Antes, estaban a diez por real. . . Pero los tiempos están difíciles y hasta el maíz nuevo ha subido para alejarse del alcance del pobre. . . .



"Chinito tiene de tó. . . "Chinito gana poquito". . . Pero nadie quiere comprar al chinito porque la plata está escasa, y las legumbres se quedan en el banco, perdiendo frescura. . . .

LA CARNE

También abunda la carne en el mercado. Carne de gallina, viva o muerta, carne de res, de todas las calidades y a todos los precios. Carne de puerco, la deliciosa carne de puerco que tan bien sabe preparar la cocina panameña. Y no faltan la carne de venado y de conejo, así como de otros animales, llevada al mercado como producto de los cazadores profesionales que se hunden en los montes para satisfacer el apetito de las gentes.

La carne es una de las industrias más poderosas del país. Son millones los que anualmente se gastan en la compra de carne para la diaria alimentación de la familia panameña. Y la industria crece y se desarrolla, porque crece el consumo y más reses son necesarias cada año para satisfacer el hambre del pueblo.

De Chiriquí, de Veraguas, de Los Santos, de Coclé y de las haciendas que están surgiendo en Colón, en Panamá y en el Darién, llegan diariamente camiones o barcos llenos de reses, gordas y sanas, especialmente preparadas para el sacrificio.

Y su carne aparece todas las mañanas en los bancos de los mercados, adonde van las sirvientas y las amas de casa en busca de ese elemento tan necesario para la alimentación hogareña.

MOVIMIENTO

La otra sensación que se obtiene en el Mercado Público, es la del movimiento. El enorme número de personas que, sobre todo en las

horas de la mañana, llega al mercado, produce una sensación de vértigo para quien no está acostumbrado a encontrarse en ese sitio.

Los olores de las carnes y de las verduras, de las frutas y de los pescados, producen una extraña mezcla que adquiere características singulares en medio del ajetreo de las sirvientas y amas de casa que se mueven por entre los bancos en busca de los mejores productos y los más bajos precios.

Discusiones sobre la calidad de una verdura, sobre el peso de una gallina, sobre el exceso de grasa en un pedazo de carne de puerco, se suscitan constantemente.

Y las mujeres discuten con los dependientes, reclaman por un vuelto incompleto, censuran al Control de Precios, critican al gobierno por el alto costo de la vida y simplemente chismorcean, se cuentan los incidentes de su vida diaria y forman corrillos murmuradores.

LOS PRECIOS

La impresión general, recogida entre los vendedores y entre los compradores, en los mercados de la ciudad, es que los precios han subido mucho últimamente. Con razón o sin ella, en el mercado todo el mundo coincide en que los alimentos están demasiado caros y sus precios no están de acuerdo con los sueldos que se devengan en la actualidad.

—La plata no me alcanza, señor! Vengo con cinco balboas al mercado y regreso a la casa con la mitad de las cosas que se necesitan para la comida, —nos dice indignada una señora.

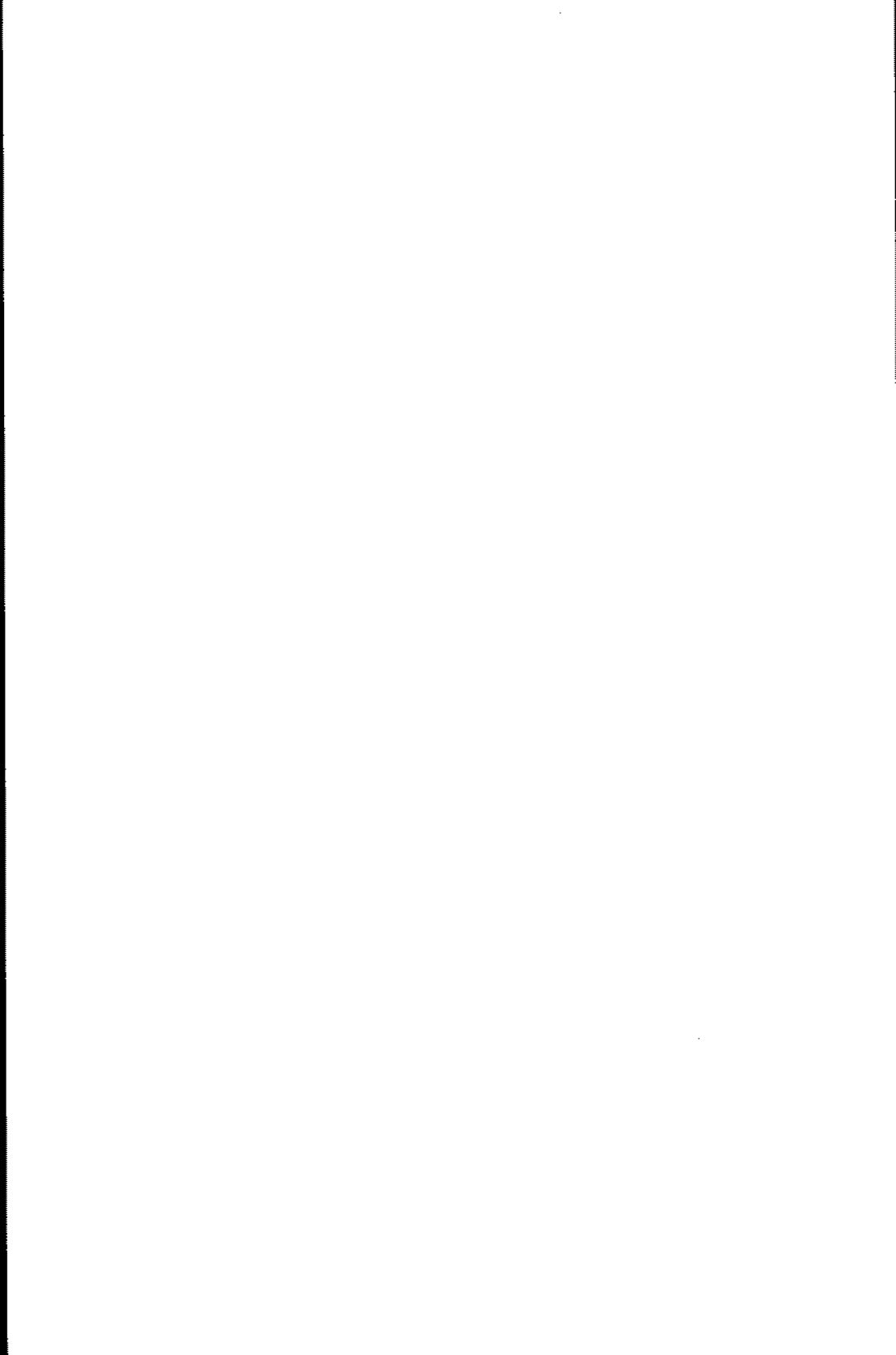
Y un vendedor comenta:

—Es cierto señor. . . Ahora las cosas valen el doble. Y nosotros vendemos menos, ganamos menos en cada venta y tenemos que pagar más caro por los bancos y por todo lo que es impuesto, contribución. . . .

Naturalmente, el fenómeno no es local y resulta demasiado complejo para intentar aquí su análisis. La última gran guerra, la crisis mundial, la tensión internacional, la creciente industrialización, son entre otros, factores que tienden a elevar los precios sin que los salarios suban en la misma proporción.

Es ese desequilibrio, más o menos acentuado y casi siempre incomprendible para el ama de casa común, el que provoca las protestas por los altos precios. Sobre todo porque la gente corriente no logra explicarse cómo es que ahora hay más de todo y de mejor calidad y sin embargo los precios siguen subiendo, sin que haya nada capaz de detenerlos. . .

**PLANES
DE
SORTEOS**



**PLAN DE LOS SORTEOS OROINARIOS DOMINICALES
VIGENTE A PARTIR OEL DOMINGO 3 OE
AGOSTO OE 1980, SORTEO No. 3206**

**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 210 FRACCIONES
DIVIDIDO EN SIETE SERIE DE 30 FRACCIONES
CADA UNA DENOMINADAS A, B, C, D, E, F Y G**

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Primer Premio, Series A, B, C, D, E, F y G	B/.1,000.00	B/.210,000.00	B/.210,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, F y G	000.00	63,000.00	63,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, F y G	150.00	31,500.00	31,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F y G	10.00	2,100.00	37,800.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F y G	50.00	10,500.00	94,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E, F y G	3.00	630.00	56,700.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E, F y G	1.00	210.00	189,000.00

DERIVACIONES OEL SEOUNDNO PREMIO

18 Aproximaciones Series A, B, C, D, E, F y G	2.50	525.00	9,450.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F y G	5.00	1,050.00	9,450.00

DERIVACIONES OEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F y G	2.00	420.00	7,560.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F y G	3.00	630.00	5,670.00

1,074 Premios	TOTAL.....	B/.714,630.00
----------------------	-------------------	----------------------

Precio del Billete Entero B/.	115.50
Precio de una Fracción	0.55
Valor de la Emisión	1,155,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 LOS DOMINGOS DE DICIEMBRE DE 1980**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
DICIEMBRE, 7	3224	0725	4812	3038
DICIEMBRE, 14	3225	0267	8608	6036
DICIEMBRE, 21	3226	1775	2215	6440
DICIEMBRE, 28	3227	2898	5499	7210

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 LOS DOMINGOS DE ENERO DE 1981**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
ENERO, 4	3228	2331	0703	7260
ENERO, 11	3229	7708	1023	5042
ENERO, 18	3230	1522	2179	1829
ENERO, 25	3231	4673	7071	9010

**PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DE MIERCOLES
VIGENTE A PARTIR OEL MIERCOLES 6 OE
AGOSTO DE 1980, SORTEO No. 718**

**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 120 ERACCIONES
DIVIDIDO EN OCHO SERIE OE 15 FRACCIONES
CADA UNA OENOMINAOAS A, B, C, O, E, F, G y H**

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Primer Premio, Series A, B, C, D, E, F, G y H	B/1,000.00	B/120,000.00	B/120,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, F, G y H	300.00	36,000.00	36,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, F, G y H	150.00	18,000.00	18,000.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G y H	10.00	1,200.00	21,600.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	50.00	6,000.00	54,000.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	3.00	360.00	32,400.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	1.00	120.00	108,000.00

OERIVACIONES OEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones Series A, B, C, D, E, F, G y H	2.50	300.00	5,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	5.00	600.00	5,400.00

OERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G y H	2.00	240.00	4,320.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	3.00	360.00	3,240.00

1,074 Premios	TOTAL....		408,360.00
----------------------	------------------	--	-------------------

Precio del Billete Entero B/	66.00
Precio de una Fracción	0.55
Valor de la Emisión.	560,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 LOS MIERCOLES DE DICIEMBRE DE 1980**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
DICIEMBRE, 3	735	6359	3325	4834
DICIEMBRE, 10	736	2295	5897	5377
DICIEMBRE, 17	737	3743	2211	7093
DICIEMBRE, 24	738	9106	9306	9700
DICIEMBRE, 31	739	0469	2759	3259

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 LOS MIERCOLES DE ENERO, 1981**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
ENERO, 7	740	5866	1543	8403
ENERO, 14	741	8792	7859	8889
ENERO, 21	742	3547	1310	4710
ENERO, 28	743	0306	4306	1503

REPUBLICA DE PANAMA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
PLAN DEL SORTEO EXTRAORDINARIO No. 3241
DEL 5 DE ABRIL DE 1981

EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 20 FRACCIONES:
DENOMINADO SERIE A DE 15 FRACCIONES
Y SERIE B DE 5 FRACCIONES
A B/.1.10 CADA FRACCION

	Fracción	Billete Entero	Total Premios
1 PREMIO MAYOR	8/10,000.00	8/200,000.00	8/200,000.00
1 SEGUNDO PREMIO	4,000.00	80,000.00	80,000.00
1 TERCER PREMIO	1,500.00	30,000.00	30,000.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

9 Premios - Cuatro Primeras Cifras	1,000.00	20,000.00	180,000.00
9 Premios - Cuatro Ultimas Cifras	1,000.00	20,000.00	180,000.00
90 Premios - Tres Primeras Cifras	50.00	1,000.00	90,000.00
90 Premios - Tres Ultimas Cifras	50.00	1,000.00	90,000.00
900 Premios - Dos Primeras Cifras	2.00	40.00	36,000.00
900 Premios - Dos Ultimas Cifras	2.00	40.00	36,000.00
9,000 Premios - Ultima Cifra	1.10	22.00	198,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

9 Premios - Cuatro Primeras Cifras	300.00	6,000.00	54,000.00
9 Premios - Cuatro Ultimas Cifras	300.00	6,000.00	54,000.00
90 Premios - Tres Primeras Cifras	15.00	300.00	27,000.00
90 Premios - Tres Ultimas Cifras	15.00	300.00	27,000.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

9 Premios - Cuatro Primeras Cifras	200.00	4,000.00	36,000.00
9 Premios - Cuatro Ultimas Cifras	200.00	4,000.00	36,000.00
90 Premios - Tres Primeras Cifras	10.00	200.00	18,000.00
90 Premios - Tres Ultimas Cifras	10.00	200.00	18,000.00
<u>11,397</u>	TOTAL		<u>8/1,390,000.00</u>

Emisión: 100,000 billetes. Valor de la Emisión: B/2,200,000.00.
 Precio de un Billete Entero 8/22.00. Precio de un vigésimo ó fracción 8/1.10.

